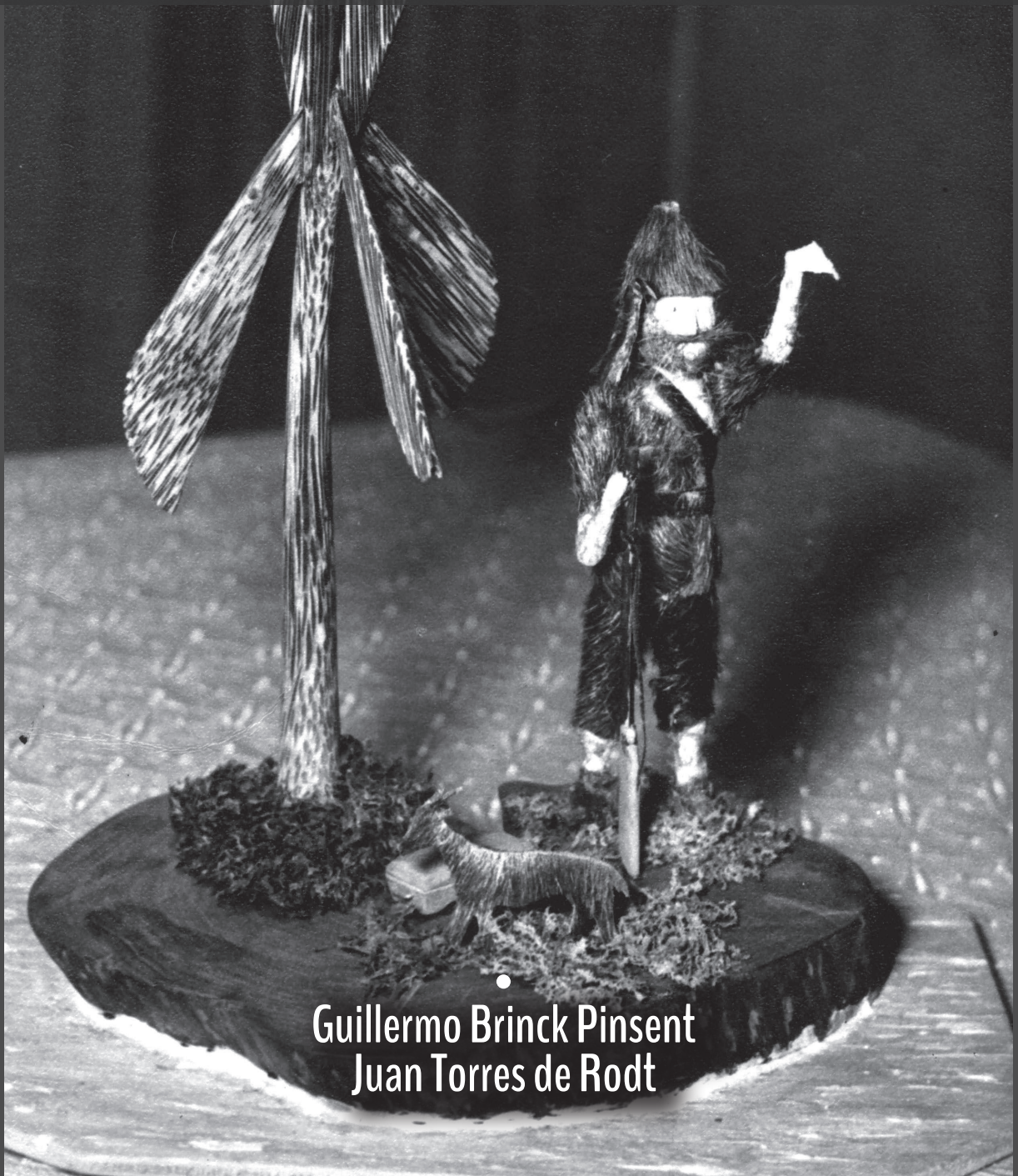


Vivir en una Reserva Mundial de la Biósfera.

Cultura y conservación de la biodiversidad en la isla Robinson Crusoe, Archipiélago Juan Fernández



Guillermo Brinck Pinsent
Juan Torres de Rodt



Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)
Fondo para el Medio Ambiente Mundial (GEF)
Ministerio del Medio Ambiente (MMA)
Proyecto Fortalecimiento de los Marcos Nacionales para la Gobernabilidad de las Especies Exóticas Invasoras: Proyecto Piloto en el Archipiélago Juan Fernández (Proyecto GEF/MMA/PNUD EEI)

ISBN: 978-956-7469-88-8

Autor:

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Responsables investigación:

Guillermo Brinck Pinsent, Antropólogo, Magíster en Etnopsicología, profesor titular de la Escuela de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y miembro del Laboratorio de Investigaciones Insulares (ISLab) de la misma casa de estudios.

Juan Torres de Rodt, Director de la Fundación Archipiélago Juan Fernández, experto en desarrollo local.

Edición:

PAUTA CREATIVA Comunicaciones
Fernando Baeriswyl, Coordinador Proyecto GEF/MMA/PNUD EEI

Fotografías:

Island Conservation
Colección Museo Histórico Nacional
Guillermo Brinck

Diseño y diagramación:

Fernanda Berckhoff

Impresión:

Full Services

Foto portada:

Artesanía en chonta, de Pedro Arredondo.

Esta publicación se realizó en el marco del proyecto Fortalecimiento de los Marcos Nacionales para la Gobernabilidad de las Especies Exóticas Invasoras: Proyecto Piloto en el Archipiélago Juan Fernández (Proyecto GEF/MMA/PNUD EEI) y, por lo tanto, no representa necesariamente la opinión de las instituciones que participan en el proyecto.

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Fondo para el Medio Ambiente Mundial (GEF) y el Ministerio del Medio Ambiente (MMA) autorizan la reproducción total o parcial de esta publicación, a condición de que se mencione la fuente del documento.

Año:

2017

Cita recomendada

PNUD (2017). Vivir en una Reserva Mundial de la Biósfera. Cultura y conservación de la biodiversidad en la isla Robinson Crusoe, Archipiélago Juan Fernández. Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Agradecimientos

Agradecemos a las instituciones y personas que con su participación y ayuda hicieron posible esta publicación: I. Municipalidad de Juan Fernández, Corporación Nacional Forestal (CONAF) Juan Fernández, Museo Histórico Nacional, Sociedad de Biología de Chile, Island Conservation, Colegio Insular Robinson Crusoe, Casa Isla, Fundación Archipiélago Juan Fernández, Sindicato de Pescadores de Juan Fernández, Laboratorio de Investigaciones Insulares (ISLab) y Escuela de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Cabañas Barón de Rodt, Felipe Paredes, Jaritza Rivadeneira, Iván Leiva, Ramón Schiller, Danilo Arredondo, Maximiliano Recabarren, Jorge Angulo, Alberto Vergara, Guillermo Martínez, Germán Recabarren, Cecilia Schiller, Nana Pocha, Guido Balbontín, Marcelo Schiller, Christian López, Erin Hagen, Nana Chamorro, Jeannette Balbontín, Flora de Rodt, John Torres, y a todos aquellos que contribuyeron de manera directa o indirecta en este trabajo.

Agradecemos a Philippe Danton y a todos aquellos colegas y amigos que leyeron el manuscrito y contribuyeron con sus valiosos comentarios e ideas para que este texto fuera más claro, preciso y profundo: Andrea Seelenfreund, Cristian Morales, Raimundo Bilbao, Claudio Villegas y Angélica Santos. Este trabajo les debe mucho a su generosa y atenta lectura.

Finalmente, pero no por eso menos importante, los autores quieren agradecer personalmente al Proyecto GEF/MMA/PNUD Especies Exóticas Invasoras, en especial a su coordinador nacional, Fernando Baeriswyl Rada, a quien debemos que este libro llegue a la luz, no sólo porque decidió apoyar este trabajo, también porque lo concibió desde un principio como un aporte al desarrollo sostenible y a la conservación de la biodiversidad que representa el Archipiélago. Agradecemos especialmente a Fernando por su apertura de mente, la confianza que depositó en nosotros en todo momento y el apoyo que dio a nuestro trabajo.

Un agradecimiento especial de Guillermo Brinck a Gladys Retamal y Julieta Brinck por todo el amor y el apoyo incondicional. Un reconocimiento aparte a Samuel Brinck, compañero de viaje y precoz ayudante que, sin quererlo, con sus preguntas de colores y su mirada luminosa me abrió las puertas hacia su propia isla del futuro.

CONTENIDO

Presentación	p. 7
Historia de miradas <i>Philippe Danton</i>	p. 8
Vivir en una Reserva Mundial de la Biósfera <i>G. Brinck y J. Torres</i>	p. 16
1. Introducción	p. 16
2. La comunidad y el ecosistema insular en la historia	p. 19
3. El fundamento práctico del conocimiento local Biodiversidad y especies endémicas Conservación, especies exóticas invasoras y plagas	p. 26
4. La visión isleña de la naturaleza Paisaje cultural La Isla y el parque nacional La isla como paraíso Identidad insular Endemismo cultural	p. 33
5. La administración y los isleños	p. 48
6. Reflexiones finales	p. 54
Sobre algunos objetos que venden los habitantes de las Islas de Juan Fernández. Apuntes folklóricos (1927) <i>Gualterio Looser</i>	p. 59
Mi último viaje a Juan Fernández (1935) <i>Filomena Ramírez</i>	p. 62
El sándalo de Juan Fernández (1892) <i>Rodolfo Philippi</i>	p. 63
Archipiélago Juan Fernández. Una Mirada a la Historia <i>Fernando Baeriswyl R.</i>	p. 65
Bibliografía	p. 68

Presentación

Alejandra Figueroa

*Jefa División de Recursos Naturales y Biodiversidad,
Ministerio del Medio Ambiente.*

Paloma Toranzos

*Oficial de Medio Ambiente y Energía, "Programa de
Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD" Chile.*

La principal tarea del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) es promover modelos de desarrollo sostenible, enfocados en las personas y su bienestar. En ese marco, conocer qué condicionantes culturales caracterizan a las sociedades, es un elemento esencial para apoyar procesos que permitan mejorar sus condiciones de desarrollo bajo un enfoque que genere equilibrio entre las dimensiones social, económica y medioambiental.

En este contexto, la presente publicación nace bajo la motivación de Juan Torres de Rodt, isleño que pertenece a la familia descendiente del Barón de Rodt, quien fuera gestor de la última colonización exitosa a finales del siglo XIX, la que dio origen al actual poblado de San Juan Bautista en la isla Robinson Crusoe; y de Guillermo Brinck, antropólogo que ha trabajado por años en el Archipiélago Juan Fernández y autor del libro "Memorias Insulares", donde sentó las bases para un estudio antropológico de los actuales isleños, trabajo que hasta ahora seguía inconcluso. Por este motivo, y en el marco del Proyecto GEF/MMA/PNUD de Especies Exóticas Invasoras (EEI), se estimó relevante generar un estudio que profundizara en la relación de la comunidad de Juan Fernández con su entorno, su biodiversidad y las invasiones biológicas que se han establecido en el archipiélago.

Este estudio va más allá de la sola descripción de los modos de vida del archipiélago y la percepción que sus habitantes tienen de ellos, es más bien un acercamiento a su sentido de pertenencia, sus costumbres y valores, y a la relación tan particular con el medio ambiente que, en un entorno único, poseen. Asimismo, busca ser un aporte a la gestión de políticas públicas que se desarrollen a nivel local, sirviendo también como referencia para desarrollar nuevas investigaciones junto a la comunidad.

Al igual que todas las acciones que ha desarrollado el Proyecto GEF/MMA/PNUD EEI desde 2013 en Juan Fernández, esta investigación corresponde a un primer y valioso paso en materia de conservación medioambiental bajo un enfoque de sostenibilidad, que aspira a ser replicado en otras zonas del país e inspirar experiencias que, como en el presente caso, permitan abordar problemas ambientales generando mejoras en el bienestar de las personas y comunidades.

Historia de miradas

Por Philippe DANTON

[12 de Agosto 2016]

Como botánico, estaba esperando el trabajo de Guillermo BRINCK PINSENT y Juan TORRES de RODT desde el año 2006 en la cual empezamos, con mi colega Christophe PERRIER, a emitir la opinión de la necesidad de este valioso trabajo al beneficio de las diferentes instituciones y personas concernidas en el manejo del Parque Nacional Archipiélago Juan Fernández (PNAJF). Por fin, la idea se concretizó gracias al Proyecto GEF/MMA/PNUD Especies Exóticas Invasoras, y cuando los autores de « *Vivir en una reserva Mundial de la Biósfera, Cultura y biodiversidad en la isla Robinson Crusoe, archipiélago Juan Fernández* » me pidieron en abril del 2016 « algo escrito que se podría incluir en el estudio... » sobre la visión de un científico a propósito de la problemática de la preservación de las riquezas naturales del archipiélago, acepté con gratitud. Aprovecho esta corta introducción para agradecer los autores de este estudio, Guillermo y Juan, para darme esta oportunidad participar y también mi amigo Christophe para sus muy juiciosos comentarios.

Corta historia de nuestro trabajo en el archipiélago Juan Fernández

Nuestro proyecto de estudio botánico llegó al archipiélago Juan Fernández al inicio del verano 1997-98, después de contactos con las instituciones encargadas de la gestión del Parque Nacional: CONAF Nacional y CONAF V Región, como las instituciones que tienen que ver en Chile con la botánica en el archipiélago: la Sección botánica del Museo Nacional de Historia Natural (MNHN), y el Jardín Botánico Nacional de Viña del Mar. Cuando llegamos por primera vez en la isla Robinson Crusoe, todo era nuevo para nosotros, y como botánico la gran mayoría de las plantas nativas eran desconocidas para mí, salvo en forma seca y aplastada en los Herbarios que había visto en los MNHN de Santiago en Chile y París en Francia. Desgraciadamente, para empezar nuestras investigaciones, no teníamos otra documentación que un ejemplar de la Flora de Federico JOHOW(1), del final del siglo XIX, libro adquirido unos meses antes en un anticuario de Santiago), algunas fotocopias de los trabajos publicados por Karl SKOTTSBERG(2) (*The Pteridophyta*, 1920 ; *The Phanerogams*, 1922 ; *Supplement to the Pteridophytes and*

Phanerogams, 1951 ; *The Vegetation*, 1953 ; *Geographical sketch*, 1954), el trabajo sobre los helechos recién aparecido de Elizabeth BARRERA MOSCOSO(3) (1997) y nada más. Oportunamente, un año después, Clodomiro MARTICORENA, Tod F. STUESSY y Carlos M. BAEZA(4) publicaron (1998) un «*Catálogo de la Flora vascular*» señalada en el archipiélago Juan Fernández.

Una vez familiarizado con la flora nativa y los diferentes ambientes de estas islas se reveló la importancia de los diferentes problemas ecológicos que afectan la vegetación insular: erosión, contaminación, introducción de especies alóctonas (vegetales y animales), invasión de plagas, competencia entre especies, costumbres locales, etc. Empezamos entonces la segunda parte de nuestro trabajo, inventariar las plantas vasculares nativas e introducidas. Casi diez años después del inicio de nuestras investigaciones, publicamos un nuevo Catálogo comentado de las plantas encontradas en el archipiélago(5) (2006), como primer paso de un trabajo más amplio: una Monografía

de las plantas vasculares del archipiélago. Seguimos nuestro trabajo en terreno hasta el año 2009 y paralelamente empezamos la redacción e ilustración de nuestra *Monografía de la Flora vascular del archipiélago Juan Fernández, Chile*. Terminamos este largo y exigente objetivo a fines del mes de abril 2015 y lo entregamos en las manos del editor: las *Editions scientifiques du Museum national d'Histoire naturelle* de París, el 10 de Junio del mismo año. Un año después, sin noticia y respuesta de parte de las Ediciones científicas del MNHN, tuvimos la oportunidad cambiar de editor, *MUSEO Editions*, y lo hicimos, con una salida prevista en Francia por el año 2017 y una coedición chilena (fecha de salida no prevista).

Y para complementar nuestra implicación en el archipiélago, tratamos ahora, con el *Conservatoire botanique national* de Brest (CBNB, Francia), incitar a la creación de « Jardín y Conservatorio botánicos » en la isla Robinson Crusoe(6), como instrumento de gestión a largo plazo. Con ese fin, firmamos un *Memorandum of Understanding* (MOU) con el Ministerio del Medio Ambiente de

Miradas y percepciones

A la evidencia existen diferentes tipos de mirada al medio ambiente insular en el archipiélago. Y podría ser que cada uno tiene la suya. Para simplificar, he elegido, agrupar en cinco categorías las miradas que, por lo que conocimos, tienen que ver directamente con la calidad del medio ambiente:

- **la mirada de los isleños**, que viven diariamente adentro del ambiente insular;
- **la de los que ordenan el territorio** y viven de su transformación (Municipalidad, Empresas de Concepción y Ordenamiento);
- **la de las instituciones encargadas de su protección** (PNAJF, CONAF, SAG, MMA);
- **la de los turistas**, que cotejan sus sueños con lo que perciben momentáneamente de una isla;
- **la de los científicos**, que son de diferentes tipos: institucionales, universitarios (chilenos y extranjeros) y a veces más

Chile el 31 de octubre 2014, sin más avance hasta el momento.

Una cosa cierta: durante estas 10 misiones de cada una 3 meses entre los años 1997 y 2009, estuvimos en contacto estrecho, en inmersión completa, con la población isleña y las diferentes instituciones encargadas de la gestión del Parque Nacional en la Isla [Dirección del PNAJF, cuerpo de los Guardaparques), Servicio Agrícola y Ganadero (SAG), Ilustre Municipalidad de Juan Fernández] y en el Continente [Corporación Nacional Forestal (CONAF) V Región y Nacional, Corporación Nacional del Medio Ambiente (CONAMA) V Región y Nacional la cual se volvió después Ministerio del Medio Ambiente (MMA)].

Este estudio sobre el sentimiento de la naturaleza de los habitantes (isleños y residentes) del archipiélago es para mí, como científico extranjero, una oportunidad para relatar un poco de la fase escondida de nuestros estudios. La cual, generalmente, no es parte de nuestros informes y artículos científicos o de divulgación ■

independientes (como es mi propio caso como botánico).

En las líneas siguientes trataré, desde mi propio puesto de observación (como botánico llegado de Francia), dar mi percepción personal del extraordinario asunto complicado que representan los retos, a veces contradictorios, de la preservación ecológica del archipiélago.

De evidencia, no tengo la capacidad para hablar en lugar de todas estas categorías de personas, tampoco para todos los diferentes tipos de científicos cruzados durante nuestras temporadas, y los comentarios que siguen no dicen más que mis propias impresiones de investigador francés sumergido en un ambiente y una cultura diferentes de mi propio cotidiano y también apasionantes ■

La mirada de los isleños

Históricamente, los colonos que originaron la población actual del archipiélago, en la mitad del siglo XIX, enfrentaron las dificultades de un establecimiento a largo plazo después de los diferentes presidios que ocuparon las dos islas principales del archipiélago: la Isla Alejandro Selkirk y la isla Robinson Crusoe. El pueblo principal y permanente, San Juan Bautista, se estableció en esta última isla. Los isleños de hoy día no olvidaron el rol colonizador de sus antepasados, con todas las dificultades superadas y todos los sacrificios consentidos, y consideran que por estas razones tienen ciertos «derechos naturales» sobre su territorio. Es el viejo antagonismo humano entre autoridad y sometimiento que se encuentra aquí de nuevo con su famosa y pretendida natural «ley del más fuerte», de la cual deriva el autoritarismo y el tradicional machismo. Obviamente las administraciones (primero los Administradores públicos y luego el Parque Nacional y la Municipalidad), que el Estado Chileno estableció en un poco más de un siglo y medio, vinieron enfrentar de manera frontal la libertad, real o soñada, de «vivir sin obligación» en estos territorios aislados. Hoy día la memoria, muchas veces intensa y cuidada adentro de las antiguas familias, de diferentes eventos negativos ocurridos en un pasado más o menos reciente entre la comunidad y el poder, son parte del orgulloso «ser isleño». Obligaciones nuevas, restricciones de usos, sentimiento de pérdida de autonomía, grandes y pequeñas derrotas, algunas victorias también, forjaron por parte la idiosincrasia insular.

También existe, adentro de la comunidad isleña, diferencias marcadas entre las familias de los colonos de la primera hora y los residentes permanentes más tardíos. Pero, todos los que vienen de afuera, continentales como extranjeros, les llaman «plásticos».

Frente al medio ambiente, la actitud isleña es más predatoria que respetuosa. Resultado por parte de las antiguas coacciones de la supervivencia en el medio y sobre todo del sentimiento humano de superioridad

sobre la naturaleza y los otros seres vivos, herencia del modo de pensar occidental. Sin embargo, el aislamiento, la violencia natural del lugar (del océano, de los temporales y de los eventos sísmicos) y la fragilidad de la vida humana vienen periódicamente recordar al ser humano su pequeñez. Pero el simple placer de ejercer su fuerza parece más atractivo que considerarse como parte del entorno natural. Es así, y desafortunadamente por este último punto no se trata de una particularidad local, así que el replanteamiento se ve complicado, contrapuesto por el peso de las famosas «tradiciones», las sirenas del consumismo, y la pereza de cambiar sus costumbres.

También, la existencia del Parque Nacional, que reduce por necesidad el uso desordenado del territorio y de los recursos naturales, desarrolló actitudes a veces bastante irresponsables frente algunos problemas del mismo Parque, como por ejemplo el desarrollo de la zarzamora (especie invasora en el Parque) en el pueblo, los jardines y terrenos particulares ... ¿Quién debe sacarla? ... mientras la zarzamora aprovecha la pregunta para proliferar e instalarse.

Este estado de espíritu produjo, en el archipiélago, como en muchas otras partes del mundo, cambios ecológicos profundos (aquí: erosión, desarrollo de especies invasoras, pérdida de diversidad biológica nativa, reducción de superficie del bosque fernandeciano endémico, etc., que tienen influencias sobre el clima y la calidad de vida), por los cuales la mayoría de los responsables dejan que la generación siguiente se encargue de hacer algo. Aquí estamos ■



Grupo de isleños junto a una chonta (1925) en isla Robinson Crusoe.
Fotografía: Colección Museo Histórico Nacional.

La mirada de los que ordenan el territorio

Se trata generalmente de una pura visión tecnocrática de la ordenación territorial en la cual los actuales problemas ecológicos se ven como simples impedimentos a la realización de necesidades calificadas de colectivas, y por esta razón: legítimas e indiscutibles. Algunas veces he conversado con encargados de proyectos sobre una u otra de las futuras obras (que fueron realizadas) y me di cuenta que los argumentos para no tener en cuenta las tesis de tipo ecológico son siempre las mismas: el costo. Sin querer ver que muchas veces, el futuro costo ecológico (que también se puede cifrar) será mucho más importante que las eventuales modificaciones que necesitaba el proyecto antes de su realización.

Así por ejemplo, no sé cuántas fardelas se mataron de noche con las luces públicas en el pueblo de San Juan Bautista. Y he visto después encogerse de hombros el diseñador del proyecto frente al desastroso resultado. ¿Qué valor puede tener la vida de algunas aves frente al orgullo de tener una cancha de fútbol iluminada de noche, igual a la del continente? ... Cuestión de pura ética.

La mirada de las instituciones encargadas de la protección ambiental

Aquí se trata de una mirada institucional, administrativa, es decir sujeta a decisiones del Estado, con una cierta autonomía y sobre todo, con un rol de «experto» para ayudar la toma de decisiones a diferentes niveles: nacional, regional y local. En el caso particular del archipiélago, se trata en primera línea del Parque Nacional Archipiélago Juan Fernández (creado en 1935), administrado por CONAF V Región (Corporación Nacional Forestal, implantada desde el año 1973 en la isla Robinson Crusoe), el Municipio, y también hoy día del SAG (Servicio Agrícola y Ganadero, implantado con oficina en la isla desde muy poco tiempo, 2015), y desde el continente por la antigua CONAMA (Corporación Nacional del Medio Ambiente) transformada oficialmente, el año 2010, en el MMA (Ministerio del Medio

Otro tipo de problema con la creación o ampliación de caminos adentro del Parque Nacional: generalmente los proyectos presentan solamente el beneficio que representa este tipo de obra (mejor accesibilidad, necesidad de vía de comunicación para los isleños y el turismo, ampliación para la comodidad de los caballos, etc.) sin ver que con este tipo de trabajo se dañan gravemente ecosistemas únicos y, sobre todo que los caminos reformados se vuelven de inmediato vías de penetración para las especies invasoras (vegetales y animales), contribuyendo a la aceleración de la degradación del Parque Nacional.

Al parecer, existe un verdadero problema de mirada en la formación, ante todo técnica y económica, de los diferentes diseñadores que pueden actuar en ambientes tan frágiles como islas reconocidas de alto valor biológico. Las preocupaciones ecológicas resultan ser todavía demasiado nuevas para espíritus especialmente lentos o marcados por ideologías pasadistas. Lo podemos lamentar y compadecer a las futuras generaciones ■

Ambiente de Chile). Todas estas instituciones vehiculan discursos oficiales, cada una en su campo, que arrastran acciones como inacciones. Y obviamente, como siempre, existe una diferencia, más o menos importante, entre el discurso sobre las cosas y la realidad de las cosas. Este hecho, más el resultado de análisis, a veces muy ligeros, de perturbaciones ambientales muy complejas, aliados al ejercicio del poder institucional originaron, por lo que he visto en terreno, gran parte de los problemas ecológicos actuales del archipiélago. Hoy día, la recuperación de la calidad de vida natural y humana en el archipiélago se ve muy complicada y el peso de las acciones e inacciones institucionales pasadas se puede leer directamente en el paisaje actual ■

La mirada de los turistas

Cualquier visitante, del continente o extranjero, encontrado al inicio de su primera visita a la isla Robinson Crusoe queda un poco atónito frente la grandeza de la naturaleza insular: acantilados impresionantes y oscuros, relieves imponentes cubiertos de vegetación verde, ... hasta las zonas erosionadas que componen paisajes coloreados y fuertemente contrastados. ¡Todo es impactante!

La duración de las estadías de turistas en la isla quedando relativamente corta, las emociones muchas veces superan la reflexión y el análisis. ¿Y, con excepción de ciertos naturalistas, quien puede hacer la diferencia, con todas sus consecuencias, entre el verde de las malezas y el verde de las especies nativas? De manera evidente, una educación ambiental adaptada a la situación de la isla (dispensada por los guías en terreno o por publicaciones adecuadas) se debe proporcionar para que el turista pueda entender mejor lo que le rodea. Conversando con algunos durante paseos o encuentros fortuitos en terreno, me di cuenta que el enten-

La mirada de los científicos

Durante mis diez estadías en las diferentes islas del archipiélago, tuve varias oportunidades para cruzar y frecuentar diferentes tipos de científicos y naturalistas de varias disciplinas: otros botánicos, ornitólogos, entomólogos, biólogos marinos, edafólogos, geólogos, arqueólogos, incluso etnólogos, etc. Algunos eran profesionales, otros buenos aficionados, otros estudiantes en práctica y cada uno procediendo de diferentes instituciones científicas, chilenas como extranjeras (Museos de Historia natural, Jardines botánicos, Universidades) o de varias ONG ambientales, etc.

Algunos tienen recursos considerables, otros no.

Muchos tienen tiempo reducido para trabajar en un tema preciso, sin grandes posibilidades para desarrollar una mirada más amplia. Colectan datos en terreno,

dimiento de los paisajes era por lo general muy superficial, incluso a veces totalmente cerrado por diferentes prejuicios: suspicaz «*Quién dice que realmente lo que pasa es grave?*»; resignado: «... *de todas maneras no podemos hacer nada.*»; o esta opinión definitiva: «*He pagado para gozar del espectáculo, no para pensar.*», etc. Por suerte encontré muchos otros, más abiertos, con los cuales los intercambios fueron mucho más interesantes, incluso enriquecedores.

Por supuesto, las razones de cada turista para viajar al archipiélago: turismo literario, naturalista, deportivo, culinario, de descubrimiento, de puro azar, etc., determinan la calidad de las miradas como la capacidad para dejarse sorprender por informaciones extra de lo esperado. Los espíritus abiertos podrán encontrar en estas pequeñas islas, con un poco de suerte, amplias satisfacciones y motivos para pensar su posición en el mundo ¡Ojalá!■

completan colecciones, buscan material para estudios particulares, la mayoría con autorizaciones oficiales, a veces de manera más discreta (sobre todo en el caso de los coleccionistas), y se van para muchas veces nunca volver.

Otros tienen proyectos de estudio a largo plazo que necesitan varias visitas, a veces durante varios años, y obviamente diferentes relaciones se desarrollan con la comunidad insular, con las administraciones locales, y a medida que adquieren experiencias de terreno se forjan opinión sobre el estado ecológico de las islas. Pero muchas veces guardan esta opinión para no generar problemas y sobre todo no arriesgar comprometer el futuro de sus estudios. Así se pierden a veces valiosos avisos.

También, hay que señalar algunos científicos que vienen, atraídos por la reputación

del valor biológico y literario del archipiélago, sobre todo para beneficiar de su fama. ¡Sí sí, lo he visto!

Pero bueno, por fin, como mi propósito en las islas de Juan Fernández no era el estudio de mis colegas estudiando, y que no quiero hablar en lugar de ellos, voy siguiendo con mis propias percepciones de la naturaleza fernandeciana y de sus problemas:

Quiero empezar por la verdadera recompensa de nuestro trabajo: el placer del descubrimiento. Llegando de Francia por primera vez al archipiélago Juan Fernández en el año 1997, me acuerdo muy bien de la fuerte impresión sentida a la primera visión de los enormes acantilados bordeados en bote para llegar al pueblo. Una impresión de belleza y grandeza mezclada con el sentimiento violento de nuestra propia pequeñez frente un espectáculo natural tan fuerte. Un poquito después, llegado al pueblo de San Juan Bautista, me encontré con mis primeros coles (*Dendroseris litoralis*) plantados en la calle Larraín Alcalde, cruzando las primeras miradas sonrientes, indiferentes o llenas de curiosidad de los isleños.

Obviamente, mi trabajo de botánico me puso de inmediato en contacto con la dirección del Parque Nacional y su Casa de Huéspedes donde alojamos durante nuestras primeras misiones en el archipiélago.

Al inicio de nuestra inmersión en esta «nueva naturaleza», casi todo era desconocido para nosotros: los paisajes, la vegetación, las especies vegetales y animales. Nuestra primera meta fue familiarizarnos con estas novedades. Para un botánico esto significa poner nombre en cada planta encontrada (y el nombre científicamente justo, lo que necesita un trabajo meticuloso y pertinaz) y más allá tratar entender las relaciones entre el lugar, el clima y todos los seres vivientes (incluso los humanos) que componen un paisaje, un bioma, un ecosistema, una asociación vegetal. Estas «grandes» ambiciones necesitan tiempo, muchas salidas en terreno, estudios en la literatura científica vigente (antigua como moderna) y también intercambios con los usuarios de estos es-

pacios naturales: isleños, guardaparques, responsables institucionales y otros científicos involucrados, como nosotros, en estudios naturalistas.

Durante esta fase de descubrimiento y familiarización con el ambiente isleño, aproximadamente las dos o tres primeras misiones, recibimos una cantidad enorme de informaciones de todo tipo, botánicas como zoológicas y sociológicas. Casi de inmediato, nos dimos cuenta del mayor interés de la población insular hacia el mar, la pesca y también de una relación compleja de varios isleños con las instituciones encargadas del manejo del Parque Nacional (sobre todo CONAF V Región en este caso). Cuando tratamos entender un poco más del asunto, conversando con los isleños y la institución, el resultado de nuestros intercambios, importantes para la protección de la flora y fauna nativas del archipiélago, se puede resumir de la manera siguiente: existe una profunda incompreensión entre las dos partes y cada una acusa la otra de la responsabilidad de esta situación. De manera objetiva existen conflictos de intereses entre la estructura Parque Nacional y la comunidad isleña a propósito de la gestión del espacio y del patrimonio natural insular. Lo constatamos muchas veces a propósito por ejemplo: del manejo del ganado (vacas, mulas y caballos), de la proliferación de la zarzamora (*Rubus ulmifolius*), de la invasión por la chaqueta amarilla (*Vespula germanica*), de la eliminación de los conejos (*Oryctolagus cuniculus*), de los perros y gatos vagabundos, etc. Y casi siempre el conflicto se desarrolla al nivel de resentimientos antiguos, en la base de oposición entre libertad y obligación, responsabilidad y despreocupación, acción y pereza, cuidado y dejadez, ... pero casi nunca, de una parte u otra, he visto tomar en cuenta los verdaderos retos del problema y la necesidad de reacción colectiva para el bienestar de todos: de los ecosistemas como de los humanos.

A largo plazo el reto más grande de la comunidad queda, según mi opinión, la búsqueda de una cierta armonía, entre la aspiración a la comodidad humana y la necesaria preservación de los equilibrios naturales, que

garantice la sustentabilidad de la presencia humana en estas islas al lado de un patrimonio biológico natural único e irremplazable. A menos escala, se trata del mismo reto que enfrentan actualmente la humanidad y

Y después

Bueno, todo lo anterior es un reflejo (obviamente parcial) de mis diferentes encuentros con la comunidad isleña, las instituciones encargadas del PNAJF y de la protección del medio ambiente en Chile, algunos visitantes del archipiélago y mis colegas científicos durante mis casi 30 meses de residencia en el archipiélago (en tiempo acumulado) más algunos meses extra en el Continente. Obviamente mis tomas de apuntes y observaciones no tienen valor de una investigación sociológica o etnológica, pero pienso que, como botánico involucrado en el estudio de la flora fernandeciana, he tenido una posición privilegiada, y a la vez transversal e implicada, con respecto al tema de este estudio. Por esta razón precisa, acepté dar mi punto de vista personal sobre las diferentes miradas encontradas durante mis estadias de trabajo en el archipiélago y el continente.

De lo anterior se puede deducir que no existe un consenso para, realmente, tomar en cuenta la preservación del medio ambiente y de la diversidad biológica en el archipiélago. Para algunos, afuera del archipiélago como desgraciadamente adentro, este tipo de preocupación no tiene ningún sentido y los problemas ecológicos no existen, son inventos. Otros, en el archipiélago, se dan cuenta de las degradaciones evidentes de su ambiente insular sin saber qué hacer y esperando que las soluciones puedan venir del exterior, sin molestar las costumbres del cotidiano y los intereses particulares. Algunos otros ya saben que, de todas maneras, son parte de la solución y actúan para cambiar lo que pueden y sobre todo no dejar los problemas para las generaciones que vienen después sin hacer nada. Y que los niños sigan jugando, confiados en la supuesta responsabilidad de sus padres para organizar el mejor porvenir posible...

el planeta. De este punto de vista, las etapas y ojala el logro de esta búsqueda en el archipiélago podrían ser un ejemplo útil ■

Al nivel político, casi todo el mundo está de acuerdo para decir que la ecología es un tema importante, pero cada uno puede darse cuenta que la economía siempre tiene otra prioridad.

Sería interesante que la *Lactoris*, la *Yunquea*, la mirtisilva fernandeziana⁽⁸⁾, el picaflores, el lobo fino de dos pelos, la langosta y todas las especies endémicas de flora y fauna del archipiélago tengan derecho para votar, o por lo menos verdaderos representantes. ¿Sueño utópico por supuesto o próxima necesidad?

La buena noticia para mí es que, a lo largo de mis estadias de trabajo (entre 1997 y 2009), he visto una lenta evolución positiva de la toma de conciencia ecológica adentro de la comunidad isleña; desgraciadamente, no he visto mucho acompañar este movimiento al nivel institucional.

Y la mala noticia es que, durante el mismo tiempo, también he visto una evolución muy rápida de la degradación de los ecosistemas insulares. Durante mis 12 años de visitas en el archipiélago, he visto, por ejemplo, cambiar y desaparecer pedazos enteros de mirtisilva fernandeziana (el bosque endémico del archipiélago), reemplazada por un tipo de macal-zarzamoral, casi totalmente impenetrable.

Como lo he dicho muchas veces en las islas, no pienso que la protección del medio ambiente y de su diversidad biológica se puede hacer sin participación activa de todos sus usuarios. Pero esta participación activa necesita una educación e información honesta (completa y comprensible) de cada uno sobre lo que se conoce del funcionamiento y de las perturbaciones en estas islas, hecha por personas que realmente saben del tema

y que no tienen otros intereses en el cuento (personales, económicos o institucionales). Esto significa la exigente escucha mutua entre diferentes categorías de personas (en este caso: isleños, responsables institucionales, políticos, científicos) que, de manera habitual, no son en contacto entre ellos para actuar en un proyecto común, tampoco comparten (cada uno tiene su visión propia, y obviamente la única valiosa), tampoco muchas veces tienen el poder de decisión para orientar el porvenir... un desafío.

Por ejemplo, un diagnóstico ecológico pluridisciplinar y serio del estado actual del archipiélago y de sus posibilidades (valor científico, económico, paisajístico) sería un aporte sumamente importante para definir, con conocimiento de causa, una línea de acción para el desarrollo sustentable del archipiélago, lo que queda por hacer.

Las islas son equilibrios frágiles en los cuales la menor perturbación puede tener conse-

cuencias importantes a largo plazo. Los problemas ecológicos actuales del archipiélago lo demuestran. Acciones puntuales y desordenadas muchas veces son ineficaces o contraproducentes porque, añadiéndose una a la otra, pueden producir cadenas de reacciones complejas y profundas contra las cuales es siempre más complicado y costoso luchar. En ecología, mejor vale evitar los errores que creer que será posible repararlas.

Como científico extranjero no quiero dar ninguna lección a nadie. Solamente incitar a la reflexión. Pero sí, me gustaría que nuestra propia especie humana, que se autopromociona tan fácilmente superior, sea capaz ver un poco más allá de la punta de su nariz o del fondo de su bolsillo, para darse cuenta que la buena salud de su ambiente condiciona su propia calidad de vida. ¿Sueño o necesidad? ■

Bibliografía

- (1) **JOHOW F.** – 1896 – *Estudios sobre la flora de las islas de Juan Fernández* - Imprenta Cervantes, Santiago, XI+289 p. + 18 planches + 2 cartes.
- (2) **SKOTTSBERG C.** – 1920-1956 – *The Natural History of Juan Fernandez and Easter Island* – vol. 1: *Geography, Geology and origin of island life* (438 p.), vol. 2 : *Botany* (960 p.), vol. 3: *Zoology* (688 p.), Almqvist & Wicksells, Uppsala.
- (3) **BARRERA MOSCOSO E.** – 1997 – *Helechos de Juan Fernandez* - Museo Nac. Hist. Nat. de Chile, publi. ocasional n° 51, Santiago. 104 p., 56 fig.
- (4) **MARTICORENA C., STUESSY T. F., BAEZA C. M.** – 1998 – *Catalogue of the Vascular Flora of the Robinson Crusoe or Juan Fernandez Islands, Chile – Catálogo de la Flora vascular de las islas Robinson Crusoe o Juan Fernández, Chile* – *Gayana Bot.*, 55(2) : 187-211, Univ. de Concepción.
- (5) **DANTON PH., PERRIER CH.** – 2006 – *Nouveau catalogue de la flore vasculaire de l'archipel Juan Fernández (Chili). Nuevo catálogo de la flora vascular del Archipiélago Juan Fernández (Chile)* – *Acta Botanica Gallica*, 153(4) : 399-587.
- (6) **DANTON PH., BUORD S., STUTZIN M.** – 2013 – *Las islas de Robinson Crusoe : Riqueza biológica amenazada y propuesta de creación de los Jardín y Conservatorio Botánicos* – *Chagual* 11 : 12-29, Revista del Jardín Botánico Chagual, año XI, n°11, diciembre 2013, Santiago de Chile.
- (7) **DANTON PH., PERRIER CH.** – 2011 – *Estudio para una Monografía de la Flora vascular del Archipiélago Juan Fernández, joyas verdes en el Océano* – Ed. Fundación Archipiélago Juan Fernández, Santiago de Chile, una libreta 58 p. + 30 láminas dibujadas.
- (8) **DANTON PH.** – 2006 – *La « myrtisylve » de l'archipel Juan Fernández (Chili), une forêt en voie de disparition rapide* – *Acta Botanica Gallica*, 153(2) : 179-199.

Vivir en una Reserva Mundial de la Biósfera

G. Brinck y J. Torres.

1. Introducción

Este libro tiene como propósito contribuir al conocimiento del ecosistema del Archipiélago Juan Fernández desde la antropología, considerando las variables socioculturales que inciden en el desenvolvimiento, la mantención y el deterioro del ecosistema insular. El objetivo es aportar a la comprensión del medioambiente insular y su conservación a partir del estudio antropológico de la sociedad isleña desde un enfoque culturalista, considerando la visión que los isleños tienen del mundo (cosmovisión) para aportar a una comprensión más acabada de los procesos que inciden en el estado de conservación del Parque Nacional y que deben ser consideradas para su correcta administración. Este enfoque demanda que el lector cuestione sus propias concepciones de la realidad y se abra a un modo de vida que, bajo una apariencia familiar, oculta una experiencia muy distinta de aquella que podemos encontrar en Chile continental, sobre todo en la ciudad, que es donde suelen pensarse los programas y las medidas para la preservación del medioambiente. Esta investigación se pregunta cuál es la noción que los isleños tienen de la naturaleza y la relación que ellos establecen con ella, lo que es un asunto fundamental para el manejo de una Reserva que alberga a una Comuna completa en su seno (o bien, que se encuentra dentro de ella). Cualquier tratamiento de un ecosistema determinado requiere la consideración de la actividad humana que incide en él directa o indirectamente. El enfoque holístico exige conocer la manera en que la actividad humana, determinada socioculturalmente,

se inserta en una ecología que está a su vez modelada por esta misma acción. El manejo de una Reserva Mundial de la Biósfera no puede prescindir de este conocimiento. Este libro es una contribución en este sentido.

Nos enfocaremos en aquel sector de la cultura fernandeciana¹ que hace referencia a la “naturaleza”, en un ejercicio de cuestionamiento de esta categoría básica del entendimiento occidental. Además, esperamos que estas consideraciones sobre la cultura isleña puedan tener alcances prácticos para la resolución de problemas sociales relativos a la administración del parque nacional y la conservación del medio natural del Archipiélago en general.

Presentamos aquí los resultados del estudio Conocimiento local del medio ambiente y de las especies exóticas invasoras en el Archipiélago Juan Fernández, desarrollado entre los meses de noviembre de 2014 y mayo de 2015 para el Proyecto GEF “Fortalecimiento de los Marcos Nacionales para la Gobernabilidad de las Especies Exóticas Invasoras: Proyecto Piloto en el Archipiélago Juan Fernández”, ejecutado por el Ministerio del Medio Ambiente y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Este estudio consiste en una investigación antropológica que busca comprender las actitudes, conceptos e ideas de los habitantes de estas islas hacia su ecosistema, en específico hacia las especies exóticas invasoras (EEI) y la conservación del medioambiente en general, a la luz de sus concepciones más arraiga-



Sector de Villagra en isla Robinson Crusoe, lugar donde cada año se realiza el tradicional rodeo Villagra.
Fotografía: Carlos Sato.

das sobre la naturaleza. Como expresión de ese estudio, esta publicación es un aporte al conocimiento de la cultura isleña en relación a la biodiversidad, lo cual puede ser de ayuda tanto para la planificación de proyectos sobre conservación y manejo del ecosistema de Juan Fernández, como también para futuras intervenciones en el territorio.

La investigación se realizó con un enfoque cualitativo a partir del método etnográfico, usando entrevistas en profundidad y observación participante. El equipo compuesto por Guillermo Brinck, Juan Torres, Claudio Villegas, Angélica Santos y Kenneth Torres llevó a cabo las labores de terreno durante noviembre del año 2014. Se entrevistó a personas de variada condición: isleños y continentales residentes; hombres y mujeres; niños, jóvenes, adultos y ancianos; dueñas de casa, pescadores, ganaderos, guarda parques y operadores de turismo. También fueron entrevistadas las autoridades locales: alcalde, concejales, administrador del parque nacional, entre otros. A pesar de la amplia diversidad de sujetos, se encontraron elementos comunes que permitieron reconstruir el discurso que sustenta los dichos, opiniones y actitudes de los involucrados. Para este libro hemos privilegiado la exposición general de este consenso antes que las variantes que se puedan registrar en los diversos casos. No se hacen distinciones etarias, de género, ni de ocupación, y se enfoca en la experiencia de la isla Robinson Crusoe antes que Alejandro



Cabra (*Capra hircus*), especie exótica invasora presente en Robinson Crusoe.
Fotografía: Héctor Gutiérrez

Selkirk o las islas Desventuradas, aunque gran parte de lo que aquí se dice se refiere al archipiélago en su totalidad. Además, el análisis se apoyó en investigaciones previas realizadas por parte de este mismo equipo².

Por motivos expresivos, hemos adoptado términos como “pensamiento isleño” o “visión isleña”, dándole consistencia discursiva a esta particular forma de relacionarse con el entorno. Estamos conscientes de que esto puede llevar a una exotización excesiva de la población isleña al dar una imagen de coherencia, separación y completitud cultural que tiende a acentuarse desde la mirada continental para un contexto insular como este. No debemos olvidar que la realidad sociocultural es mucho más compleja que los esquemas que los analistas elaboramos para comprenderlas, pero necesitamos simplificar la realidad para poder abarcar los marcos generales dentro de los cuales se mueve la experiencia de los sujetos y la colectividad. En Juan Fernández coexisten diferentes tradiciones culturales dado que hay habitantes de diversos orígenes y de distintas generaciones que han vivido procesos particulares. Por otro lado, las influencias externas han sido determinantes en la manera en que los isleños modelan su mundo. Aún así, hemos encontrado consensos bastante generalizados, que, a pesar de haber sido influidos por factores externos, han sido apropiados, adaptados y reinterpretados en un proceso histórico-social anclado en lo local. Así, hoy se encuentra una variedad de visiones al interior de la población que habita el archipiélago, pero esta diversidad se mueve dentro de una gama de posibilidades que son comprensibles unas al lado de las otras, mostrando a pesar de sus variaciones la unidad de un repertorio. Hemos querido dar cuenta de esa síntesis tal como se la encuentra operando hoy en día en ese territorio.

El texto procede estableciendo el contexto histórico de formación de la actual comunidad isleña y los cambios que ha sufrido el ecosistema de Juan Fernández desde su descubrimiento, para luego considerar las opiniones de los habitantes del archipiélago sobre las especies exóticas invasoras y el estado de conservación de los ecosistemas

1. El gentilicio del archipiélago Juan Fernández es fernandeciano o fernandeciana según sea el género. El de la isla Robinson Crusoe es robinsoniano y el de la isla Marinero Alejandro Selkirk es masafuerino, por el antiguo nombre Más Afuera, que aún perdura en el uso local. Al no estar habitada, la isla Santa Clara no ha dado lugar a un gentilicio.

2. El autor ha trabajado en el Archipiélago Juan Fernández desde el año 2001 hasta la actualidad. Se han realizado viajes de diversa duración los años 2001, 2003, 2004, 2008, 2009, 2012, 2013 y 2014. El año 2013 y 2014 el trabajo de campo fue desarrollado por el mismo equipo responsable de la presente investigación.

insulares. Además, se describe y analiza la visión fernandeciana de la naturaleza, junto con la relación de la comunidad con la administración del parque nacional y las medidas de protección del medioambiente, considerando sus propuestas para la planificación y manejo del parque. Finalmente se realiza una breve reflexión conceptual y se definen los desafíos que se derivan de las conclusiones del estudio. Hemos querido dar relevancia a las categorías que emanan desde la propia experiencia de los sujetos, mostrando desde una perspectiva etnográfica antes que teórica, los límites de nuestras concepciones usuales sobre la naturaleza, la sociedad y la cultura, dejando que los propios isleños interroguen al lector, incluso cuando este último es también isleño.

Los resultados del estudio se complementan con un registro fotográfico de los cambios experimentados en el paisaje de la isla Robinson Crusoe. Asimismo, se incluye un mapa elaborado por el equipo del GEF que da cuenta del estado de conservación de las especies nativas y endémicas de la isla Robinson Crusoe y de la distribución de las especies exóticas invasoras por el territorio. Las fotografías recogidas del Catálogo Fotografía Patrimonial del Museo Histórico Nacional ilustran el estado de erosión en que se encontraba la isla Robinson Crusoe y los cambios que sufrió durante la primera mitad del siglo XX. Otras imágenes tomadas de los archivos familiares de los habitantes de la isla Robinson Crusoe, muestran las antiguas artesanías en chonta, la cual fue muy cotizada en las primeras décadas del siglo pasado. Además, agregamos como anexos tres artículos de naturalistas que completan diferentes puntos desarrollados en este libro. Primero los artículos *Mi último viaje a Juan Fernández* escrito en 1935 por Filomena Ramírez y *Sobre algunos objetos que venden los habitantes de las islas de Juan Fernández*, redactado en 1927 por el botánico Gualterio Looser, ambos publicados en la *Revista Chilena de Historia Natural*. Son descripciones de primera mano sobre el uso que los isleños le daban a las especies nativas y endémicas en la confección de artesanías para la venta a principios del siglo XX. Mención aparte merece el texto *El sán-*

dalo de Juan Fernández, escrito en 1892 por el botánico y naturalista Federico Philippi, quien nos describe este árbol que ha pasado a ser parte fundamental de la cultura y la identidad isleña, y nos da una idea clara de la atmósfera científica de la época, cuando se buscaban respuestas sobre una especie que comenzaba a convertirse en mito. Estos tres artículos son un testimonio de la presencia permanente de naturalistas, botánicos y científicos en estas islas, y de la influencia que han ejercido en la cultura isleña. A través de esta inclusión hacemos un homenaje no sólo a Philippi, Ramírez y Looser –quien se nos adelantó vinculando la etnología, el folclore y la botánica-, sino que también a todos aquellos investigadores que han aportado al conocimiento y la preservación del Parque Nacional Archipiélago Juan Fernández.

Además, hemos sido honrados con la contribución de nuestro amigo, el botánico Philippe Danton, quien presenta este estudio, abriendo la discusión con una importante reflexión sobre las diferentes miradas sobre Juan Fernández que se cruzan sin encontrarse. Sin duda, este trabajo se nutre de las conversaciones que hemos mantenido a lo largo de años, así como de la lectura de sus textos escritos junto a Christophe Perrier y otros investigadores. Es ese el espíritu que guía este trabajo, el del diálogo necesario para que entre las instituciones gubernamentales y no gubernamentales, locales, regionales, nacionales e internacionales, pero sobre todo con la participación de la población residente e isleña, puedan establecerse acuerdos que permitan el buen manejo de la Reserva Mundial de la Biósfera Archipiélago Juan Fernández ■

2. La comunidad y el ecosistema insular en la historia

Casi todos hemos soñado alguna vez con retirarnos a vivir a una isla paradisíaca. Es importante que sea idílica, porque también existen las versiones funestas: las islas abandonadas, misteriosas o siniestras (para no hablar de las islas penitenciarias). Se dice que Alexander Selkirk llegó a amar su solitario peñón, donde sufrió los rigores de una existencia cercana a lo animal y esperaba cada día la nave que lo pudiese rescatar. Una vez en Gran Bretaña, el naufrago añoraba su isla, a la vez lugar de la felicidad y de la desesperación. Vivir en Juan Fernández nunca ha sido fácil. La historia de la comunidad fernandeciana muestra la ambivalencia de un lugar que se ha llegado a habitar a costa de sufrimientos, porque se ama y se vive como un edén.

El archipiélago fue descubierto por el piloto homónimo el día 22 de noviembre de 1574,



Bahía Cumberland, desde el mirador de Selkirk.
Fotografía: Darío Castro.

encontrando las islas Robinson Crusoe (ex Más a Tierra), Alejandro Selkirk (ex Más Afuera) y Santa Clara (ex Isla de las Cabras)⁴, deshabitadas. Hasta la fecha no se han registrado asentamientos precolombinos⁵. En aquel momento Juan Fernández comenzó a ser destino de visitantes esporádicos: navegantes, exploradores, piratas y corsarios; naufragos abandonados, cazadores de ballenas y de lobos marinos; presidiarios, gendarmes y colonizadores fallidos. No fue hasta 1877, con el contrato de arrendamiento del ciudadano suizo Alfred von Rodt, que el archipiélago fue colonizado de manera definitiva. El Barón de Rodt -como se le conoce actualmente en la isla- llevó familias chilenas y europeas para desarrollar una hacienda que abasteciera con leña, carbón, carne, pieles, pescado y langostas el creciente flujo de balleneros y mercantes que viajaban entre Chile y California⁶.

4. Los nombres de las islas fueron cambiados el año 1966 por el Decreto 130 del Ministerio del Interior. Estos cambios se realizaron a partir de la solicitud de la artista y escritora uruguaya Blanca Luz Brum al Presidente de la República Eduardo Frei Montalva. Blanca Luz se había radicado en Juan Fernández y abogó por este cambio para contribuir al desarrollo del turismo en el archipiélago. De los nuevos nombres, el de Robinson Crusoe caló profundo en la población, no así el de Alejandro Selkirk. Esta última isla sigue siendo llamada Más Afuera por los isleños, y sus habitantes son conocidos como “masafuerinos”. No existe el gentilicio “selkirkiano”, a diferencia del “robinsoniano”, oriundo de la isla principal. Es interesante constatar que, a este respecto, el nombre del personaje de ficción ha predominado por sobre el personaje histórico. Sin embargo, es el personaje histórico el que predomina en los juegos de los niños y en la fantasía de jóvenes y adultos de Juan Fernández.

5. Atholl Anderson and others, ‘An Archaeological Exploration of Robinson Crusoe Island, Juan Fernandez Archipelago, Chile’, in *Fifty Years in the Field: Essays in Honour of Richard Shutler Jnr’s Archaeological Career*, Archaeological Association Monographs, 25 (Auckland: New Zealand Archaeological Association, 2002), pp. 239–49.

6. Benjamín Vicuña Mackenna, *Juan Fernández: Historia Verdadera de La Isla de Robinson Crusoe*, Ed. facsimilar (Valparaíso: Eds. Universitarias de Valparaíso, 1974).

7. Max Ruh, ‘Alfredo de Rodt, Subdelegado En Juan Fernandez 1877-1905’, in *Las Islas de Juan Fernández: Historia, Arqueología Y Antropología de La Isla Robinson Crusoe*, Publicación Del Departamento de Ciencias Antropológicas Y Arqueológicas Universidad de Chile Sede Oriente, Facultad de Ciencias Humanas (Santiago: Univ. de Chile, Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas, 1975), pp. 98–136.

De Rodt consagró su patrimonio a un negocio que estaba destinado al fracaso, pero permaneció luego de su quiebra comercial como subdelegado y agente colonizador, rigiendo la isla como un segundo Robinson, como le gustaba llamarse, en representación del gobierno chileno⁷. Entonces se dio lugar a la población actual, que desciende en su mayoría de aquellos colonizadores y otros migrantes posteriores. Buscavidas y aventureros, los colonos hicieron una historia en común, apartados en San Juan Bautista, el único poblado del archipiélago, dedicándose principalmente a la captura de langostas. Quedaron embrujados por el paisaje. Se adaptaron exitosamente a una geografía abrupta, propia de las islas de origen volcánico, con un clima lluvioso y ventoso (aunque de temperaturas moderadas), cercados por un océano poderoso. El aislamiento no dejó muchas posibilidades para buscar pareja y los recién llegados se casaron rápidamente entre sí, formando una comunidad basada en las relaciones de parentesco y vecindad. Hoy se puede distinguir fácilmente a un isleño histórico de un continental residente por su apellido: Recabarren, González, Schiller, Chamorro, Araya, Paredes, Contreras, de Rodt, Rivadeneira, Angulo, Camacho, López, Arredondo, Báez, Mena, Aguirre y Rojas son los que más se repiten. De una población que bordeaba el centenar de personas a principios de siglo XX, el registro de Juan Fernández ha llegado a los 910 habitantes en la actualidad⁸.

La historia de los isleños, tal como ellos la relatan, es una historia de sacrificio por hacer soberanía en medio del océano. Una abnegación insuficientemente reconocida según el sentir de muchos. Luego de la quiebra del Barón a fines del siglo XIX, la producción pasó a estar organizada por diferentes compañías pesqueras y conserveras: Recart y Doniez, Falkens, Oto Hnos., Robinson Crusoe, Santa Sofía, entre otras. Entonces los pescadores de Juan Fernández eran obreros que no tenían embarcaciones y sólo podían trabajar para quienes las po-

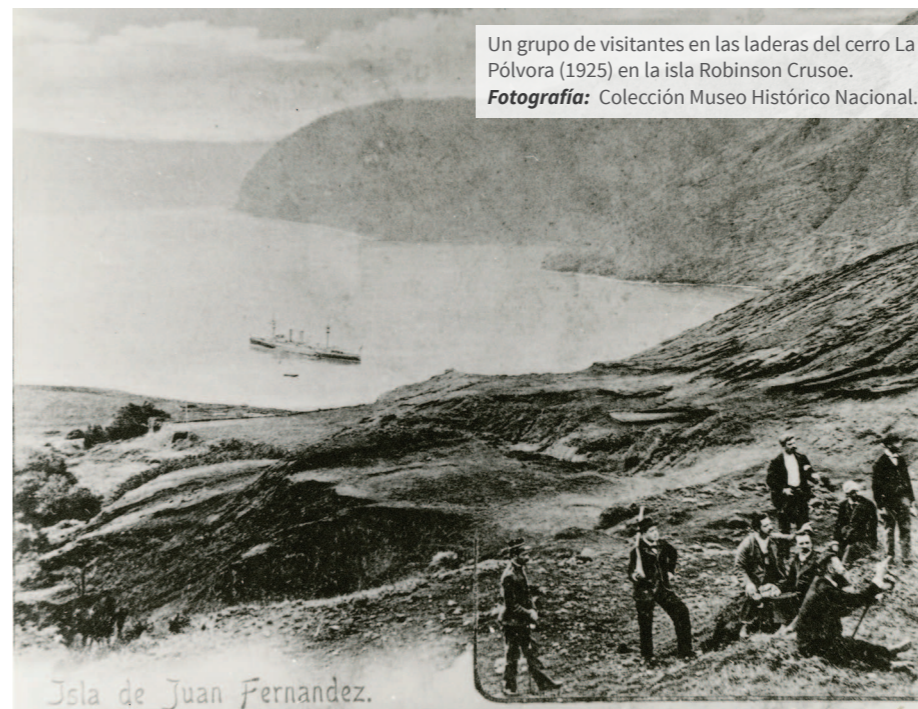
seían. Debían ceñirse a sus reglas, sus tratos y sus salarios. El trabajo era duro y peligroso, el dinero escaso. Siendo las compañías las únicas que abastecían a la población con sus goletas, mantenían pulperías, el único comercio donde los isleños podían comprar víveres, utensilios, telas y ropa, todo importado del continente. Esta situación mientras durara la temporada de pesca. Las compañías abandonaban los almacenes durante el invierno porque, al no haber langostas para transportar, el viaje no les reportaba beneficios económicos directos. De este modo, los isleños quedaban librados a su suerte, sin presencia del Estado, sufriendo la escasez y el desamparo. Probablemente en este período la tradición ganadera de los isleños haya cobrado su sentido actual – en 1945, para una población de 452 personas, la isla Robinson Crusoe contaba con 5000 ovejas, 600 vacas, 500 cabras domesticadas y 300 caballos⁹-, ya que los proveía de una reserva de alimento importante que les daba seguridad y les permitía sentirse dueños de su vida.

La creación del Sindicato de Pescadores en la década de 1940, la llegada de la Empresa de Comercio Agrícola en los años 1960's y la creación en 1967 de la Cooperativa de Pescadores de Juan Fernández, inaugurada en Robinson Crusoe por el mismo Presidente de la República, Eduardo Frei Montalva, vienen a dar un vuelco a esta situación, acercando la isla al continente tanto en términos administrativos como en transporte y comunicación. Asimismo, ocurre con los adelantos realizados por el Grupo Villagra, el que, con el trabajo voluntario de la comunidad, construyó a pala y picota la pista de aterrizaje y el camino que la conecta con el poblado San Juan Bautista. De esta manera, los isleños han vivido gran parte de su historia de cara al continente, buscando disminuir el aislamiento y la precariedad que encontraron en el archipiélago. Hoy la vida en Robinson Crusoe es más cómoda. Hay energía eléctrica continuada, teléfono (red fija y celular), internet, televisión abierta, agua potable, abastecimiento quincenal por vía marítima

y dos aerolíneas comerciales que realizan viajes regulares. Además, existen beneficios otorgados a sus habitantes por el Estado (exención de impuestos, becas, pasajes rebajados, entre otros) por vivir en una zona extrema y fronteriza. En ese escenario, vivir en Juan Fernández se vuelve atractivo para muchos continentales, lo que ha promovido la inmigración generando importantes cambios en la sociedad fernandeciana.

fundirse con los continentales que han comenzado a llegar en busca de una vida más tranquila, cercana a la naturaleza y la vida comunitaria¹¹. A lo largo de esta historia, en Juan Fernández se ha conformado una fuerte identidad colectiva con un claro sentido de pertenencia al territorio, una suerte de nacionalismo a pequeña escala que se sustenta en la convicción de que ellos se han ganado el derecho sobre el territorio insular. En este sentido, parte del desafío que enfrenta la población isleña es mantenerse abiertos a los aportes que los continentales residentes pueden hacer a una vida colectiva que debe adaptarse a condiciones complejas y siempre cambiantes.

Vivir en una isla no es fácil. Mucho menos si se trata de una reserva natural. Ciertamente, los isleños se sienten orgullosos de vivir en un lugar que ha sido proclamado Parque Nacional por el Estado chileno (1935) y Reserva Mundial de la Biosfera por la Unesco (1977). Desde muy temprano, los naturalistas y botánicos que han visitado el archipiélago, han resaltado el inestimable valor de Juan Fernández por su contribución a la biodiversidad, presentando un alto porcentaje de endemismo vegetal (63,8%¹²), sin contar las especies animales y en especial los insectos y arácnidos que han sido muy poco estudiados. La flora de Juan Fernández es única en el mundo. Con 213 especies nativas, de las cuales 136 son endémicas¹³, y una tasa de 0,98 especies endémicas por kilómetro cuadrado, ha sido llamada “la Galápagos de la flora”¹⁴. Esta situación convierte al archipiélago en un laboratorio que permite estudiar la biogeografía, la ecología y la evolución, así como el efecto de las especies exóticas invasoras en ecosistemas en frágil equilibrio, puesto que es un entorno reducido y relativamente controlado, si lo comparamos con ecosistemas de mayor



Un grupo de visitantes en las laderas del cerro La Pólvora (1925) en la isla Robinson Crusoe.
Fotografía: Colección Museo Histórico Nacional.

En el año 2009, la proporción de apellidos paternos locales y externos era de 64% a 36%. Al año 2015 esa proporción cambió a un 51% de población con apellidos reconocidos como tradicionales y un 49% de apellidos no tradicionales, cambio abrupto que se explica por la fuerte inmigración motivada por el proceso de reconstrucción posterior al tsunami del año 2010¹⁰. El desafío que parecen plantearse hoy los isleños es mantener las fronteras sociales para no con-

7. Max Ruh, 'Alfredo de Rodt, Subdelegado En Juan Fernandez 1877-1905', in *Las Islas de Juan Fernández: Historia, Arqueología Y Antropología de La Isla Robinson Crusoe*, Publicación Del Departamento de Ciencias Antropológicas Y Arqueológicas Universidad de Chile Sede Oriente, Facultad de Ciencias Humanas (Santiago: Univ. de Chile, Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas, 1975), pp. 98-136.

8. Municipalidad de Juan Fernández, 'Actualización Plan de Desarrollo Comunal 2015-2020', 2015.

9. Carl Skottsberg, *The Natural History of Juan Fernandez and Easter Island*. (Uppsala: Almqvist & Wiksells Boktryckeri, 1956).

10. Municipalidad de Juan Fernández, 'Actualización Plan de Desarrollo Comunal 2015-2020', 2015.

11. *Memorias Insulares: Archipiélago Juan Fernández*, ed. by Guillermo Brinck (Valparaíso: Editorial PuntAngelos, 2005); Guillermo Brinck, 'Identificaciones y Estrategias Culturales en la Isla Robinson Crusoe. Análisis Compenencial de Categorías Identitarias', Synergies Chili, 2010, 15-46.

12. Philippe Danton, 'La « Myrtisylve » de L'archipel Juan Fernández (Chili), Une Forêt En Voie de Disparition Rapide', *Acta Botanica Gallica*, 153.2 (2006), 179-99 <<http://dx.doi.org/10.1080/12538078.2006.10515536>>.

13. Danton, 'La « Myrtisylve » de L'archipel Juan Fernández (Chili), Une Forêt En Voie de Disparition Rapide'.

14. Programa Conservación de la Biodiversidad Archipiélago Juan Fernández, 'Archipiélago Juan Fernández, Sitio Prioritario Para La Conservación de La Biodiversidad Global. Sistematización Del Estado Actual Del Conocimiento.', 2009 <<https://biodiversa.files.wordpress.com/2010/04/archipiélago-juan-fernandez-sitio-prioritario-para-la-conservacion-de-la-biodiversidad-global-sistematizacion-del-estado-actual-del-conocimiento.pdf>> [accessed 12 April 2016].

15. Programa Conservación de la Biodiversidad Archipiélago Juan Fernández; Robert J Whittaker and José María Fernández Palacios, *Island Biogeography: Ecology, Evolution, and Conservation* (Oxford: Oxford university press, 2007).

16. Danton, 'La « Myrtisylve » de L'archipel Juan Fernández (Chili), Une Forêt En Voie de Disparition Rapide'.

escala como los continentales¹⁵. Además del valor que representa la sumatoria de las especies nativas y endémicas, Juan Fernández posee un bosque nativo en el cual todos los árboles y parte importante de la vegetación que crece bajo ellos (sotobosque), son endémicos. Como una forma de poner en valor la originalidad de este ecosistema y de llamar la atención sobre un bosque que está en peligro de desaparición, el botánico francés Philippe Danton lo bautizó como *Myrtisilva fernandeziana* -para hacer referencia a las dos especies de Luma de Juan Fernández (género *Myrceugenia*, familia de las *Myrtaceae*), las cuales son dominantes y le dan el carácter al bosque tanto en la isla Robinson Crusoe como en Alejandro Selkirk¹⁶. Hoy, el ecosistema nativo de Juan Fernández está en crisis. En el año 1953, el botánico sueco Carl Skottsberg describe la situación del siguiente modo:

“Es probable que antes de la llegada del hombre hacia el fin del siglo XVI — indígenas no hubo nunca — la selva llegara hasta el mar en los valles grandes del lado norte, pero desde el fin del siglo XVII la región de la costa y las faldas bajas quedaron desnudas y presentan una vista bastante triste de campos abiertos, expuestos a la fuerza de la erosión y llenos de malezas introducidas con el tráfico; las especies adventicias son más numerosas que las indígenas.”¹⁷

En 1968, los investigadores Wladimir Hermosilla y Eduardo Zeiss reportaban que las comunidades vegetales nativas de Robinson Crusoe se encontraban reducidas a las cumbres más elevadas de la isla, presentando el resto de la isla una fuerte erosión y pérdida de la capa vegetal¹⁸, cuestión que puede apreciarse en los registros fotográficos de la época. Entre las causas de la erosión y el deterioro del ecosistema, se cuentan diversos factores: incendios producidos por una erupción volcánica (1751), la introducción inten-

cional y no intencional de animales (cabras, conejos, vacas, ovejas, burros, caballos, ratones de diversos tipos, coatíes y gatos asilvestrados) y la acción de la lluvia y los vientos. En la década de 1970, CONAF reforestó gran parte de la cara oriental de Robinson Crusoe con Pino (*Pinus Radiata*), Aromo (*Acacia* spp.), Ciprés (*Cupressus* spp.) y Eucaliptos (*Eucalyptus globulus*) como medida preventiva para combatir la erosión que había alcanzado niveles críticos. Si bien, actualmente en el paisaje de la isla predomina el verde de la vegetación, las especies exóticas están haciendo retroceder a las autóctonas. Philippe Danton señala que entre 1896 y 2006 el número total de especies se ha triplicado, pasando de cuatro taxones introducidos de cada diez existentes a fines del siglo XIX, a siete sobre diez a principios del XXI. Se ha calculado que una especie nueva arriba de forma natural cada 8.000 años aproximadamente a islas oceánicas como las de Juan Fernández, lo cual implica que a la naturaleza le habría tomado 2.969.000 años para producir lo que la actividad humana pudo en solo 110 años¹⁹. En el año 2006, Danton y Perrier presentan un balance sintético del estado de conservación de la flora del archipiélago:

“8 especies desaparecieron (3,8%), 173 están amenazadas a varios niveles (81,2%) y 32 están poco amenazadas o falta información (15,0%). Entre las plantas a punto de desaparecer (Cr), algunas sobreviven en la naturaleza con menos de 10 individuos: *Dendroseris gigantea* (¡1 único individuo!), *Dendroseris neriifolia* (¡2 individuos!), *Greigia berteroi* (¡solo 6 ejemplares conocidos!)... Entre las plantas en peligro de extinción (En), algunas están relacionadas con ambientes sumamente amenazados: 5 individuos de *Colletia spartioides*, notables por edad y tamaño (¡verdaderos monumentos naturales!) se secaron y murieron durante estos tres últimos años en un sector muy fuertemente erosionado; otras están en



Vista de la Bahía Cumberland, isla Robinson Crusoe (1940).
Fotografía: Colección Museo Histórico Nacional.

competencia directa con especies introducidas genéticamente cercanas: *Ugni selkirkii*, por ejemplo, retrocede regularmente ante los avances de la murtila (*Ugni molinae* Turcz.), etc.”²⁰

Tanto los animales como las plantas introducidas han generado una presión inmensa sobre la *Myrtisilva fernandeziana*. Sus principales enemigos son las alrededor de 500 especies vegetales introducidas, dentro de las cuales las más invasivas son el maqui (*Aristotelia chilensis*), la murtila (*Ugni molinae*) y la zarzamora (*Rubus ulmifolius*), aliadas con el zorzal (*Turdus falklandii magellanicus*), que esparce sus semillas por las zonas altas e inaccesibles de la isla transformándolas en plaga invasora²¹. A pesar del estado crítico en que se encuentra el archipiélago, las medidas adoptadas hasta el momento por las instituciones correspondientes son percibidas como insuficientes por la comunidad. Las labores desempeñadas por CONAF y SAG desde su arribo a la isla en el año 1972, parecen no tener el eco suficiente en la población, lo cual dificulta el trabajo de prevención y control. Por otro lado, la convivencia entre la comunidad y el parque nacional es muy difícil.

Para los isleños, los títulos de parque nacional y reserva mundial de la biósfera son reconocimientos del patrimonio natural y paisajístico de su territorio, y por extensión de lo que son sus habitantes. Los isleños son conscientes de que otros que viven más allá de sus islas, en Chile continental y el mundo, valoran y desean lo que ellos tienen. Autoridades, científicos, organizaciones no gubernamentales, medios de comunicación y turistas lo confirman permanentemente. En ese sentido, estos nombramientos oficiales juegan un papel central en la orgullosa identidad fernandeciana. Por otra parte, el estatus de reserva impone nuevos límites, regulaciones y desafíos a una población que debe luchar contra el aislamiento. La prohibición de transitar libremente por el territorio, de explotar el bosque, la eliminación del ganado ovino y la limitación del número de vacunos, la prohibición de deslindar un terreno para construir su casa dentro del parque nacional, fueron medidas experimentadas por la mayoría de sus habitantes como una imposición injustificada, lo que evidentemente en un inicio produjo resistencias hacia la administración del parque. Actualmente, los isleños han incorporado el valor de la conservación y entienden que las

15. Programa Conservación de la Biodiversidad Archipiélago Juan Fernández; Robert J Whittaker and José María Fernández Palacios, *Island Biogeography: Ecology, Evolution, and Conservation* (Oxford: Oxford university press, 2007).

16. Danton, ‘La « Myrtisylve » de L’archipel Juan Fernández (Chili), Une Forêt En Voie de Disparition Rapide’.

17. Carlos Skottsberg, ‘Notas Sobre La Vegetación de Las Islas de Juan Fernández’, *Anales Del Jardín Botánico de Madrid*, 11.1 (1953), 515–44 (p. 517).

18. Eduardo Zeiss and Wladimir Hermosilla, *Estudios ecológicos en el Archipiélago Juan Fernández* (Santiago: Ed. Universidad Católica, 1970).

19. Danton, ‘La « Myrtisylve » de L’archipel Juan Fernández (Chili), Une Forêt En Voie de Disparition Rapide’; Philippe Danton, ‘El archipiélago Juan Fernández, una joya biológica en peligro’, in *Archipiélago Juan Fernández: historia y biodiversidad en latitud 33° sur*, by Gabriel Pérez Mardones and Pedro Niada Marín, 2015.

20. Philippe Danton, Christophe Perrier and Guido Martínez de Reyes, ‘Nouveau Catalogue de La Flore Vasculaire de L’archipel Juan Fernández (Chili) Nuevo Catálogo de La Flora Vasculare Del Archipiélago Juan Fernández (Chile)’, *Acta Botanica Gallica*, 153.4 (2006), 399–587 (p. 419) <<http://dx.doi.org/10.1080/12538078.2006.10515559>>.

21. Danton, ‘El archipiélago Juan Fernández, una joya biológica en peligro’.



Velero en Bahía Cumberland, isla Robinson Crusoe (1906).
Fotografía: Colección Museo Histórico Nacional.

medidas de protección de la biodiversidad son necesarias para un lugar como el que habitan. Después de todo, la calidad de parque y reserva mundial les ha servido como instrumento para enfrentar su condición insular: es un capital turístico y un argumento político que las autoridades locales usan constantemente para ser escuchados en el continente. Así, los isleños se sienten privilegiados por vivir en Juan Fernández; se sienten identificados con la exuberante y original naturaleza que lo caracteriza y expresan su dolor ante el avanzado deterioro en el que se encuentran sus ecosistemas, aunque esto no signifique que los isleños tengan un amplio conocimiento de las especies endémicas y su situación, así como de las especies exóticas invasoras y las plagas. Sin embargo, ha sido difícil lograr la implementación de prácticas acordes con esta preocupación, como el reciclaje, el compostaje, la eliminación de mascotas como gatos y perros (por no mencionar lagartos, hurones y otros animales foráneos) o la introducción de plantas exóticas de valor ornamental o alimenticio²².

El efecto de la caza de lobos marinos durante el siglo XIX, así como el de la pesca

de langosta y la industria maderera, les ha enseñado a los isleños que su actividad productiva tiene consecuencias directas en su entorno. La reciente devastación del caladero, conocido como 15 millas, por los barcos que utilizan el sistema de pesca de arrastre, ha confirmado estas observaciones. La evaluación de estas experiencias llevaron a los pescadores de Juan Fernández a implementar tempranamente y de manera voluntaria una serie de medidas de protección de la langosta: la medida mínima de captura; la prohibición de extraer hembras con huevos; la veda de cuatro meses y medio; la regulación del acceso al recurso a través del sistema de marcas; la prohibición de capturar langostas con un arte diferente (el buceo, por ejemplo) a la trampa reglamentaria. Estas medidas les ha permitido obtener el reconocimiento internacional de pesquería bien manejada y sustentable, certificado por el Marine Stewardship Council (MSC) Fisheries Standard en enero del año 2015. Estas prácticas están directamente asociadas a la actividad productiva, la cual los ha sostenido por alrededor de un siglo y medio, resultando sustentable también para el medioambiente marino.

22. La campaña por el control de los gatos domésticos, una gran amenaza para el Picaflor Rojo de Juan Fernández, o los perros, que a menudo escapan a las loberías para atacar a los lobos recién nacidos no ha surtido el efecto esperado. En general los animales no están esterilizados y tanto isleños como residentes continúan trayendo mascotas desde el continente.

La situación del ecosistema terrestre es del todo diferente. El comportamiento de los isleños ha sido menos respetuoso de los equilibrios existentes y hoy ven horrorizados cómo se deteriora su isla. Aunque los isleños saben bastante más sobre conservación que la población continental promedio y manifiestan la preocupación por el estado del medioambiente, la administración del parque y las instituciones abocadas a su protección encuentran resistencia en la población local ante las medidas que implementan para la recuperación y conservación de la biodiversidad. El contraste entre lo que ocurre en tierra con lo que ocurre en el mar es desconcertante. A continuación indagaremos en los conocimientos, opiniones, actitudes y conductas de los habitantes de la isla Robinson Crusoe en relación con la flora y fauna nativa, endémica y exótica, poniendo especial acento en las exóticas invasoras, para luego aportar a la comprensión de estas actitudes, indagando en los factores culturales relacionados con la concepción fernandeciana de la naturaleza y el medio ambiente ■



Vista de la Bahía El Pangal y la Bahía Cumberland desde el cerro Centinela, isla Robinson Crusoe (1940).
Fotografía: Colección Museo Histórico Nacional.

3. El fundamento práctico del conocimiento local

Biodiversidad y especies endémicas

Como en la población chilena en general, entre los isleños el nivel de conocimiento teórico sobre biodiversidad es superficial. Por eso, las conversaciones sobre el tema tienden hacia aspectos más concretos, nombrando plantas y animales para referirse a su estado de conservación. No mencionan aquellas plantas endémicas que sólo tienen nombre científico y siempre aluden a las mismas especies. Evidentemente, el nivel de conocimiento (o de confianza en su conocimiento) en este tema depende de su ocupación y de sus necesidades. En general, los pescadores saben menos sobre biodiversidad que los guardaparques y aquellas personas que han sido capacitadas como guías de turismo manejan más información científica que el común de los habitantes.

“Eso es como de los botánicos. Ellos se dan cuenta de eso, pero nosotros no. Nosotros no estamos en el diario vivir con el bosque, sino que vivimos más abajo, estamos más con los eucaliptus, con los cipreses, con la zarzamora. Batallamos más con eso, pero en la naturaleza en sí, nosotros no nos metemos mucho en el bosque para estudiar las plantitas, eso no. Claro, hay algunas que han traído que las conocemos, como el ajo dulce, el Juan Bueno, las coles, que yo antes no las conocía. Pero supe después, cuando ya empecé a meterme en la cuestión del turismo, por ahí empecé a aprender sobre las plantas y todas las cositas” (Artesana isleña, 55 años).



Paisaje isla Robinson Crusoe.
Fotografía: Darío Castro.

En ese sentido, no abundan las valoraciones abstractas de la biodiversidad. Ante la pregunta por el valor y la importancia de la naturaleza, recibimos invariablemente expresiones de extrañeza, puesto que la respuesta se considera obvia. Sin ella no se podría habitar la isla. Sólo tres de los entrevistados relacionaron el alto número de especies únicas con la oportunidad de acrecentar las posibilidades de vida del planeta en su conjunto:

“Yo creo que la naturaleza tiene un valor importante. Nosotros dependemos de ella, somos parte de un gran sistema en el cual cada uno juega un rol importante. Tengo entendido que las islas representan el 5% de la tierra del mundo, pero sin embargo en este 5% está el 20% de la vida. Entonces eso ya nos indica qué tan importante es cada isla del mundo. Ahora particularmente Juan Fernández tiene un ecosistema muy rico en plantas, en insectos también (y bajo el mar igual), con lo cual es un lugar prioritario a nivel mundial para conservar. Yo tengo entendido que hay una priorización en base al estado crítico de las especies. Dentro de ellas hay algunas emblemáticas, como las aves. Lamentablemente hay muy pocos estudios sobre insectos o sobre moluscos terrestres. Sin embargo sabemos mucho de plantas y de algunas aves. Hoy en día, un ave emblemática que está en peligro es el picaflor rojo de la isla Robinson Crusoe y el rayadito en la isla de

Selkirk. También hay algunas especies de plantas de las cuales solamente queda un ejemplar, cuando su distribución está en un solo islote del archipiélago, en la cima de un cerro o un lugar específico. Entonces, si bien todas las plantas tienen un rol y son importantes, creo que en función de mantener la riqueza genética del archipiélago, es muy importante priorizar y salvar el patrimonio genético” (Alcalde isleño, 30 años).

“Yo soy un convencido de que Dios nos echó al mundo con todo para que tuviéramos las curas de las distintas enfermedades que tenemos. Pero como seres humanos, a veces en nuestro afán de progreso, hemos ido destruyendo esas realidades. Yo siempre he dicho que a lo mejor estas islas ocultan la cura del VIH. Con tanta planta endémica que hay, y con tanta planta endémica bajo el agua que no se ha estudiado, a lo mejor está la cura del cáncer o tantas otras enfermedades. Pero no está ese aporte por parte de los gobiernos en investigar, es más fácil traer todo de afuera. Mientras no nos preocupemos de estudiar, se van a ir perdiendo especies y se van a ir perdiendo las posibles curas de las enfermedades que el día de mañana tengamos” (Empresario turístico continental, 38 años).

“Porque la isla puede ser un laboratorio de semillas que después puedan venderse a otros países. O que sea única de acá. No sé cómo se puede hacer, pero que hayan reservas de semillas. Debería existir eso, para que después no vengán las plantas todas por una sola empresa (como las semillas de Monsanto), que se apodere de todas las semillas del mundo. Entonces que estas estén patentadas. Yo creo que algo así se debería hacer. Y que sean sólo de acá, que tengan la denominación de origen, por lo menos de acá. Si se van a sacar, que digan por qué pasó. Creo que del sur de Chile se llevaron las murtillas para donde están los canguros y las patentaron, y ahora son australianas, no son las murtillas chilenas. Y ellos patentaron y hacen cremas, hacen productos, hacen de todo con la murtilla, y era

un producto chileno. La murtilla creo que se encuentra únicamente aquí en Chile. Y ahora está en Australia” (Artesana isleña, 55 años).

Para los isleños, el valor de Juan Fernández se mide a nivel mundial. Sin embargo, hay quienes restringen el acceso al beneficio de su aporte al introducir los derechos exclusivos sobre el patrimonio genético. Vemos aquí que la relación con la naturaleza está determinada por los deseos y necesidades de la colectividad, lo cual también se refleja en el nivel de conocimiento que tienen de las especies endémicas del archipiélago. Los isleños nombran las más destacadas por su belleza y exclusividad, y las que conocen porque de algún modo les han sido útiles o han formado parte de su vida cotidiana. En general, se mencionan las más emblemáticas: “Las especies más importantes son las más características de la isla: la chonta, la langosta, el picaflor, el lobo”, nos dice una mujer isleña. Las especies más citadas por los robinsonianos son el picaflor rojo, la langosta, las coles, el lobo fino de dos pelos, el rayadito de Más Afuera, la chonta, el sándalo, los panques (haciendo la distinción entre el de Robinson Crusoe y el de Selkirk), la luma, el Juan bueno, la madera dura, el naranjillo, el canelo, el manzanillo, el neque, los helechos, el michay y el ajo dulce. Durante nuestro trabajo de campo nos encontramos con una sola mención a la Robinsonia y otra a la Gigantea. Aparte de la langosta, entre las especies marinas se menciona el coral negro y los peces: el bacalao, la vidriola, la breca. Otros escasos y genéricamente nombrados son las arañas y los insectos. Hay un par de menciones al Cernícalo (sobre el cual se tiene dudas respecto a su endemismo) y una a la pinguirita.

Las razones para conocer estas especies y recordarlas son variadas: la presencia en las cercanías del pueblo y la abundancia de una especie las hace pertinentes, así como su belleza; la utilización como alimento también hace que algunas especies sean mejor conocidas que otras por los isleños:

“Las nalcas de Más Afuera son exquisitas, exquisitas. Pero allá parece que son endémicas de ahí porque no las dejan cortar.



Rubus ulmifolius (Zarzamora), especie exótica invasora presente en islas Robinson Crusoe y Alejandro Selkirk.

Fotografía: Héctor Gutiérrez.

Antiguamente había tráfico de tallos de pangue para acá. Eran exquisitos, ricos, porque uno preparaba hasta ensaladas con eso, era muy rico. Era como comerse una manzana” (Artesana isleña, 55 años).

La utilización de estos elementos como recurso económico también posiciona a algunas especies en el ojo de los isleños y se mencionan aquellas que han servido como recurso, ya sea para utilizarlas como leña o para la confección de artesanías.

“Antes hacían los palos para matar los pescados de luma. También usaban la madera de la luma para cocinar en el bote, porque las brasas duraban más, no era apagadizo el carbón y la madera les duraba más tiempo prendida. Pero cuando ya empezó a prohibirse, nunca más lo hicieron” (Artesana isleña, 55 años).

“Antes la gente cortaba los michay porque hacían artesanías, porque es una madera bien bonita de un color amarillito. Sí, teñían. Y también lo usaban de

leña, porque son maderas duras. Y la madera dura también” (Poeta y artesano continental, 64 años).

“Antes se hacían cajitas, empolveras, de chonta. También se hacían bastones de chonta” (Mujer isleña, 93 años).

“Yo también hago artesanía, aprendí a hacer el coral negro con joyas, con plata, pero trato de no ocupar el coral negro. También hago artesanía en cuero de pescado” (Artesana isleña, 55 años).

“Mi papá hacía artesanía en chonta y cuando la prohibieron, él escondió la que le quedaba. Debió haber hecho los trabajos porque se la comió la polilla. Él la escondió porque pensó que lo podían castigar y se asustó, pero él debió haber tenido. Él hacía palillos, me acuerdo yo. Hacía varias cosas con cajitas, como cofrecitos, bien bonitas. Le ponía michay, que es una madera amarilla muy linda. Acá también hay michay, que creo que es del sur de Chile. Es como color zapallo la madera, es hermosa. A mí me fascinaba eso porque me crié entre medio de esas cosas” (Artesana isleña, 55 años).

Hoy se prohíbe utilizar las especies nativas y endémicas que forman parte del parque nacional como recurso, por lo cual la leña, la madera para construcción y los elementos empleados para la artesanía corresponden a especies exóticas terrestres o bien a especies marinas que, como el caso de la langosta (*Jasus frontalis*), la breca (*Cheilodactylus gayi*), la vidriola (*Seriola mazatlana*) o el coral negro (*Plumapathes fernandesi*), no están protegidas por encontrarse fuera de los límites del parque²⁴. A principios del siglo XX el uso de la chonta, el picaflor de Juan Fernández, la luma, el sándalo, los helechos, entre otras especies nativas para la manufactura de cotizadas artesanías, muebles y adminículos de lujo, así como la venta de especímenes para colección, pusieron en riesgo a varias de ellas. Los textos de Gualte-

24. En cuanto a la prohibición de utilizar especies nativas como leña ocurre una situación interesante. Los isleños manifiestan estar de acuerdo con esta medida pero agregan el matiz de que las ramas o troncos caídos no deberían estar excluidos de este uso. De hecho, en diversas oportunidades ellos utilizan estas maderas disponibles para aprovechar un recurso que de otro modo se perdería sin aportar en nada a la conservación de los ecosistemas locales. Esto es posible dado que la leña se consume completamente y no deja rastro de su uso. Por el contrario, estas maderas naturalmente disponibles no son utilizadas para la artesanía. El carácter absoluto de la prohibición es recibido por muchos isleños como un signo de desconfianza y menosprecio, lo que va generando una resistencia a la labor de la CONAF.

rio Looser y Filomena Ramírez incluidos en este volumen entregan variados ejemplos de estas prácticas. Esta situación motivó la prohibición de la extracción de estas especies para el aprovechamiento humano. Sin estas medidas, probablemente el deterioro de los ecosistemas fernandecianos hubiese sido mucho más rápido aún de lo acontecido. Los isleños cumplieron estas normativas y hoy están de acuerdo con ellas, por lo cual aprovechan las especies introducidas antes que las nativas para darles un valor económico. Así, las medidas de protección, las prohibiciones y la observación de las entidades que han administrado el territorio impulsaron un cambio cultural importante, partiendo de una vida muy cercana a la naturaleza, que se servía de ella sin consideraciones a su reproducción y deterioro, a una más respetuosa de los equilibrios ecosistémicos.

En cuanto al conocimiento del entorno, vemos con claridad que la ocupación de cada persona define su manera de habitar el entorno y, por lo tanto, su conocimiento del mismo, así como su comprensión de lo que hacen los demás. Evidentemente, la vida social debe adaptarse al medio, aprovechando las posibilidades, haciendo frente a las dificultades, lo cual no significa reconocer la existencia de un determinismo ambiental, porque es la actividad social la que le da sentido y valor a las especies con las cuales interactúa. De este modo, el conocimiento y la percepción isleña de la naturaleza responden tanto a requerimientos colectivos de la actividad humana como a las posibilidades del ecosistema insular. Por otra parte, el conocimiento y la relación de los isleños con el entorno natural, se vio influido tempranamente por la presencia de científicos, naturalistas e instituciones que velaron por la protección del mismo ■

Conservación, especies exóticas invasoras y plagas

Hoy son los isleños quienes levantan la voz de alerta. El ecosistema está muy deteriorado, el bosque nativo está cada vez más lejos del pueblo, más reducido y acosado por la

erosión, la zarzamora, el pino, el ciprés, el pitósporo y el eucalipto. Especies foráneas invasoras tienen a la isla en estado de crisis: el emblemático Picaflor de Juan Fernández, por ejemplo, ya no se ve con la frecuencia acostumbrada. Evidentemente, tal realidad es una tragedia para los isleños.

“Yo encuentro que la isla está cada vez peor porque está llegando mucha planta invasora. Es que se tiene que hacer algo urgente, porque estamos viendo cómo estamos llenos de plagas y no hay quién te diga por qué pasa esto. Necesitamos gente profesional que venga y nos diga realmente qué está pasando, cómo podemos solucionar esto” (Pescador isleño, 46 años).

“Yo conversaba con el ingeniero de CONAF y él me decía que hay especies que han desaparecido. Entonces, algo está pasando aquí en la isla. Antiguamente había, quedaron dos o tres y al final murieron en su ciclo. Así podrían desaparecer otras también. Según un experto, a la isla le quedan 50 años de vida de flora endémica, no tiene más. No se le ve más allá de 50 años. Es bien poco” (Artesana isleña, 55 años).

“Bueno, el mismo picaflor rojo. Aquí antes había grandes cantidades de coles, entonces había mucha población de pajaritos. Pero ahora ya uno no los ve tanto. Incluso cuando me construí aquí, yo me vine el año 2000 para acá arriba, y aquí pasaban los picaflores a cada rato. Siempre pasaban para acá y para allá, cantaban en la mañana. Ahora ya los veo muy poco, lo que significa que se está terminando la especie. Con toda la invasión de zarzamora y otras especies vegetales que han llegado, el Parque se está muriendo. Yo lo veo así” (Poeta y artesano continental, 64 años).

“Yo creo que la isla está en crisis. Yo creo que está bien crítico. Yo lo siento casi como una especie de cáncer. Si tú lo miras desde arriba, si vas un día volando en avión y vuelas un buen rato por la isla te das cuenta. Se supone que el bosque ocu-

paba gran parte de la superficie total de lo que era la isla y hoy en día el bosque endémico está reducido a una cantidad de hectáreas en la parte más alta. De allá hacia abajo hay un bosque que está intervenido por muchas especies vegetales exóticas invasoras y después las zonas más desertificadas o praderas que tienen pastizales y algunas tienen un alto grado de erosión. Y entre medio también está la zona urbana. Ahora creo que el efecto de 440 años de intervención, en los primeros además con quemas gigantes de bosques para aumentar las zonas productivas, la erosión, la cantidad de suelo que ya se perdió, creo que ya no se puede pensar en recuperar todo como estaba originalmente, porque originalmente tampoco habían seres humanos, tampoco habían llegado ni las primeras especies que se bajan de los primeros buques, casuales o intencionadas” (Alcalde, isleño, 30 años).

La mayoría de los entrevistados en este estudio estuvo de acuerdo en que la isla Alejandro Selkirk está en mejor estado de conservación que Robinson Crusoe y que la situación en Santa Clara está mejor controlada que en la isla principal. Los factores atribuidos son variados: mala gestión del parque, falta de fondos para la correcta gestión del parque, cambio climático, la presencia de especies invasoras. Otro ingrediente relevante es el aumento de la población, lo que genera crecimiento habitacional, el que exige más en términos de recursos hídricos y se produce más basura.

Para los isleños, las principales causas del deterioro de la isla son humanas, por las especies introducidas y el manejo inadecuado de las mismas por parte de la administración del parque nacional. Para ellos, las principales especies invasoras que afectan la conservación del ecosistema son la zarzamora, el pino, el eucaliptus, el conejo y el ratón. Llama la atención que a menudo los isleños ponen en duda que el maqui y la murtila sean plantas dañinas. Por otra parte, una de sus principales preocupaciones a este respecto es el avance del bosque de pinos y eucaliptus, introducidos por CONAF para frenar el proceso de erosión en que se encontraba la isla.

“Está lleno de eucaliptus por todos lados, y aparte de que crecen las mensas moles. Y seca, seca todo. Yo creo que no era el árbol ideal para plantar acá, porque debió haber sido un árbol que tuviera uso, manejo, pero tampoco hay un manejo del eucaliptus. Cortan uno que otro eucaliptus y nada más. Si son tremendas moles. Además que para echar un eucaliptus abajo es difícil porque está en medio de una casa, lo plantas abajo y te destruye la casa. Los que están más arriba yo creo que ya deberían de hacer un manejo de eso. Imagínate que hubiera un incendio, ¡como ardería el eucaliptus por los cerros para arriba!” (Artesana isleña, 55 años).

“Son hermosos los bosques nativos, me gustaría que se recuperaran, pero más me gustaría a mí que primero hubiera un control del bosque de eucaliptus y pino. Antes que la murtila, el maqui y la zarzamora. Antes me gustaría que hubiera un control ya, urgente, del pino, porque estamos expuestos a un incendio forestal y ahí quedaría la isla toda chamuscada. El bosque de eucaliptus y el pino sí que nos da la madera. Pero la mayoría de la gente está encargando la madera del continente, madera tratada porque acá como llueve mucho, se pudre muy rápido la madera” (Mujer isleña, 64 años).

En la isla Robinson Crusoe hoy hay escasez de agua y varios entrevistados lo atribuyen al eucaliptus y las coníferas, los que además acidifican la tierra quitándole los nutrientes y representan un gran peligro de incendio. La zarzamora les sigue de cerca. Los isleños conocen el término especie exótica invasora, pero emplean mucho más el término plaga para referirse de manera vaga a cualquier especie invasora. “Usted planta una plantita donde está la plaga, crecen las plagas pero las otras plantitas no crecen”, nos dice una mujer isleña de 93 años. Este término no se perfila como un concepto claramente definido por ellos más que en un análisis de su uso. Casi todos los entrevistados para este estudio están de acuerdo en que la zarzamora y el ratón son plagas y debiesen ser eliminados, pero tienen sus reservas con otras especies consideradas invasoras

por los científicos y las instituciones, como el caso del maqui y la murtila, el conejo o la cabra, que tienen para los isleños valor como fuente de alimento, entre otros usos. Incluso cuestionan que se trate de verdaderas amenazas.

“Plagas... Es que desconozco la definición específica de lo qué es plaga. Creo que exóticas invasoras apunta mucho más al concepto de biodiversidad, porque es una especie que no pertenece al lugar, que estando en este lugar encuentra condiciones ideales para invadir el resto del ecosistema. Ahora por qué plaga, porque creo que plaga es si lo escucho lo siento como algo totalmente negativo, ahora obviamente no sé. Hablamos de maqui en la puntilla y son plagas entrecomillas en la concepción colectiva local, pero la verdad es que también son frutos que tienen una tremenda potencialidad económica como ningún otro en Chile y en el mundo, entonces creo que no lo podría pensar en eso como una plaga. Ahora sí como una especie exótica invasora porque independiente de la potencialidad económica que pueda tener y los beneficios que también pueda prestar a la comunidad en términos incluso de salud, es una especie que no pertenece a este ecosistema y que está invadiendo el espacio de otras, por eso creo que el término de

exóticas invasoras lo define mucho mejor que plaga” (Alcalde isleño, 30 años).

La murtila, que es plaga, bueno yo creo que la mayoría de la gente, sobretodo la mayor, no la ve como plaga porque justamente la utiliza para comercializarla en mermelada, en trago, en postre. También el maqui, también es una plaga, también hay gente que la utiliza para hacer tragos, chicha, jugos. De las otras plagas, las que más recuerdos son esas, la mora también se ocupa harto en mermeladas, entonces la gente mayor no la ve como una plaga, y dice “oye cómo van a erradicar la murtila o la mora si cuando es la temporada yo hago mermelada y las vendo y vivo un poco de eso” (Mujer isleña, 43 años).

“El lobo marino se está comiendo todo el pescado. Por ejemplo, antes tu ibas al muelle y había pampanitos. Ahora no se ven. Y hay personas tan tercas. El Leo el otro día me dijo “pero como puedes ser tan tonta, si el lobo come puro pasto”. Le dije “¡A donde la viste! Si el alimento principal del lobo son los pescados” El alimento principal del lobo es eso. Antes se podía comer la jerguilla. Ahora no se puede comer porque la jerguilla se come todo el excremento del lobo” (Mujer isleña, alrededor de 60 años).



Paisaje Robinson Crusoe.
Fotografía: Darío Castro.

Si el lobo fino de dos pelos (*Arctocephalus philippii*), un animal endémico, es considerado plaga por algunos pescadores, se debe a que consideran que este animal interfiere con la pesca²⁵, una actividad económica humana. No se trata de un criterio referido a las poblaciones y al ecosistema local, sino al costo económico, en tiempo y en esfuerzo, que supone el aumento de su población. Por otra parte, si se duda del carácter de plaga del maqui y la murtila, es porque son útiles para los isleños y forman parte de su historia, a lo que subyace un criterio económico y cultural antes que ecológico. Asimismo, la mayoría opina que la zarzamora debe ser eliminada, porque se propaga muy rápido y ahoga a otras especies, también se menciona que su fruto no es tan sabroso, que cuesta sacarlo, porque tiene muchas espinas, y que la planta es fea: criterios completamente ajenos a la conservación de la biodiversidad insular. Lo mismo ocurre con las plagas del ratón y los saltamontes (o langostas como gustan de decir, la “plaga bíblica”), para las cuales, además de los argumentos relacionados con el carácter invasivo y el daño que hacen estas especies al entorno, se menciona la molestia que suponen para la vida doméstica, en las casas y en los senderos, “donde ya no se puede caminar por tanto saltamontes que hay”. De modo que estamos ante un concepto local (*folk* o popular) de especie invasora que se oculta bajo un término común con el de la ciencia biológica y se confunde con el de plaga. Se trata de una expresión de origen técnico (ecología) que los isleños utilizan en clave sociológica, dado que el criterio que hace entrar a una determinada especie en esta categoría es el impacto humano antes que el impacto ecológico que causa la especie, lo que por otra parte hace que el término plaga sea más adecuado que el de exótica invasora para referirse a la experiencia que los isleños tienen con estas especies.

Lo anterior da lugar a muchos desencuentros y puede hacer fracasar proyectos y po-

líticas de conservación. En este punto radica la principal dificultad de diálogo con las instituciones encargadas del cuidado, conservación y recuperación de la biodiversidad del Parque Nacional Archipiélago Juan Fernández. Gran parte de las dificultades de implementación de programas de recuperación y conservación se eliminarían si las autoridades a cargo informaran con mayor eficacia sobre sus proyectos y sus fundamentos, sobre todo si consideraran la matriz cultural sobre la cual estas informaciones serán procesadas por los isleños. Existe entre ellos una forma particular de concebir el medio y la relación de la sociedad con él, la cual está definida por su cultura y le otorga uno de sus rasgos más distintivos. A continuación intentaremos esclarecer su lógica ■



Paisaje isla Robinson Crusoe.
Fotografía: Darío Castro.

25. Esta opinión, aunque no es generalizada, sí se repite con cierta regularidad. Esto a pesar de que el lobo no es una amenaza directa para la pesca de langosta, dado que no se alimenta de peces de gran tamaño ni de la langosta, sino principalmente de pulpos y peces pequeños. Por otro lado, los lobos suelen viajar largas distancias para conseguir su alimento. Para más detalle ver: John Francis, Daryl Boness and Hugo Ochoa-Acuña, 'A Protracted Foraging and Attendance Cycle in Female Juan Fernández Fur Seals', *Marine Mammal Science*, 14.3 (1998), 552-74 <<http://dx.doi.org/10.1111/j.1748-7692.1998.tb00742.x>>. Aun así, los pescadores alegan que los lobos se enredan con el material, arrastrando las trampas y cortando los cabos, perdiendo tiempo de trabajo y recursos invertidos.

4. La visión isleña de la naturaleza

Paisaje cultural

Para comprender las actitudes y opiniones de los isleños referidas a la conservación del medioambiente y las especies exóticas invasoras, primero debemos conocer la visión que tienen de su medioambiente. Re-construimos la visión isleña de su naturaleza y, más concretamente, de su entorno, desde la experiencia subjetiva y emocional, expresadas en opiniones y dichos, poemas, canciones, leyendas, creaciones artísticas, actitudes y acciones. Ante todo, los isleños valoran su territorio por su belleza y por el hecho de contar con especies animales y vegetales que son únicas en el mundo.

“Era muy lindo internarse en el bosque, quedarse ahí un rato mirando los pica-flores. El bosque endémico de acá es de distintos colores, no es como el pino y el eucaliptus que se ve todo igual. Es como monótono el pino. Pero acá es súper lindo” (Mujer isleña, 64 años).

“A mí me gustaba llegar al Mirador de Selkirk arriba. Se veía para ambos lados. Las lumas se veían peinaditas por el viento con las hojitas de distintos colores, coloraditas. Eran tan lindas” (Mujer isleña, 93 años).

“La isla es muy bonita, tiene unas aves muy bonitas como el picaflor rojo, que solamente está acá en la isla. Acá hay mu-



Picaflor hembra de Juan Fernández.
Fotografía: Darío Castro.

chos lugares muy bonitos, como Villagra, el Palillo, la Plazoleta, la Falda. Y también hay unos animales marinos que son muy bonitos, como el lobo de Juan Fernández” (Niña isleña, 7 años).

“La isla tiene algo especial, diferente. Yo conozco muchos lugares, he tenido la suerte de salir al continente y conocer lugares muy lindos. Pero son de una belleza diferente a lo que hay en la isla. La topografía de aquí es única” (Guardaparque isleño, 45 años).

“Yo creo que lo más lindo que tiene la isla es lo impredecible que es, que en un día tienes las 4 estaciones. De repente está lloviendo y aparecen 5 arcoíris en la bahía; de repente sale el viento; si hay viento, hay viento fuerte; si hay lluvia es lluvia intensa; si hay sol, ¡hay sol!; si hay nubes está lleno de nubes. No hay medias tintas. Es una tierra tan viva que eso personalmente a mí es una de las cosas que más me gusta” (Operadora de turismo continental, 30 años).

Además de apreciarse estética o contemplativamente la indudable belleza del paisaje, atestiguada de manera gráfica en numerosos libros, películas y documentales, y destacada por isleños y continentales (niños, jóvenes, adultos y ancianos), el paisaje se

aprecia de manera vivencial. Los habitantes de Robinson Crusoe están compenetrados con un hábitat rural, en el cual la actividad humana debe insertarse en un entorno silvestre con toda la crudeza, la violencia y la lucha que eso implica.

“Aquí la naturaleza es bien salvaje. Cuando vas a caminar al cerro, tus pies te llevan, entonces dependes completamente de ellos. En muchos casos hay riesgos y no hay caminos establecidos. Pero cuando llegas y ves todo. ¡Guau!, valió la pena” (Operadora de turismo continental, 30 años).

Así, la belleza de la que hablan los entrevistados está asociada a determinada forma de habitar, a una específica interacción con el entorno. “La naturaleza es totalmente diferente, aquí tienes mucho más a la mano todo lo que es naturaleza, cerros, esos grandes”, nos dice una isleña para referirse a la presencia rotunda de una naturaleza muy difícil de domesticar.

“Cuando era chica me llamaba la atención lo salvaje de acá. Ibas caminando y veías un hombre con la escopeta lleno de sangre con ocho conejos colgando del hombro. Al principio uno los mira y, como viene de Santiago, piensa en los pobres conejos. Pero después, cuando ya estás viviendo acá, te das cuenta de que los conejos son una amenaza porque se comen las raíces, que están por todas partes y erosionan la tierra, que finalmente son comida. Al final es rico, y pasas a ser parte de esto. Uno va perdiendo un poco esa parte continental. Porque allá en el continente tú vas al supermercado y encuentras todo procesado. Acá ves todo el proceso. Por lo mismo comes muy sano. Cuando comes chivo, es de acá; cuando son vacunos también es de acá. Lo mismo con los peces” (Mujer continental, 35 años, comerciante).

Vemos que hay una gran diferencia entre la visión ciudadana de la naturaleza y la visión isleña, que es rural. Históricamente, la noción

de lo campestre surge con la urbanización, que tiene por misión separar a las personas de los efectos molestos que los elementos naturales (la tierra, el agua, los animales) pueden presentar, así como de la producción de manufacturas a partir de ellos, para recibir sólo productos manufacturados. Para los isleños no hay una separación entre el pueblo y la naturaleza, porque esta es parte de su vida cotidiana. Vemos el contraste entre una visión puramente contemplativa de lo natural-campestre típica del urbanita y la visión isleña que contiene la ternura, la melancolía y la ensoñación de los bosques endémicos y sus animales, con la muerte y la sangre asociada a la necesidad de abastecerse. En este sentido, vemos cómo la valoración de la naturaleza no supone necesariamente la permanente compasión por todos los seres vivos. Es común que los continentales residentes hagan comentarios reprobatorios sobre la manera de marcar los animales en el Rodeo de Villagra: consiste en hacer cortes en la oreja del animal. Los comentarios son reprobatorios para una costumbre que es antigua en la isla y que está muy arraigada en la cultura local. Es la principal fiesta de la comunidad isleña, celebración que honra su historia y a sus antepasados. Aun así, los isleños se muestran indiferentes ante la censura. Para ellos, no se trata de abuso ni de un acto de crueldad. A pesar de que los animales sufren, es la forma en que se hace. En este desencuentro, en el cual los continentales ven la crueldad humana y los fernandecianos un valor isleño, subyacen dos conceptos diferentes detrás del término *naturaleza*²⁶ ■

La Isla y el parque nacional

Los isleños no suelen separar la dimensión ecológica de la experiencia social y personal en sus opiniones sobre el entorno insular. En general, ellos hablan de *la isla* (expresión que puede incluir al archipiélago completo) como una síntesis de un entorno natural y una experiencia de vida concreta, un modo de habitar, de estar en el mundo y de ser en comunidad. Para referirse a su tierra, los isleños no hablan mucho del parque nacio-

nal. Por supuesto, tienen plena conciencia de que la isla tiene este estatus y aunque lo incorporen al título Reserva Mundial de la Biósfera como un reconocimiento de su valor, para ellos el parque es sobre todo una realidad administrativa. En su visión, la isla no es un simple territorio de características biológicas, sino una totalidad geográfica, espiritual y comunitaria.

La isla es la concreción de un ser múltiple en un espacio que es natural y social al mismo tiempo, base fundamental para comprender todas las apreciaciones de los robinsonianos sobre la conservación de la biodiversi-

dad, el carácter de parque nacional y su administración. Llama la atención lo poco que se refieren los fernandecianos al parque, lo cual se comprende mejor si consideramos que *la isla* se concibe en relación de oposición al continente. Por su parte, el parque nacional cobra relevancia en contraste con el pueblo, respecto del cual se perfila como área protegida y administrada por CONAF. *La isla*, en cambio, va a definirse en relación a las características del continente y a reforzarse por su reconocimiento como parque y reserva de la biósfera, aunque con una conceptualización diferente de la que sostienen las instituciones patrocinadoras.

Cuadro I. Comparación entre las concepciones locales del parque nacional y la isla

Parque Nacional		La Isla	
Categoría administrativa		Categoría identitaria	
Parque Nacional	Poblado	Isla	Continente
CONAF	Comunidad	Rural	Urbano
Continental	Isleño	Comunidad	Sociedad
Entorno natural parcializado	Paisaje vivido	Solidaridad	Abandono
Foráneo	Local	Libertad	Dependencia
Restringido	Desafectado	Seguridad	Inseguridad
Jerárquico	Participativo	Único	Trivial
Heteronomía	Autonomía	Exclusivo	Ordinario

Dentro de esta oposición, entre contexto insular y continental, se menciona con insistencia la tranquilidad y la seguridad que se encuentra en la isla, siempre comparándola con el continente, el cual se concibe como eminentemente urbano: el lugar del cemento, del estrés, del consumismo, de la delincuencia²⁷, de las relaciones impersonales, la soledad y la vulnerabilidad.

“A la isla yo no la cambiaría por nada del mundo, porque la isla es muy tranquila. La gente que viene de afuera siempre dice: ‘aquí, ustedes están en un paraíso’. Porque no pasa lo que está pasando en otras partes del continente. Ni Dios quiera que así sea” (Mujer isleña, 93 años).

“Nosotros estamos en un pedazo rodeado por agua, pero la mayor diferencia es el cemento, que lamentablemente a nosotros nos está llegando en las calles. Allá en el continente todo es cemento y edificios. Además, acá no hay tanto consumismo. En el continente para todo tienes que andar con dinero en el bolsillo. Aquí con suerte andamos con los documentos en los bolsillos, y realmente no se utilizan” (Pescador isleño, 46 años).

“Lo que más extraño de la isla cuando estoy en el continente es la tranquilidad y la calidad de vida. Me cuesta mucho entender cómo tantos millones de personas deciden vivir juntos en un lugar tan hacinado

26. La experiencia local de la naturaleza implica una participación de los ciclos naturales, participación de su violencia, de sus peligros, pero también de su belleza. En este punto hay matices y diferencias al interior de la población isleña. Hay quienes han desarrollado una visión más contemplativa, cercana a la visión urbana. Hay diferencias generacionales, diferencias de origen social y diferencias familiares en un medio social que a pesar de lo reducido de su escala y lo cohesionado de su población, presenta segmentos y heterogeneidad cultural, como toda población humana que se encuentra bajo permanente cambio e influencia.

como la ciudad sacrificando su calidad de vida. Entonces me cuesta entender la lógica de querer ser parte de una dinámica diaria como esa. A mí me cuesta entender eso del continente. Acá, para llegar a mi casa, camino diez o quince minutos. Tenemos la suerte de vivir con la sensación de tranquilidad” (Dirigente isleño, 30 años).

“La isla es como una burbuja. Por ejemplo, cuando yo voy al continente, siempre tengo que tener cuidado. Me da miedo sacar el celular porque en cualquier momento alguien me lo puede robar” (Joven isleño, 18 años).

“A mí me gusta la libertad de vivir aislado, que es una gran ventaja. A pesar de que estamos aislados, tú dentro de la isla tiene tremendas libertades para vivir tranquilo. Puedes recorrer mágicamente el archipiélago completo sin temor. Solamente a desastres naturales, pero no de vivir una vida que te vaya a pasar algo por el hombre” (Guardaparque isleño, 45 años).

La isla como paraíso

Hemos visto en el discurso isleño lo que dibuja los contornos de lo propio es la oposición a la figura de la ciudad: la contaminación, el cemento, los edificios. En este contexto, es común concebir a la isla como un refugio, un oasis, una burbuja, un tesoro o derechamente un paraíso:

“La naturaleza es importante en la isla porque es como un oasis en medio del mar. Esta isla es como un descanso para los navegantes, porque están en medio de la nada... con lo único que te puedes encontrar es con este lugar, con vegetación, con agüita... Un pequeño oasis” (Artesana isleña, 55 años).

“Para mí, el tesoro es la isla. Y yo soy el último Robinson” (Poeta y artesano continental, 64 años).

En el habla isleña, la isla es una expresión que no se refiere sólo a la geografía física, sino también al hábitat y a la identidad co-

lectiva fernandeciana. De todo esto se desprende una cosmovisión en la cual el entorno natural es inseparable de la comunidad isleña que lo habita con su historia. Incluso los continentales residentes tienden a realizar esta síntesis entre lo comunitario y el paisaje. Sobre todo los isleños muestran en sus opiniones una concepción de la isla como una entidad total, que no es eminentemente física sino social. Cuando preguntamos por la isla en el contexto de una conversación relativa a su biodiversidad, las especies endémicas, las especies exóticas invasoras, etc., rápidamente las respuestas se deslizan hacia las características y los cambios que ha experimentado la comunidad.

“Para mí la isla es un sistema integrado de todas esas cosas. Sí, un sistema integrado donde los acantilados, la langosta, el pescador que llega en la tarde, la señora que está haciendo pan en su casa en el horno de barro... todo eso para mí es un complemento. Los niños en la playa sacando cangrejos. Todo eso para mí es un complemento. Y para mí, eso es la isla. Eso es la isla para mí. No es algo específico” (Empresario turístico isleño, 36 años).

“La isla es maravillosa. Hay vegetación única, endémica. La gente es sociable. Aunque haya problemas, la gente se une, sobre todo cuando hay situaciones en que alguien está enfermo. Si hay problemas de salud, se ayudan, se hacen beneficios, se hacen hartas actividades: lotas, presentaciones artísticas, veladas, se reúnen fondos para ayudar a la gente” (Poeta y artesano continental, 64 años).

“Yo soy un convencido de que la isla es un paraíso, sobre todo por su gente y la calidad de vida” (Empresario turístico continental, 38 años).

“Lo que yo siempre he dicho es que para nosotros es un paraíso esta isla. Tanto por su vegetación, mirando la parte endémica, como por su gente, que yo la asemejo mucho a la gente del sur, por su amabilidad para con la gente de afuera” (Pescador isleño, 46 años).



Pareja de picaflor de Juan Fernández (macho y hembra).
Fotografía: Darío Castro.

“Somos una gran familia y yo creo que es eso lo que hace especial la isla: la idiosincrasia de nuestro pueblo. Somos atentos, amables, aceptamos a la persona que viene recién llegando como si la conociéramos de siempre. Y es que es importante vivir en armonía. La armonía de la naturaleza con la armonía del hombre. Eso va de la mano, porque si yo no puedo amar a mi prójimo, no podría amar a esta naturaleza tan bella. Si somos parte de la naturaleza” (Artesana isleña, 55 años).

“Para mí la isla es un paraíso, creo que acá tenemos todo lo que necesitamos: tranquilidad y unión. Yo creo que aquí vives en paz, y eso es lo principal. Los niños son felices” (Comerciante isleña, 30 años).

“La isla es un lugar lleno de fuerza. No es fácil describirlo, pero es un lugar muy potente. Se siente y se respira en el aire la energía de la gente, de los cerros, de los árboles, del viento, de la naturaleza que se manifiesta con potencia. Eso también va erigiendo las personalidades de los isleños. Es un lugar con una cultura que tenemos que mostrar: las cosas que

nos hicieron isleños también. Hay mucho que conocer, hay mucho que visitar, mucho que apreciar; a nivel botánico, histórico, cultural. Riqueza por todos lados” (Empresario turístico isleño, 43 años).

Los isleños expresan su admiración por la belleza del paisaje que habitan, pero lo que hace de la isla un verdadero paraíso es el hecho de que la comunidad isleña vive ahí, haciendo de lo hermoso algo propio y bueno:

“Lo que más me gusta de la isla es toda la isla. La paz, la tranquilidad. Y me gusta, la isla me gusta. Es como mi casa. Es donde yo me refugio” (Artesana isleña, 55 años).

“No es que sea tan bonita la isla, lo que pasa es que esto es de uno, por eso nos gusta. Es muy tranquilo, todos nos conocemos y nos saludamos, cosa que en el continente no se da. A mí me ha pasado en el continente que he saludado y no me toman en cuenta. Está Hawái y otras partes que son más espectaculares, pero esto uno lo siente porque es de uno. Eso es lo que en el fondo te llama, porque uno sabe que aquí está pisando su tierra” (Guardaparque isleño, 45 años).

“Desde que yo vine la primera vez que me enamoré de este lugar. Tuve la suerte de conocer hartos lugares y nunca en ninguna otra parte me he sentido tan en casa como acá. Amo el olor, amo el viento, el sol... A veces es agotador tanto viento, tanto barro, pero es parte de la isla. Comer pescadito fresco, todos los productos del mar que son exquisitos. La misma gente, una población tan chiquitita que al final todo el mundo se conoce, todo el mundo se ayuda, se coopera cuando es necesario” (Operadora de turismo continental, 30 años).-

En esta visión, la isla acoge y protege, lo que fortalece el sentido de pertenencia que a su vez retroalimenta el imaginario insular. Los isleños se ven reflejados en la isla y, en algunos casos, se la trata como si fuese una persona, fenómeno que se deja ver en el vínculo espiritual que ciertas personas establecen con la isla y su naturaleza, hablando

de la magia de la isla (o su embrujo) y de la conexión que sienten con ella:

“Siempre he observado la naturaleza, me gusta mucho caminar, salir al bosque y disfruto la naturaleza, a parte que soy acuario así que me conecto de una manera especial” (Artesana isleña, 55 años).

“Cuando llegué por primera vez, la primera impresión que tuve de la isla es que es maravillosa. O sea, no podía creer que tremendos cerros y tremendas montañas se impusieran en el mar de una manera tan mágica. Sentí magia de inmediato, conexión, me sentí como atrapado. O sea, al momento de ver la isla yo dije ‘esto es una maravilla, que difícil debe ser salir de acá’. Y a medida que el buque se fue acercando, vi que ya no eran playas de arena. Pensaba que era arena negra, porque todavía se veía lejos el barco, pero cuando fui viendo que eran rocas, tampoco fue cambiando mi percepción. Preciosa la isla. Y además la claridad del mar. Era mágico. Los colores que se generaban. Era mágico” (Empresario turístico continental, 38 años).

“Aunque suene a cliché, para mí la religión es la naturaleza, es la isla”. (Empresario turístico isleño, 43 años).

La isla impone una experiencia total sobre sus habitantes. Como paisaje, es un espacio que invita a la contemplación, es el lugar donde se da una vida comunitaria estrecha, un lugar que se confunde con su historia y que expresa su carácter único en las especies endémicas con las cuales los isleños se pueden identificar ■

Identidad insular

La mayor parte de la vida social de Juan Fernández se desarrolla en el pequeño pueblo San Juan Bautista. Generalmente, las salidas a la montaña son escasas y no se remontan muy lejos, aunque se organizan excursiones familiares o entre amigos por el fin de semana cuando hay buen tiempo. Los hombres recorren y conocen las islas mucho más que las mujeres y la gente de mayor edad ha recorrido más que las generaciones más jóvenes. Más allá de la frecuencia con que cada isleño recorra la isla, su paisaje es un elemento imaginario y simbólico de una importancia innegable.

“Los bosques endémicos son preciosos, por eso le digo que poca gente y no mucha de acá en la isla conocen bien” (Mujer isleña, 64 años).



Poblado San Juan Bautista, isla Robinson Crusoe.
Fotografía: Claudia Silva.

“Ser guardaparque es un trabajo que he encontrado muy bonito porque gracias a CONAF he conocido mi tierra, he conocido parte de la otra isla también, de Selkirk. Tal vez no conocería lugares que he conocido acá en la isla si no estuviera en esta institución y eso para mí es importante” (Guardaparque isleño, 50 años).

El contacto estrecho con el continente, tanto en transporte como en telecomunicaciones, ha derivado en que hoy las necesidades se resuelvan con productos traídos del continente, por lo cual las salidas fuera del pueblo tienen cada vez más un carácter contemplativo. Antes se salía más al cerro a recolectar murtilla, se salía más a cortar leña y a cortar varillas de maqui para hacer las trampas, se salía a cazar chivos y coatíes, también a pastorear el ganado. Hoy no hay necesidad de salir del pueblo, lo cual además supone un esfuerzo físico considerable, y se sale para pasear o conocer. Aun así, los isleños tienen un fuerte vínculo con la isla y su naturaleza.

La isla acoge al isleño y al residente continental. Más que un territorio propio (que se posee como un patrimonio), es concebido por ellos como el hogar, el lugar al que se pertenece y que define al sujeto que lo habita. *La isla* (con mayúscula) no es solo un lugar con el cual se establece una relación económica, social, emocional y espiritual; es una entidad en la cual se materializa el ser de los isleños; no es un mero escenario o una entidad exterior con la cual se relacionan, para ellos es el mundo que los contiene, que los traspasa y los hace ser lo que son.

En investigaciones anteriores²⁸ hemos establecido que en Juan Fernández la identidad colectiva se fundamenta en gran parte por los lazos de parentesco y el arraigo al territorio²⁹. La comunidad local es pequeña y compacta, con límites claramente identificables, ya que se compone de una red de relaciones que emparentan a todos (o casi todos) los isleños en lo que consideran una gran familia.

28. Entre los años 2001-2005 el responsable de la presente investigación dirigió el proyecto “Sonidos culturales de Juan Fernández” patrocinado por la Corporación de Desarrollo Cultural Archipiélago Juan Fernández, y el año 2013-2015 el proyecto “Como se llega a ser isleño. Territorio, parentesco y comunidad en el archipiélago Juan Fernández” financiado por La Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

29. Además de los mencionados arriba hay otros elementos igualmente importantes. La identificación isleña se organiza en base a cuatro elementos: a) la comunidad basada en relaciones de parentesco, b) la co-pertenencia a un espacio geográfico, social y simbólico; c) la historia común; y d) la noción de sacrificio.

30. Marshall Sahlins, *La ilusión occidental de la naturaleza humana* (Fondo De Cultura Económica USA, 2011); Marshall Sahlins, *What Kinship Is - and Is Not* (Chicago: The University of Chicago Press, 2013).

31. Entrevista realizada en enero de 2014 en el marco del proyecto “Como se llega a ser isleño. Territorio, parentesco y comunidad en el archipiélago Juan Fernández” financiado por La Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Siendo el parentesco un lazo que se basa en el hecho de compartir una substancia (sangre, esperma, leche, genes), esta no es una relación social como cualquier otra. Incluso la palabra relación aparece como problemática, porque al ser de la misma substancia, los parientes forman un mismo cuerpo, comparten una esencia, co-pertenecen en un ser mutuo³⁰. La relación de parentesco es, por supuesto, una relación social (con todas sus reglas y sanciones que varían histórica y culturalmente), pero descansa en un lazo espiritual que se concibe como “natural” (en este caso, como consanguinidad) por mucho que se defina históricamente. Así, la sociedad isleña es una comunidad especialmente compacta que, además, se emplaza en un territorio perfectamente circunscrito como lo es una isla. Por esto, a los isleños les resulta evidente que son uno con la isla, tanto colectiva como individualmente, en cuerpo y espíritu. Así, cuando se trata de manifestar su identidad, los isleños otorgan especial importancia a nacer y criarse en la isla, cuestión problemática desde que se dispusiera mediante decreto que todas las mujeres debían parir en el continente para enfrentar de mejor manera los riesgos del parto con adecuado equipo y personal médico.

*“Yo me crié en una familia allá en Talcahuano específicamente, con mi tío. Él, mi mamá, mi papá, todos nacieron acá en la isla, pero a los siete años se fueron allá. Y él decía que él era más isleño que yo, y yo decía que no porque yo no había nacido acá pero estuve 14 años permanente acá, estuve muchos más años que él. Entonces la pelea era qué te hacía más isleño, vivir más años o simplemente el hecho de nacer. Y de ahí venía toda una pelea. Yo agarraba mis cosas y me iba porque la impotencia de no poder sentir algo que yo creo que es difícil que el resto te entienda, pero de verdad que a uno le duele” (Hombre isleño, 26 años).*³¹

“Mi mamá me hizo aquí en la isla con mi papá, pero nació en Valparaíso, en el hospital Carlos Van Buren. Como casi todos. Y a los 15 días mi mamá se vino para la isla. Como mi mamá era primeriza (soy la primera hija del matrimonio), no pudo tenerme acá en la isla. En realidad es algo que me pesa, porque igual creo que marca un poco eso de no nacer aquí en la isla, es como que uno siente que es fatal” (Mujer isleña, 27 años).³²

Para los isleños, el nacimiento es un acontecimiento que define la calidad de una persona, estableciendo un vínculo con la tierra que lo vio nacer. La frase completa es “nacido y criado”. Aunque, en términos racionales, la crianza puede ser más determinante, el nacimiento es un componente primordial de la identidad fernandeciana, porque los vincula física y espiritualmente con el territorio: al nacer en ella, el isleño se hace uno con la isla. Hoy los niños no nacen en la isla; sin embargo, se sienten completamente isleños, pero experimentan el haber nacido en el continente con pesar y sueñan con que sus hijos nazcan en Juan Fernández. Por la misma razón, el morir en la isla también es fundamental. No hay fin más nefasto para un isleño que morir lejos de su tierra y ser sepultado en el continente. El cuerpo del isleño debe nacer en la isla y ahí debe yacer. Guido Balbontín, cantautor local, canta sobre la importancia de la isla para el isleño, en una canción que bien podría servir de manifiesto:

*Isla mía querida
yo te canto feliz
pues mi vida sería
muy triste sin ti.
Centinela imponente
no te apartas de mí.
Isla en ti yo he nacido,
isla en ti he de morir.*³³

El isleño y la isla se pertenecen mutuamente. Esta característica se expresa en frases que apelan a sensaciones físicas para hablar sobre qué es lo que les gusta de la isla o extrañan de ella cuando no están: les falta el aire, la isla es como su segunda piel, necesitan sentir el viento, los olores de la isla, necesitan de su aire para vivir. El hecho de ser isleño va más allá de ser alguien que vive en la isla³⁴, se refiere a que lo más propio de la persona está definido principalmente por su pertenencia a la isla, aunque viva en otro lugar:

“Mi abuela tiene 85 años y lleva la misma edad de mi papá viviendo en el continente, más de 50 años, y no puedes decirle que es continental. Lloro por la isla, pero dice que si vuelve se muere, que siente tanta emoción por la isla que no puede volver” (Mujer isleña, 25 años).³⁵

En este modo de pensamiento, la isla es más que un espacio físico y, como hemos visto, no es infrecuente escuchar hablar de ella como un sujeto con intencionalidad. Se dice que la isla te da cosas y que hay que devolverle. La isla te atrapa o te rechaza:

“Un día una amiga isleña me dijo algo que me hizo conectarme completamente con la naturaleza, con esta isla. Me dijo que la isla tenía hijos que nacían en otra parte del planeta, pero que no les había dado la posibilidad de nacer en esta isla por distintas razones, y la principal es porque los hijos de la isla que nacen en el continente, nacen en esos lugares para venir el día de mañana a aportar y preservar esta isla. Fueron palabras súper fuertes y de alguna manera también motivadoras, y le agradezco mucho porque un poco encaminaron el sentido por el que quizás yo estaba acá. Puede ser que yo también tengo esa parte media espiritual en mí día a día. También eso de

32. Entrevista realizada en enero de 2014 en el marco del proyecto “Como se llega a ser isleño. Territorio, parentesco y comunidad en el archipiélago Juan Fernández” financiado por La Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

33. Balbontín, Guido. Isla mía querida

34. De hecho, para la sociabilidad isleña la diferencia entre los isleños y los continentales residentes es crucial. Éstos últimos, que son a menudo denominados “plásticos”, son considerados como no isleños y, a pesar de que tienen los mismos derechos legales que los isleños, el discurso fernandeciano postula que los isleños tienen la prerrogativa de los derechos sobre el Archipiélago. En ocasiones esto ha dado lugar a ciertos roces que no pasan a mayores. Además, esta lógica ha dado lugar a un movimiento político insular que propone un modelo de desarrollo local cuyo programa podría resumirse en que se trata de una política realizada por isleños para los isleños.

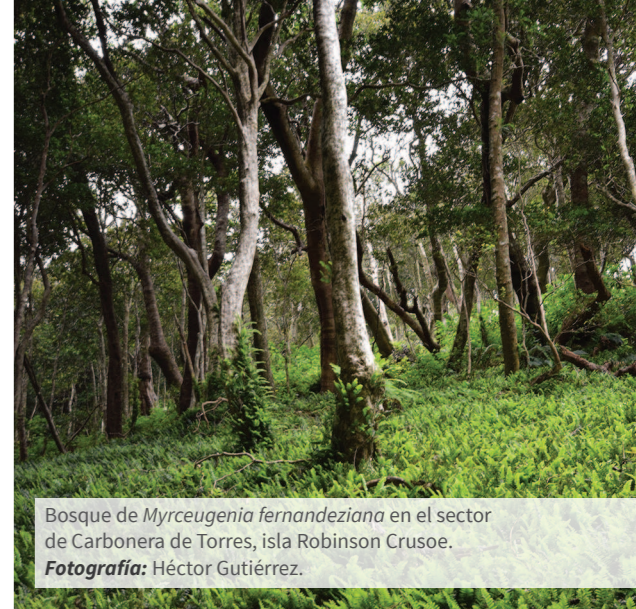
35. Entrevista realizada en enero de 2014 en el marco del proyecto “Como se llega a ser isleño. Territorio, parentesco y comunidad en el archipiélago Juan Fernández” financiado por La Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

buscarle a cada cosa un simbolismo que me ayude a recordar todo lo que pasa en mi entorno, y esa parte mística que tiene esta isla. Es maravilloso” (Empresario turístico continental, 38 años).

La isla, como madre, es lo que le permite a los isleños considerarse nativos o autóctonos, en circunstancias que a la vez se consideran descendientes de colonos, es decir, afuerinos. Este es un proceso que no es exclusivo de Juan Fernández, sino que también se da en muchas islas pequeñas, nosotros lo hemos registrado en las islas de Puerto Gala, en los canales de Aysén³⁶, también los investigadores de las islas de Maine (donde también se capturan langostas) y de Canadá, quienes han acuñado el término *isleñidad* (por el inglés *islandness*) para referirse a la manera en que el vivir en una isla “crea un sentido de lugar cercano al mundo natural y a los vecinos, cuyas excentricidades son toleradas y adoptadas. Concebimos la isleñidad –dice Philip Conkling– como una sensación metafísica que se deriva de experiencias fuertes que acompañan el aislamiento geográfico propio de las islas. La isleñidad es una sensación que penetra hasta los huesos de los isleños a través de la retención tenaz y obstinada que las comunidades insulares ejercen sobre sus nativos, así como sobre sus conversos, los cuales lo experimentan como un reconocimiento instantáneo. De este modo, la isleñidad es un importante fenómeno metacultural que ayuda a mantener las comunidades insulares a pesar de las enormes presiones económicas que los empujan a abandonarlas”³⁷. Este sentido de autoctonía insular, supone, en el caso de los fernandecianos una metamorfosis, de la misma manera en que las especies que originalmente colonizaron el archipiélago llegaron a ser endémicas. El caso de la cabra (*Capra aegagrus*) puede ser considerado como una situación intermedia. En Juan Fernández las cabras descendían de una pareja que el descubridor soltó para que se reprodujeran. Asilvestradas, las cabras llegaron a formar parte importante del paisaje cultural de los isleños, al punto que muchos de ellos no saben que es una especie alóctona y la consideran endémica, porque es diferente a las especies del conti-

36. Brinck P and Guillermo, *Las mutaciones de la merluza austral: historia, cultura y economía política en Isla Toto/ Puerto Gala* (Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2011).

37. Philip Conkling, ‘On Islanders and Islandness’, *Geographical Review*, Islands, 97.2 (2007), 191–201 (p. 200).



Bosque de *Myrceugenia fernandeziana* en el sector de Carbonera de Torres, isla Robinson Crusoe.

Fotografía: Héctor Gutiérrez.

nente. Como el maqui o la murta, la cabra es un recurso alimenticio importante y un motivo para que el isleño pruebe sus habilidades y conocimientos en una expedición de cacería que, a su vez, deriva en un festín que reúne a la familia y los amigos. La convivencia del isleño con la cabra los sitúa en un espacio de intimidad natural y tradicional a la vez. Así, la cabra, o chivo, puede ser entendida como una especie nativa en unos casos, endémica en otros, porque es considerada como parte del entorno y exclusiva de Juan Fernández. De hecho, en el léxico local, la palabra *endémico* es utilizada cotidianamente por los isleños para referirse a su propia identidad insular ■

Endemismo cultural

Es importante analizar el uso que los isleños le dan al término *endémico*. En términos estrictos, los isleños entienden que el endemismo se refiere a las especies vegetales y animales que sólo se encuentran en un territorio específico:

“Endémico es lo que existe solamente en un lugar” (Mujer isleña, 64 años).

“El término endémico se refiere a lo que es único de un lugar y no existe en ninguna otra parte, y se aplica a lo que es propio de aquí” (Joven isleño, 18 años).

Aun así, no hay completa claridad respecto del concepto. Se trata de un tema complejo.

Sin embargo, el nivel de conocimiento que se aprecia es significativamente más alto que en el continente. Los isleños y los residentes distinguen entre especies nativas y endémicas, entre especies exóticas, introducidas y plagas. Evidentemente, incurren en imprecisiones, aunque hay quienes tienen facilidades para definir los conceptos. Sin perjuicio de lo anterior, es central para esta investigación comprender el sentido local y el uso que los isleños hacen del término *endémico* y sus variantes. En investigaciones anteriores hemos apreciado que existe una fuerte identificación entre un sector importante de la población isleña con la naturaleza en que se insertan y con su característica más prominente, su originalidad biológica, la cual es un recurso muy potente para construir una identidad, por cuanto se aplica a la diferencia, la exclusividad, la autenticidad y la localización de un conglomerado social que se establece como natural antes que histórico. El primer punto que salta a la vista, entonces, es que el término *endémico* puede ser utilizado como sinónimo de isleño para apelar a su particularidad, su isleñidad, su autoctonía: para expresar su pertenencia al territorio. Como hemos visto más arriba, en Juan Fernández, la valoración del mundo natural no hace referencia directa a la conservación y la protección del medio ambiente, más bien a la solvencia y la capacidad de los isleños y las isleñas de adaptarse a un entorno agreste para tomar de él lo que necesita para desarrollar su vida. La siguiente cita vincula el término *endémico* con este aspecto en un uso que escandalizaría a más de un científico. Los isleños conocen la acepción técnica del término *endémico*, pero le otorgan una serie de connotaciones y de usos que sólo se comprenden en su contexto social y geográfico particular.

“Me gustaría que en el futuro se mantuviera todo lo que hay ahora, que no se muera nada. Por lo menos que la isla fuera protegida. Me gustaría más que no hubiera tanto modernismo, casas, construcciones tan grandes, que fueran las



Bahía del Padre, Isla Robinson Crusoe.
Fotografía: Darío Castro.

cosas hechas sin mucho impacto para la isla. No necesitamos edificios, no necesitamos centro comercial, no necesitamos un supermercado. Porque esto es una isla. A mí me gustaría que perdurara la forma endémica de la isla. Sí, que fuera como más salvaje, no tan moderna, como era antes. Que hubiera sí una vereda pavimentada pero que no pavimenten los cerros, los accesos para ir a Salsipuedes que no se ha pavimentado, para ir al Mirador no se ha pavimentado, el camino para Villagra no se ha pavimentado. Todo eso sería feo” (Artesana isleña, 55 años).

Aquí se utiliza el término *endemismo* en oposición a modernismo, así como más arriba se define a la isla como eminentemente rural en oposición a lo urbano del continente. Se trata entonces de una vida rústica, apegada a una vida simple, en la que la actividad humana es parte de la vida animal y vegetal, y la oposición entre naturaleza y cultura se desdibuja.

En breve, en esta visión, lo *endémico* sería lo isleño³⁸. Como complemento a este uso del término *endémico*, encontramos la denominación *plástico* para denominar a los continentales residentes en Robinson Crusoe. Esta pareja de términos forman sistema en la medida en que se oponen. El *plástico* es artificial, remite a la fabricación de objetos destinados a imitar el brillo de la naturaleza

38. Decimos que esta utilización del término “endémico” escandalizaría a más de un científico no sólo por la inexactitud con la que se lo define y la arriesgada extrapolación de un dominio a otro, sino sobre todo porque se utiliza un término que en biología se aplica a una especie para designar a un individuo o una población. De este modo, la utilización de esta palabra ejerce una violencia sobre el concepto dado que introduce una distinción arbitraria e ilegítima en el seno de la especie humana. En estricto rigor, si hay *endemismo* en la especie humana, este se definiría en relación al ecosistema global del planeta y no del de una población específica respecto de un territorio tan restringido como Juan Fernández.

sin alcanzarlo nunca. Es un material principalmente urbano, que se produce bajo condiciones industriales, en un sistema de trabajo asalariado. Además, es desechable, barato y accesible a todos, ordinario por lo común (y a menudo por su inferioridad respecto de materiales nobles como el cristal, la piel, la madera, la piedra, etc.). Se trata de un material que no se realiza en ninguna forma concreta, ya que las puede tomar todas. Peor aún, el plástico se transforma rápidamente en basura por lo que es potencialmente contaminante y una amenaza para la naturaleza. La naturaleza en cambio es la base de la vida, debe ser protegida de la contaminación. Es el modelo de la realidad, es siempre bella y noble. Una naturaleza *endémica* es, además, la máxima expresión en su género. Es exclusiva, no todos pueden acceder a ella. Una especie *endémica* es especial y al ser insular es frágil, por lo que debe ser cuidada. Lo *endémico* es la forma en que los isleños se representan su identidad, pero no se trata de una simple cuestión retórica.

Como hemos visto, la isla responde a una experiencia íntima, emocional, colectiva y espiritual muy concreta. Podemos decir entonces que los isleños tienen una visión socializada de la naturaleza. En un arreglo que hace recordar el totemismo, reparten las sustancias como emblemas de las unidades sociales: *endémicos/plásticos*; *isleños/continentales*. La distinción con los afuerinos a partir de la metáfora ecológica permite regular la relación con los otros, establecer fronteras permeables que compatibilizan el contacto con el continente (principalmente el Estado) y sus visitantes, así como la autonomía y el control sobre lo propio. Es así como esta metáfora tiene un uso político:

“Esto partió de algunos concejales. Ellos entienden lo endémico como exclusivo, como único, como especial. Que es lo que nosotros también hemos dicho: son plantas únicas, exclusivas, propias, y además que hay que tener una consideración con ellas de cuidado y de hacer notar para que sea conocido en el mundo que aquí hay una situación muy especial, digna de destacar y conocer, de proteger. En-

39. Brinck, ‘Identificaciones y Estrategias Culturales en la Isla Robinson Crusoe. Análisis Componencial de Categorías Identitarias.’

tonces, ellos se sienten parte de eso. Al decir que somos endémicos, ellos están diciendo “somos especiales, somos únicos. No nos comparamos con nada. Por lo tanto, también tenemos que tener un trato especial. Nos tienen que considerar distinto. Somos una cosa aparte. Somos especiales”. Eso es lo que entienden por endemismo y me doy cuenta que lo adoptaron así, como algo especial. Porque nosotros siempre destacamos que las especies endémicas son únicas, exclusivas, especiales, importantes para el mundo, para la humanidad” (Administrador del Parque Nacional, continental).

También se utiliza la metáfora de las especies introducidas que, siendo exóticas, son incorporadas por voluntad o aceptación:

“Yo me llamo Lilian y llegué el año 1962. Soy introducida aquí en la isla, soy plástica como dicen [risas]. Entonces estoy acá, me enamoré de un isleño, me casé y tengo cuatro hijos” (Mujer de origen continental, 63 años).

“Yo también soy introducida, yo llegué el año 1974 aquí” (Mujer de origen continental, 60 años).

El término *introducido* se refiere a aquellas personas que, no habiendo nacido en la isla ni de padres isleños, se radican en la isla, a menudo estableciendo relaciones matrimoniales que dan lugar a hijos isleños, con lo cual se incorporan a la comunidad. El *introducido* es aquel que, sin ser isleño, ha pasado a ser miembro de la comunidad y está en camino de convertirse en uno. Junto con el término *endémico* y el término *plástico*, los tres forman un sistema simbólico cuyas implicancias sociológicas hemos desarrollado en otro lugar³⁹.

Por ahora basta decir que los isleños tienen una visión humanizada del entorno y la naturaleza (así como tienen una visión naturalizada de su sociedad) a partir de la metáfora de lo *endémico*, lo *plástico* y lo *introducido*, sobre todo con el primero, recurriendo a la exclusividad de su naturaleza y su estilo de vida bajo los emblemas que los

representan ante los chilenos continentales y los extranjeros. Resaltan constantemente la belleza de la isla, el sentido de lo propio y su exclusividad, representada tanto por el escenario completo como por las especies endémicas animales y vegetales.

“Yo creo que lo que más caracteriza a la isla es la langosta, porque es un producto rico y que es exclusivo de acá de Juan Fernández. No hay en otro lugar de Chile, me parece. La naturaleza en sí, porque tenemos muchas especies que son endémicas acá, y que muchas veces no se le ha dado la importancia que requieren. Que la isla sea Reserva de la Biósfera, que tengamos 25 especies de helechos que son únicos en el mundo que no existen en otro lugar, que el picaflor que se encuentran acá no existen tampoco en otro lugar, que tenemos la palma chonta, la Juania australis, que existen dos en Chile que son la palma que existe en continente y la Juania australis que es la chonta que existe acá. Entonces, hay cosas que tenemos que también son únicas. Entonces yo creo que en ese aspecto la isla en sí no se le ha mirado como una reserva importante, como hay otras reservas, pero ésta tiene también harto endemismo” (artesana isleña, 55 años).

“El picaflor en la col es la imagen perfecta. Si uno sabe tomar bien la foto, porque sale muy bien. Los dos se complementan y hacen una excelente foto” (Joven isleña, 17 años).

“Entregar al mundo una imagen de tener un alto endemismo en lo que es flora, tenemos especies, en este caso la langosta que es la joyita, cierto, que recorre, algo grande, inclusive restaurantes del mundo entero. Eso, yo creo que eso es un poco lo que caracteriza a la isla” (Guardaparque isleño, 50 años).

“Lo más representativo es el sándalo, del cual hay algunos registros y algunos bosquejos de botánicos que lo tuvieron o lo vieron vivo, pero la verdad es que desaparecieron hace ya más de cien años, o por ahí creo que fue el único visto verde

que se taló. Se queda en la memoria colectiva quizá y el sándalo pasa a ser prácticamente un mito, su aroma, donde habitaba, en qué lugares de la isla estaba presente” (Alcalde isleño, 30 años).

A pesar de que los isleños tienden a pensar en la isla como una realidad total, que engloba a sus habitantes, su historia y su modo de vida, cuando se les pregunta por lo más emblemático del archipiélago, se apela a elementos de lo que calificamos a priori como su naturaleza: ya sean algunas especies emblemáticas por ser endémicas o por su alta biodiversidad. A pesar de que existen elementos culturales de gran valor que distinguen a los fernandecianos de otras caletas y pueblos de Chile y el mundo -como las embarcaciones, el sistema de marcas para la pesca de langostas, la predominancia de relaciones burlescas, etc.-, ellos eligen los emblemas animales y vegetales. Como hemos demostrado, estos emblemas son tanto culturales como naturales. Es a través de estos emblemas que los isleños se dan a conocer, también son los mediadores de un vínculo social de cada isleño con sus semejantes y con la colectividad como un todo, en una interacción permanente que los define a su vez como personas individuales.

Recientemente, los isleños han creado una bandera que representa al Archipiélago. Como era de esperar, la bandera luce los colores que predominan en la isla: el verde y el azul. Tiene cinco estrellas, una por cada isla: Robinson Crusoe, Alejandro Selkirk, Santa Clara, San Félix y San Ambrosio (ellos incluyen a las islas Desventuradas dentro del Archipiélago Juan Fernández). En el centro hay una rama de sándalo rodeado por cinco langostas. En una síntesis de tierra y mar, incluyen a la langosta, sustento de la comunidad, y al desaparecido sándalo, alegoría que representa tanto el valor y la exclusividad del ecosistema como su fragilidad.

El sándalo es literalmente un trozo de isla. Es por eso que el *Santalum fernandezianum* puede pasar a ser un talismán de la vida insular. El sándalo se ha transformado en mito, en la medida en que la población isleña se resiste a creer que realmente se haya

extinguido y goza imaginando que hay algún espécimen escondido entre los bosques o las quebradas más inaccesibles. Un trozo de sándalo es hoy un concentrado de isla que se ambiciona y se atesora como el bien máspreciado en la medida que condensa al ser isleño: su historia, su presente, su particularidad, su fragilidad, su carácter oculto, secreto, presente pero inalcanzable. Entre el fetichismo místico y la adaptación a un entorno duro, el endemismo de los isleños se diferencia, pero no se opone, a aquel de los científicos y conservacionistas. El sándalo es importante por su valor simbólico. Es considerado un verdadero tesoro natural, para utilizar una expresión del botánico Carl Skottsberg. Así lo relata una artesana isleña: “Yo tengo un collar de sándalo guardado. No sé dónde, pero lo tengo. Es una reliquia”. Al ser aromático, los restos de sándalo que quedan en la isla tienen un fuerte poder evocativo, pues a diferencia del registro visual, el aroma tiene la cualidad de invadir el cuerpo y generar una experiencia vivida de aquello que se añora. Algo similar ocurre con las joyas artesanales, los alimentos y algunos ungüentos que se preparan en base a la flora y fauna nativa. Jaritza Rivadeneira, joven antropóloga isleña, hace un interesante análisis al respecto:

*“Yo trabajo con plantas medicinales, hago fitocosmética con especies exóticas invasoras. Pero mi anhelo máximo es hacer fitocosmética con especies endémicas. Si fueran endémicas para mí sería de una riqueza mucho mayor. Sería un impacto enorme para nosotros, porque los isleños somos “benchos” [querendones] con las cosas que son nuestras. Si es algo de la isla como que le da más sentido. Entonces yo llego a la gente con las plantas exóticas, pero no a todas. Pero si yo descubro que, por ejemplo, la *Dendroseris litoralis* ayuda a curar heridas, es seguro que la gente utilizaría ese producto. Lo mismo pasó cuando se explotó el coral negro. Todos los isleños querían algo de coral negro: un anillo, un aro, una pulsera, un collar. Lo mismo pasó en el caso de los hombres con el diente de lobo marino. Porque te genera una identidad, te da fuerza. Porque no-*

sotros somos un pueblo joven y nos faltan elementos tangibles para poder demostrar que también somos endémicos. Entonces, el aro de coral, el anillo de coral o el diente de lobo te da una identidad más tangible. Algo que la gente puede percibir y que los isleños también pueden reconocer. Lo mismo ocurre con el cuero de pescado. Entonces, si tuviéramos una crema que fuera de la Col, por ejemplo, te aseguro que la utilizarían. Imagínate andar con olor a Juan bueno, sería la sensación acá en la isla. Eso generaría gran impacto. Acá la gente consume eso porque se siente identificado. La cerveza artesanal o el guayaba sour que hacía Juan. Yo ahora hago té con murtilla y con maqui, y también cremas. Y la gente compra porque les genera como una benchura. Es que nos falta eso y es algo que necesitamos. De hecho, el collar con el diente de lobo para identificar a los hombres isleños, eso se ha masificado desde hace pocos años. Ahora todos lo ocupan, porque necesitamos algo más allá que la memoria, algo más tangible. Ahora volvió un isleño que tatúa y hace diseños isleños. De hecho, Julio tiene una tremenda langosta en la espalda con las antenas por los brazos. Pero el tatuaje implica dolor, entonces no todos se atreven. Es más profundo el tatuaje” (Antropóloga isleña, 28 años).

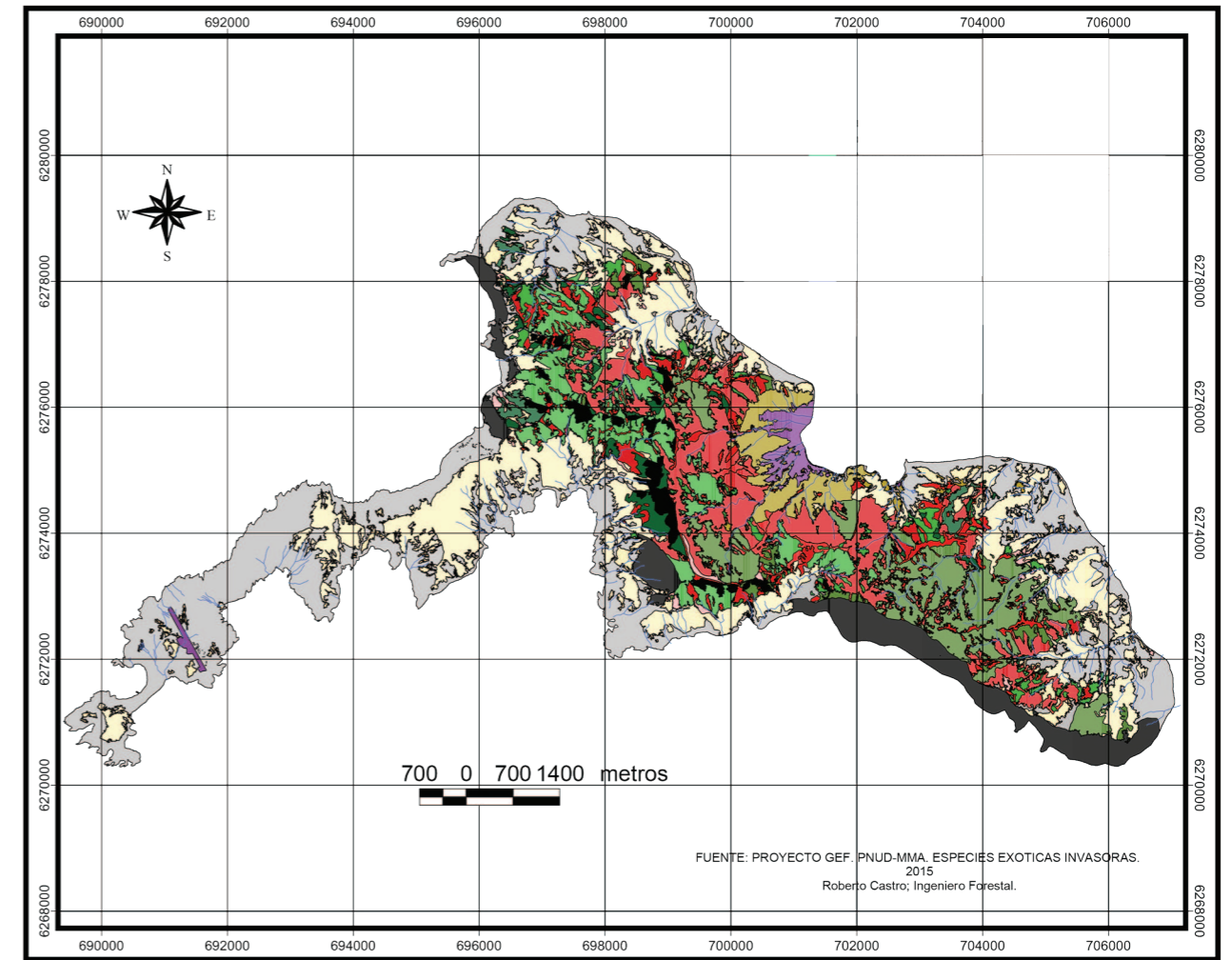
En Juan Fernández se hacen joyas, ropa, cremas, comidas, licores y adornos en base a especies exóticas y nativas del Archipiélago. Como los tatuajes con diseños de especies nativas y figuras de la isla, que se imprimen con sangre en el cuerpo de manera indeleble, todas estas son formas de expresar la incorporación de la persona a la isla y de la isla en el sujeto fernandeciano. A esto se refieren las generaciones jóvenes de isleños cuando dicen “yo soy endémico”. Esta identificación con lo endémico es ciertamente colectiva; sin embargo, define también al sujeto fernandeciano en su intimidad. Se trata de una experiencia en la cual el sujeto está íntimamente constituido, en cuerpo y espíritu, por su pertenencia a la comunidad y al territorio, el cual es vivido como un paisaje natural, salvaje y único⁴⁰.

40. Evidentemente esta expresión opera a diferentes niveles y puede ser usada de manera puramente referencial para expresar la pertenencia social. Pero su significado profundo va más allá de una identificación social porque instituye imaginariamente una ontología particular que articula de manera colectiva procesos de subjetivación que están siempre en movimiento y nunca se completan.



De modo que la visión isleña de la vida animal y vegetal, concebidas como indisolublemente ligadas a la vida humana, es el marco en que deben apreciarse las opiniones y los dichos de los habitantes del archipiélago referidos a la biodiversidad, la conservación del ecosistema y la valoración de las especies con las que interactúan, así como el papel de los agentes encargados de la gestión del parque nacional, los proyectos y las regulaciones implementadas en el territorio insular. Esta es la base sobre la cual debe entenderse la frase “nosotros somos Reserva Mundial de la Biósfera”, una expresión que puede ser dicha y comprendida en diferentes niveles, dentro de los cuales el administrativo es el más superficial. Hay un sentido profundo (espiritual o mejor, ontológico) en esta frase aparentemente inexacta: en la visión fernandeciana, los isleños también son parte de la Reserva Mundial de la Biósfera, porque también son endémicos ■

Mapa ilustrativo de la flora invasora y nativa presente en Robinson Crusoe



Elaboración de Roberto Castro.

Legenda

- Bosque nativo de Luma
- Bosque nativo de Luma y Canelo
- Bosque nativo de Luma, Canelo y Naranjillo
- Formación de Murtilla, Parnettya y Blechum
- Formación de Maqui y Zorzamora
- Plantaciones exóticas
- Formación de Helechos
- Formación de Herbáceas, Praderas y/o Pastizales
- Suelo Desnudo y/o Rocas
- Zona urbana y/o infraestructura
- Zonas sin información, nubes y/o sombras
- ∩ Hidrología

5. La administración y los isleños

Como hemos visto, los isleños piensan su territorio de una manera que excede ampliamente la definición de parque nacional, a pesar de lo cual se identifican con el título de Reserva Mundial de la Biósfera. Para ellos, ambos títulos son honrosos; sin embargo, el de reserva mundial es mucho más benigno dado que, a diferencia del de parque nacional, este nombramiento no ha significado ninguna regulación ni administración directa del territorio que limite la vida de la comunidad. Además, el principio de impulsar armónicamente la integración de las poblaciones y la naturaleza que sostiene a la reserva de la biósfera, se acerca a aquel que mueve a los isleños, en cambio, los objetivos e intereses del parque, que se restringen a la preservación de los ambientes naturales, muchas veces se oponen a aquellos de los habitantes del archipiélago. Aun así, los isleños se han ido acercando a la visión conservacionista de CONAF, guardando las importantes diferencias mencionadas en el capítulo anterior. Hemos visto que la conducta de los isleños ha ido cambiando para valorar y cuidar su medioambiente, al punto que el desacuerdo entre la población y CONAF no es el objetivo de preservar la biodiversidad, sino de cuáles son las medidas adecuadas para hacerlo y quiénes son los responsables del actual estado de deterioro ecológico del archipiélago. La relación entre la población fernandeciana y CONAF ha estado marcada por el enfrentamiento desde un comienzo; sin embargo, los isle-



Niños en el box de pescadores.
Fotografía: Kenneth Torres.

ños reconocen que es necesaria una institución de este tipo y que CONAF ha aportado a la conservación del entorno natural del archipiélago.

“CONAF protegió la chonta. Yo creo que hace más de 80 años que ya no se cortan chontas aquí. Quizás más. Desde que llegó CONAF al Parque, al poco tiempo, se prohibió cortar las chontas y empezaron a protegerla y a plantar las semillas acá para poder preservarlas. Si no se iban a acabar” (Artesana isleña, 55 años).

“Yo creo que hoy en día le debemos a ellos el tema de patrimonio genético, lograr salvar a algunas especies que de otra forma ya han desaparecido, casos como la gigantea o plantas que son de muy difícil acceso, en donde ellos han podido hacer un seguimiento y rescatar sus semillas y así mantener el gen, por lo menos, tenerlas vivas en sus viveros y estar intentando llevarlas nuevamente a la naturaleza. Creo que eso es algo que generalmente pasa desapercibido pero creo que es súper importante” (Alcalde isleño, 30 años).

A pesar de ello, en general la percepción de los isleños y los residentes respecto de la labor del Estado chileno y sus instituciones dedicadas a la protección y conservación del medioambiente insular, no es positiva.

“Yo, de ponerle nota a CONAF, le podría un cinco. Del uno al diez. Porque pienso que también le han faltado recursos, a lo mejor de allá del gobierno. Ellos tenían un conocimiento de lo que teníamos aquí en la isla. Nosotros los isleños conocíamos nuestros árboles, las plantas, todo, pero ellos tenían el conocimiento de allá de que era algo único, incluso la isla es Reserva de la Biósfera, entonces el gobierno debió haberse preocupado de cuidar nuestra tierra. Yo pienso que hace falta organización del Estado y organización de afuera, pero que las cosas se vean concretas, porque yo veo que han llegado muchos proyectos y más se va en estudios y cuando los estudios están tanto tiempo, que hay estudios de cómo va avanzando la isla, deteriorándose, y veo que la plata se va más en viajes que todo. No se ven resultados. Esa es mi manera de pensar. Yo veo que ese el tema, porque hace algunos años también estuvo el proyecto de Holanda, pero no hubo continuidad. Con todos esos proyectos es igual porque trabajan un par de años, tres, cuatro años, se les termina la plata y ahí quedó todo botado de nuevo y las plagas siguen avanzando. Entonces, yo creo que es plata perdida más que nada. Pienso que las platas se deberían ocupar para las plagas, no para tanto viaje y tantas construcciones, tanto gasto de embarcaciones, de tantas cosas. La plata se va en eso y en lo puntual, qué son las plagas, se deja muy poco” (Mujer isleña, 64 años).

Un sector minoritario, principalmente distribuido en la tercera edad y miembros del denominado Grupo Ganadero, atribuyen el mal estado de la isla Robinson Crusoe a CONAF y SAG. Aún así, la crítica a la forestación con especies exóticas es generalizada:

“Pero los eucaliptos los plantó la CONAF. Ese fue el peor error que cometieron, cuando trajeron para repoblar, para reforestar, digamos, trajeron especies de afuera, el pino y el eucalipto. Yo trabajé un tiempo en CONAF. Nos mandaban a reforestar zonas que estaban, digamos, erosionadas, con eucaliptos y pinos. ¿Y ahora? Nos estamos quedando sin agua

por consecuencia de los eucaliptos, porque consumen una cantidad enorme de agua” (Poeta y artesano continental, 64 años).

“Encuentro que cometieron un error inmenso con no controlar las plagas, porque CONAF debió haberse preocupado. Debieron de haberse controlado plagas, por lo menos la zarzamora y no haber reforestado tanto con eucaliptos, porque yo encuentro que el eucalipto fue garrafal error aquí en la isla. Bueno, ahí CONAF no sé qué estará haciendo porque tampoco hay información con respecto a eso. He escuchado que sí han venido proyectos para combatir la zarzamora, el proyecto holandés estuvo un tiempo pero las moras salieron con más fuerza” (artesana isleña, 55 años).

“Yo creo que el desempeño de CONAF es pobrísimo, bajito. Hoy en día incluso, cuando de repente se conversa (porque esa pregunta ha salido en otras encuestas), generalmente uno no visualiza a la CONAF como primer ente que tenga que ver con la biodiversidad de la isla” (mujer isleña, 40 años).

Las críticas son duras pero existen matices. Hay quienes aprueban la labor de CONAF y consideran que los problemas en la administración del parque se deben principalmente a la falta de un adecuado financiamiento.

“Yo creo que es bueno que se preocupen en ese aspecto en la CONAF. Aunque la encuentro dormida a la CONAF. En el sentido de que no hay recursos económicos para que la CONAF pueda llevar a cabo todos los proyectos que presentan. Por ejemplo, el exterminio de las zarzamoras. Hubo un tiempo que tuvieron recursos y le empezaron a atacar, pero se acabaron los recursos, se dejó de controlar y empezó a crecer nuevamente la zarzamora. Está en todos lados otra vez. Y crece de manera impresionante” (Poeta y artesano continental, 64 años).

“Yo creo que CONAF hace lo que puede con lo muy poco que tiene y creo que no es solamente un problema aislado acá en Juan Fernández, creo que a nivel nacional se requiere una reestructuración y una nueva visión en base a lo que significa mantener la biodiversidad del país. En ese sentido, creo que CONAF hace lo que puede con lo que tiene y tiene muy poco, entrega muy poco y además este parque nacional en sí mismo logísticamente representa muchas complejidades que lo hacen mucho más difícil para ellos. Entonces, creo que requiere financiamiento, una gran calidad de financiamiento, creo que también se necesita más capacidad técnica en los equipos, creo que también requiere aumentar su personal y no solamente los recursos. Creo que ello tiene que ver principalmente con una normativa, modificar algunas normativas y mejorar el presupuesto y creo que con eso CONAF podría mejorar muchísimo” (Alcalde isleño, 30 años).

“Fíjese que el primer año que yo llegué acá a administrar el Parque no me dieron un peso de presupuesto. Nada. No tuve un peso de presupuesto. Es complicado, porque estábamos tan apartados y tan lejanos, y no se acordaban de nosotros. En esa oportunidad, cuando resolvieron el presupuesto en la oficina regional, se olvidaron de Juan Fernández. En toda gestión, en toda administración de tu casa, de un parque, de lo que sea, tienes que definir tus prioridades. Un gobierno define todos los problemas que tiene pero debe tener prioridades. Y este país tiene prioridades y les va a destinar recursos. La prioridad de este país no es la conservación, en todo caso” (Administrador del Parque, continental).

También se presenta con fuerza la opinión de que hay muchos problemas de gestión y voluntad por parte de las administraciones locales.

“Es que el jefe de CONAF también me lo dijo hace tiempo, que ellos se iban a dedicar casi a la otra isla porque esta isla estaba perdida. Yo pienso que también



Panorámica del poblado San Juan Bautista de la isla Robinson Crusoe.
Fotografía: Darío Castro.

nosotros tenemos que rescatar esta isla porque no es todo igual, lo que hay en esta isla es diferente a lo que hay en Selkirk, entonces ¿por qué la vamos a dejar que se pierda?” (Mujer isleña, 64 años).

“Que el jefe te diga que la isla está perdida, o sea CONAF no está haciendo nada, Es que nosotros tenemos el título de pertenecer a la Reserva de la Biósfera, pero ¿Qué tenemos nosotros realmente de ello?” (Pescador isleño, 46 años).

“El control de plagas es nulo por parte de CONAF. Para mí eso es lo más grave. Nulo, nulo. Los caminos más turísticos están llenos de zarzamoras. Tú vas caminando y vas sacando unos tremendos chilcos. ¡Eso no puede ser! Y en realidad lo que ellos dicen es que falta plata, pero nunca va a ser una cosa de plata. Si hubiera una coordinación y un interés real de parte de ellos, en este caso del jefe que administra la CONAF en este momento, se podría llegar a un convenio con trabajos voluntarios con gente de la comunidad. Y la gente feliz lo haría. Estoy segura, no me cabe la menor duda. Pero no lo hacen, no” (Mujer continental, alrededor de 30 años).

Entre la población isleña se reconocen otras instituciones y proyectos que velan por la mantención del ecosistema insular: el “Proyecto Holandés”, Oikonos, Rescatemos Juan Fernández y Océana son muy bien evalua-

dos. En general no se percibe un real interés y compromiso por parte del Estado por la conservación de la isla. Por otra parte, las instituciones estatales han traído sus programas, proyectos y normativas y las han aplicado sin considerar mayormente la opinión de los isleños:

“Y sabe lo que pasa, yo me he dado cuenta que todos los proyectos que se hacen para la isla nunca toman el parecer de los isleños, solamente lo hacen en una oficina, gente que ni siquiera ha venido a la isla.” (Mujer isleña, 63 años).

Este es el punto central del conflicto. Cuando CONAF comenzó a administrar el parque en el año 1973, se restringió el acceso a la isla y, de pronto, los isleños se vieron impedidos de transitar y habitar su territorio como lo habían hecho desde que se colonizó la isla a mediados del siglo XIX. Asimismo, en la década de 1980 se eliminó el ganado ovino y se restringió el bovino, lo cual era un resguardo ante la escasez de alimento, un patrimonio y una tradición fundamental de la comunidad isleña. De manera que la administración del parque llegó a la isla restringiendo las anteriores libertades de los isleños, con un director que tenía el cargo de Subdelegado y la atribución de Juez de Policía Local. Con el tiempo, el equipo de guardaparques fue compuesto por isleños, hecho que la gente reconoce como un aspecto positivo. Lo mismo ocurre con los trabajos esporádicos que CONAF ofrece en la

erradicación de plagas. Pero esto no ha sido suficiente. Los isleños tienen conocimientos sobre las relaciones del ecosistema insular y sienten que este debería ser tomado en cuenta. Para ellos, sería necesario regular y controlar las especies invasoras que consideran útiles antes que eliminarlas (el maqui y la murtilla, por ejemplo) y se debería controlar las especies introducidas por CONAF (el bosque de pinos y eucaliptus):

“Sería malo que cundiera más la población de maqui que una planta endémica. Pero yo tengo 54 años y en tanto tiempo veo las mismas matas de maqui, las mismas moras que antes. Lo que sí como que están más metidas como para arriba para el cerro, pero en el Yunque hace cuarenta y tantos años que están las mismas matas. Sí, también esas mismas plantas han ayudado a detener la erosión. Antigualmente los cerritos estaban bien peladitos y ahora por lo menos se ven los cerros con verdes. Porque hay fotos antiguas donde los cerros se ven áridos, totalmente áridos. Bueno, la murta también ha ayudado pero dicen que es plaga. El trun también controla la erosión. “Que están arriba, está lleno de trun”, me dice mi hijo. Pero yo creo que lo único que hace es controlar la erosión. Si llueve, ya no arrastra tanto a la tierra sino que absorbe el aguíta” (Mujer isleña, 55 años).

“Y que se estudie bien primero antes de eliminar una especie porque hacemos algo bueno pero a la vez hacemos daños. Por ejemplo, el maqui y la murtilla también contienen la tierra, más la murtilla que nada. Estos cerros que hay acá, que están con pino y eucaliptus, antes era pura murtilla y mantenían la tierra también. Así que no, yo no soy entendida en el tema así que... pero pienso que, para mí, el peligro del eucaliptus y el pino es un incendio forestal, y también porque el eucaliptus seca mucho el agua. Eso lo sé en cambio los bosques de maqui y de zarzamora son más húmedos y se puede reforestar plantas endémicas con esa tierra porque es rico en nutrientes, en cambio el eucaliptus y el pino matan la tierra, es muy ácido” (Mujer isleña, 64 años).

Los isleños tienen una idea propia de las relaciones ecosistémicas y se incluyen como un elemento de estas. En sus opiniones se lee una visión de la isla que no coincide con la de un parque nacional, en la medida en que proponen controlar en lugar de eliminar las especies exóticas que tienen valor para la comunidad, porque consideran que ya se ha llegado a cierto equilibrio ecológico con ellas. El ejemplo que citan para apoyar esta tesis es lo ocurrido en la isla Alejandro Selkirk, donde casi se extermina el chivo con un proyecto financiado por el Gobierno de los Países Bajos. Entonces, se descubrió el aporte que hacía el chivo en el control de plagas, ya que se come la zarzamora, con lo cual protege a las especies endémicas.⁴¹ Los isleños se posicionan desde una mirada social y cultural, la cual no separa a la población humana de la naturaleza, por lo cual su postura choca con el conservacionismo purista.

“Las plantas invasoras que están llegando están matando a la isla. Todos lo palpamos. Tenemos la misma zarzamora que un caballero la trajo para cercar, pero nunca pensó que esto se iba a ramificar y que íbamos a tener como ahora las isla en general llena de zarzamora. Tenemos mucho eucaliptus que nos está consumiendo el agua. No soy botánico pero no le echo tanto la culpa al maqui ni a la murtila porque tienen propiedades. Tenemos que buscarle las propiedades. No es llegar y decir que hay que eliminar las especies exóticas. Si entramos a eliminar todo, eliminémonos nosotros también” (Pescador isleño, 46 años).

Existen especies que tienen un valor cultural para los isleños, como el chivo, que no constituye la base de su sustento económico, pero les aporta un recurso alimenticio muy apreciado por ellos y les permite mantener

una actividad personal y colectiva: forma parte de lo que son en la medida que expresa su identidad insular. Por otra parte, el haber asimilado el lenguaje ecológico para instituir y simbolizar sus relaciones sociales los acerca cada vez más a los valores conservacionistas. Aun así, los isleños buscan ser tomados en cuenta, tanto como objeto de la planificación como sujetos en la toma de decisiones.

“Yo creo que hay muchas formas de hacerlo, ahora creo que no me corresponde decir cuál si o cuál no, considerando que hay gente que tiene mucha más capacidad técnica para definir también como hacer un manejo posible. Ahora, desde el punto de vista de las políticas públicas, no puedes abordarlo como Parque Nacional separado de una comunidad, sino que hay un todo y debe ser visto como un todo. En ese sentido, creo que hay que aplicar un manejo ecosistémico hoy en día, no solo en función de la biodiversidad, sino que también en función de la globalidad que enfrentamos como seres humanos. Creo que hoy en día nos corresponde tener una mirada apuntando hacia la supervivencia de las especies completas del planeta y obviamente también valorizando la riqueza de la biodiversidad en función de esa supervivencia futura. Pero creo que quizá algunas cosas son un lujo, y creo que hoy en día debiéramos apuntar mucho más a manejos con todos los aspectos: el aspecto económico, el aspecto idiosincrático, el aspecto cultural, sobre todo también el aspecto de la vida porque es el bosque el cual nos permite seguir viviendo acá. Creo que una forma de manejarlo tiene que ver con hacer participe de la administración, de los recursos y del territorio a su comunidad, y llegar a acuerdos con la comunidad, entendiendo también que hay procesos que idealmente debie-

41. En comunicación personal, Philippe Danton nos expresó que es importante destacar que la cabra silvestre no se encuentra en relación de equilibrio con los ecosistemas del Archipiélago. Es una especie exótica invasora altamente adaptable que ha generado desequilibrios ecológicos. Sin embargo, ha tenido efectivamente un rol en la regresión de las plantas nativas así como en la limitación de la expansión de las plantas invasoras. Esto significa que la solución a este problema no puede ser solamente la eliminación de este predador, sino que se necesita un conjunto de acciones para disminuir progresivamente la población de cabras, eliminar las plagas invasoras que se expanden rápidamente y entonces ocupar el espacio con plantas nativas locales para cerrar el medio e impedir la llegada de plagas. Efectivamente, la cabra tiene una función importante en el control de la expansión de las especies exóticas invasoras vegetales, pero no es un agente que contribuya al equilibrio ecológico de estas islas sino todo lo contrario.



Comunidad fernandeziana en la explanada familiar de Robinson Crusoe.
Fotografía: Macarena Maldonado.

ran haber ocurrido muchos años atrás. Pero creo que forzar esos procesos en un corto período de tiempo, de lo que ya no se hizo, es complejo y puede generar una respuesta adversa. En función de eso, yo creo que una buena primera etapa sería unificar criterios con la comunidad, plantear visiones de desarrollo en donde considere también los aspectos de raíces nacional ecosistémicos que también pesan en una comunidad y no solamente decir erradicamos esto o esto otro porque hay que erradicarlo. Creo que debiera verse como un plan integral con muchos años de ejecución en plazo, con las metas claras de año a año, qué queremos buscar, qué queremos lograr, y obviamente también todo condicionado a disponibilidad de recursos que para estos casos siempre es poco” (Alcalde isleño, 30 años).

De manera que la resistencia de parte importante de la comunidad isleña hacia CONAF tiene un trasfondo político y cultural. Hemos querido contribuir al entendimiento de este desencuentro exponiendo las coordenadas de la lógica isleña, lo cual además requiere la voluntad de democrati-

zar el proceso de planificación y la toma de decisiones sobre el territorio. El desafío que propone la comunidad insular del Archipiélago Juan Fernández a la ciencia y las entidades conservacionistas está planteado: al considerar la visión local, su equivoco conceptual, pero también su creatividad cultural, nos obligan a superar la oposición entre la naturaleza y la cultura para enriquecer la mirada hacia una perspectiva ecosistémica compleja. Esta propuesta resuena en los nuevos desarrollos conceptuales en torno al concepto de biodiversidad. Al respecto, Julien Vanhulst propone que, para asegurar un futuro sostenible: “La creación de espacios de concertación entre todos los actores debería preceder cualquier iniciativa futura. La administración podría inspirarse en la filosofía de conducta de las Reservas de la Biosfera para lograr este objetivo y desarrollar nuevos instrumentos de gestión”⁴². Es un desafío para las instituciones y para el conocimiento, y una oportunidad para iniciar nuevas vías de desarrollo local y generar modelos de prácticas sustentables que contribuyan a la protección y preservación del entorno natural de Juan Fernández ■

42. Jules Vanhulst, ‘Amenazas Y Perspectivas Para La Preservación de La Biodiversidad Del Archipiélago Juan Fernández’, *Revista Chilena de Estudios Regionales*, 2.2, 47-61 (p. 61).

6. Reflexiones finales

El análisis realizado nos ha permitido establecer que los isleños tienen una visión socializada de la naturaleza, así como una visión naturalizada de sus relaciones sociales. Esta realidad vuelve problemática la base conceptual que fundamenta la investigación, la distinción entre naturaleza y cultura, la cual está en la base de la visión naturalista del mundo que informa la creación de conceptos y perspectivas utilizadas para enfrentar la pérdida de biodiversidad en el Archipiélago Juan Fernández y el mundo. Este cuestionamiento nos obliga a dar un breve rodeo conceptual en torno a la condición cultural del viviente humano.

El ser humano es un mamífero que vive en sociedad bajo condiciones pautadas por un sistema de símbolos compartidos por todos sus miembros: la cultura. Como una alucinación colectiva relativamente coherente, la cultura define los parámetros de nuestra percepción, nuestros impulsos y nuestros deseos. Asimismo, la cultura define objetos, valores, categorías sociales y normas de comportamiento⁴³. Así, la cultura que compartimos con nuestra colectividad, es la que nos permite saber lo que sentimos íntimamente, nos vincula con otros y regula el comportamiento recíproco por medio de un sentido común que es particular a la sociedad a la que pertenecemos⁴⁴.

43. En este sentido, no existen pueblos salvajes porque toda sociedad humana, cualquiera que esta sea, tiene una cultura que ha evolucionado a lo largo de miles de años. Por otra parte, cada pueblo tiene una cultura determinada, aunque no sea una que la distinga ostensiblemente de otros grupos (identidad).

44. Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas* (Barcelona: Gedisa Editorial, 1992).

45. Sahlins, *La ilusión occidental de la naturaleza humana*.

46. Geertz.



Lobo fino de dos pelos, especie endémica del Archipiélago Juan Fernández.
Fotografía: Darío Castro.

A menudo, se ha definido el comportamiento cultural en contraste con la conducta “instintiva”, que estaría determinada por factores biológicos o genéticos y no por las costumbres y normas que se dan históricamente los pueblos para gobernarse. Así, la antropología se pregunta por aquello que todos los humanos tienen en común y aquello que explica las marcadas diferencias que encontramos en los diferentes pueblos de la historia y el mundo. Por ello, el antropólogo Marshall Sahlins ha planteado que la naturaleza humana es la cultura⁴⁵, en la medida en que el ser humano no presenta conductas innatas y todo lo que hace, dice y siente está determinado por el contexto sociocultural en el que se desarrolla. En ese sentido, lo que une a los humanos es la posibilidad de su diferencia. Como dice el célebre antropólogo Clifford Geertz, podemos pensar en la noción abstracta de humanidad, pero cuando vemos a un ser humano, siempre se trata de un chino, un chileno, un polinésico o un fernandeciano, situado en el tiempo y en el espacio, definido por sus costumbres y su situación en el orden social (género, edad, clase social, etc.)⁴⁶.

Por otra parte, tanto la naturaleza “interna” (lo que el ser humano es biológicamente) como la “externa” (el entorno natural en que este habita) están definidas cultural-

mente. Así, la idea de naturaleza y del ser humano separado de ella es una noción occidental que se remonta al mito adánico y más allá, siendo reforzada por la revolución industrial y las ciencias naturales. No todos los pueblos conocidos comparten esta organización del universo. Algunos entienden que todo lo que existe pertenece al ámbito de la “cultura”, puesto que todo lo que para la visión occidental comprende la naturaleza tiene intencionalidad y ocupa un lugar tanto en el cosmos como en la sociedad. Es el caso del animismo y del totemismo, por citar dos ejemplos⁴⁷. De este modo, la distinción entre naturaleza y cultura se desdibuja, cuestión conocida en antropología desde que se reconoce que la cultura humana surgió antes de que el *Homo sapiens sapiens* se desarrollara física y socialmente, siendo un factor operante en la evolución biológica y no un mero producto de la misma⁴⁸. Por esta razón, la cultura es también parte de la naturaleza y no se opone necesariamente a ella. Después de todo, la creación de mundos imaginarios depende de la capacidad que tiene el cerebro humano de desarrollar pensamiento simbólico, la cual depende tanto de factores biológicos como socioculturales. Si no podemos separar tajantemente lo cultural de lo biológico en nuestra “naturaleza interna”, en la “naturaleza externa” la dificultad no es menor. A menudo se distingue al ser humano del resto de las especies que componen un ecosistema, fundándose en el carácter perturbador de nuestra especie que, más que adaptarse al entorno, a menudo lo transforma y lo manipula según sus intereses, rompiendo el equilibrio al que las especies tenderían naturalmente. Se instaura así una discontinuidad entre naturaleza y cultura, siendo la segunda autónoma y en ocasiones no adaptada respecto del medio natural.

Pero no debemos olvidar que la naturaleza es una idea, un artefacto cultural (uno que ha sido técnicamente muy útil). A. J. Crutzen

47. Recientemente, se han desarrollado una serie de investigaciones tendientes a indagar sobre la universalidad de la distinción naturaleza/cultura que la perspectiva occidental parece reclamar como fundamental en su filosofía. En este sentido, los trabajos del antropólogo francés Philippe Descola han planteado que la visión naturalista, propia de la visión occidental desde la ilustración hasta el presente, no es de alcance universal, e identifica otros tres modos de definir la relación entre la interioridad de los seres (humanos o no humanos, vivos o muertos) y las relaciones con el mundo. Descola clasifica las diferentes ontologías posibles en cuatro tipos que no corresponden a una evolución sino a cuatro modalidades posibles: el animismo, el totemismo, el analogismo y el naturalismo. Sólo en este último la tajante distinción entre naturaleza y cultura es pertinente y significativa (Descola, 2012).

48. Geertz.

49. Crutzen, P. J. and E. F. Stoermer, “The “Anthropocene””, *Global Change Newsletter*, 41, 17–18.

ción entre el proceso social y el ecológico, lo cual es una de las posibilidades dentro del flexible espectro de la vida social humana. Sin intentar definir cuál de estos factores (el social o el ecológico) es el determinante, lo cierto es que es un problema práctico urgente que debe ser pensado.

En las islas oceánicas como las de Juan Fernández, la presión ecológica se agudiza. Al ser ambientes definidos y limitados, los efectos de la acción humana se presentan tempranamente. En este sentido, las islas pueden funcionar como modelos del planeta. El filme de ciencia ficción “Robinson Crusoe en Marte” de 1964⁵¹ es doblemente pertinente en este caso. Nos recuerda que la tierra también es una isla. Por lo tanto, estudiando una isla como Robinson Crusoe podemos hacer una contribución de alcance más general. Hemos mostrado la manera en que los isleños significan y viven su entorno natural y social, y, cómo bajo una apariencia familiar, se esconden unos códigos complejos que no siempre las instituciones que administran el territorio han sabido codificar.

Como corolario de esto, tenemos una serie de desencuentros y malentendidos entre las instituciones encargadas de la protección y conservación del ecosistema insular y la comunidad que lo habita. Esperamos que este libro pueda contribuir a un acercamiento tanto en el entendimiento de la lógica local como en la consideración de su existencia incorporada al parque. Este último aspecto se ha mostrado central en el discurso de los hablantes y se expresa bajo la figura de *la isla*. Cuando las instituciones conservacionistas, en especial CONAF, se refieren al parque, los entrevistados se refieren a la isla, entidad que bien puede referirse a la isla en la que se encuentren cuando hablan o a todas ellas como una unidad (el archipiélago) y que engloba tanto sus aspectos de geografía física y su ecología, como su geografía humana: la isla es una síntesis material, espiritual, psicológica y sociocultural, en la cual se concentra toda la historia de las relaciones de los isleños entre ellos y con el entorno (animal, vegetal, climático), así como con el exterior.

Expresión de lo anterior son las nociones isleñas relativas a lo endémico y a la noción de plaga. En la isla, lo endémico se remite a lo propio, lo local, lo que es exclusivo de la isla, entendiéndose por esto una determinada relación con el mundo que está caracterizada en oposición al estilo de vida urbano del continente: el isleño es fuerte, multifacético, se adapta al entorno, vive inmerso en un medio rústico, bruto, incluso, que le exige una respuesta segura. Por lo tanto, para ellos, lo endémico no se vincula tanto al dominio biológico como al sociológico. Lo mismo ocurre con la noción especie exótica invasora, que se subsume en el de plaga, el cual es categorizado a partir del grado de inconveniencia que presenta a la actividad humana, siendo secundarios los criterios conservacionistas. Así, una especie protegida como el lobo fino de dos pelos puede ser considerada como plaga y una especie declarada oficialmente como invasora, puede ser defendida por su utilidad y sus propiedades. El caso de la murtilla, el maqui o la cabra.

Los isleños manifiestan una gran preocupación por el estado de deterioro del medioambiente y están conscientes de que se debe en gran parte a la intervención humana. Identifican las principales especies endémicas y sus principales amenazas (ambas definidas nuevamente en relación a



Poblado San Juan Bautista, isla Robinson Crusoe.
Fotografía: Darío Castro.

50. Roy A Rappaport, *Cerdos para los antepasados: el ritual en la ecología de un pueblo en Nueva Guinea* (Madrid: Siglo Veintiuno de España, 1987).

51. Byron Haskin and Daniel Defoe, *Robinson Crusoe on Mars* ([Irvington, N.Y.]: Paramount Pictures, 1964).

sus ocupaciones e intereses comunitarios) y se manifiestan deseos de que las islas estén nuevamente pobladas por especies nativas y endémicas. A pesar de ello, por lo general son partidarios de controlar antes que de erradicar las especies exóticas invasoras, no sólo por la utilidad y el valor cultural que pueden presentar para ellos, sino por el efecto catastrófico que piensan que pueda tener una medida como esa, dada la función que algunas de las especies introducidas cumplen en el control de plagas o en la contención de la erosión. En este sentido, los entrevistados se muestran partidarios de controlar y sacar partido de especies como el maqui, la murtilla, el chivato o el ciprés, ya sea como materias primas para el autoconsumo o para emprendimientos económicos.

En cuanto a las instituciones encargadas de la administración del parque y la conservación de la biodiversidad y el medio ambiente, los entrevistados reconocen a CONAF y el SAG, el denominado Proyecto Holandés, Oikonos, Island Conservation y Océana. Las dos primeras, organizaciones estatales, son las más conocidas y las peor evaluadas. Las organizaciones no gubernamentales no son tan claramente identificables, pero están muy bien evaluadas, en contraste con la gestión de organismos que están obligados a proteger el patrimonio natural nacional y mundial del archipiélago. Las críticas más recurrentes y también las más contundentes son contra la administración de CONAF, a la cual se le atribuye la dificultad de no contar con los recursos necesarios, pero se le reprocha la carencia de una actitud proactiva y se duda de su competencia para cumplir su misión.

Las principales críticas que los isleños hacen son la falta de compromiso por parte del Estado hacia la conservación del Archipiélago, por un lado, y, por otro, la imposición de regulaciones arbitrarias e ineficientes por parte de CONAF y el SAG a la población, sin considerar su existencia como entidades pertenecientes al ecosistema local, ni su valor como sujetos de conocimiento y decisión respecto de lo que ocurre en lo que consideran su territorio.

Esta crítica se vincula con el reconocimiento por parte de los fernandecianos de la necesidad de generar una mayor conciencia respecto de la importancia y la necesidad de recuperar y conservar la biodiversidad de Juan Fernández, así como de aportar en la concepción de un plan de protección del parque que incluya la posibilidad del desarrollo local con el aprovechamiento y el control de ciertas especies exóticas invasoras cuya erradicación se considera imposible, inofensiva o indeseable.

En ese sentido, la principal conclusión de este estudio es que la comunidad isleña no se piensa a sí misma separada del parque, para ellos existe *la isla* y esta los incluye a ellos. Seguir ignorándolos sería un error tanto político como técnico. Los isleños proponen, desde un conocimiento que no es académico, un modelo ecológico que no puede ser ignorado, aunque sólo sea porque ellos existen y conviven con las especies que se busca conservar, pero también porque puede ser parte de la solución en la medida en que es parte objetiva de la biodiversidad local actual. Desde ese punto de vista, cualquier política que pretenda abordar el problema de la biodiversidad en Juan Fernández, es estéril si no incluye en su análisis a la población local. Esa es la conclusión que los propios isleños nos proponen.



Isla Robinson Crusoe.
Fotografía: Darío Castro.

Esperamos que estas páginas sirvan para el diseño de políticas de educación ambiental, concientización y conservación de especies *in situ* y *ex situ*, así como de la administración tanto del territorio insular en su totalidad y del parque nacional en específico. Creemos que el primer paso en este cometido es la entrega de información precisa, fidedigna y honesta por parte de las autoridades a la comunidad residente (tanto a los isleños como a los continentales), para lo cual es importante tener claridad respecto de los conocimientos, creencias y visiones que la población tiene sobre esos temas. Presentamos este escrito como una contribución al diálogo entre isleños e instituciones que administran su territorio en tanto que reserva natural, abogando por la necesidad de reconocer a la población local como un actor central en cualquier política o proyecto orientada a la conservación de los ecosistemas del Archipiélago.

No queremos concluir sin antes dedicar unas palabras al lector isleño. Hemos intentado dar un modelo lo más claro y riguroso posible de una parte fundamental de la cultura isleña, mostrando un patrón que inevitablemente simplifica para hacer manejable una realidad sociocultural infinitamente más compleja y heterogénea. Hemos insistido en lo inmerso que está el isleño en *la isla*, un pequeño universo marcado por caracteres ambivalentes: bello e intenso; idílico, salvaje y exigente. Pero estar inmerso en el entorno natural no implica necesariamente proteger la biodiversidad. Por esa razón, quisiéramos que este libro sirva de espejo para que el isleño pueda mirarse críticamente a través de las palabras de sus propios coterráneos.

¿El isleño nace o se hace? Yo me he hecho esa pregunta algunas veces. Yo creo que un isleño se hace, porque independiente que uno haya sido procreado o haya nacido acá, si uno nace en el continente, como pasa con muchos isleños que han nacido en el continente y a los 15 o 20 días ya están en la isla, entonces se ha criado con todo lo que la isla le puede dar. Independiente de que no hayan nacido acá, se han criado en el agua, sacando can-

grejos, jugando en el agua, en la lluvia, el tema social también está de por medio. Entonces el isleño se hace. Se hace andando en caballo, yendo a pescar, cosas así. Así tú te vas nutriendo de todas las cosas que la isla te va dando. Yo creo que el isleño se hace, y por eso me molestan algunas personas que nacieron en la isla y se hacen llamar isleños, cuando yo voy caminando detrás de ellos y los he visto botar una lata de cerveza en la calle y después andan cantando “Isla mía querida”, que te quiero mucho y qué se yo, y después van a las cuevas y dejan todo sucio. Yo les diría que para sentirse isleño de verdad, hay que querer la isla. Eso es lo primero. Porque la isla te da un techo, la isla te da que comer, te da donde dormir, donde jugar, donde estar tranquilo; la isla te da paz. Y para eso, así como tú le “quitas” a la isla, tú le tienes que dar. Le tienes que dar cariño, la tienes que cuidar, la tienes que limpiar. Hay que cuidar la isla. Es fácil, es simple. Para mí es súper simple (Empresario de turismo, isleño, 36 años) ■

Sobre algunos objetos que venden los habitantes de las Islas de Juan Fernández. Apuntes folklóricos⁵²

Gualterio Looser,
Ayudante ad honorem de la
sección de antropología del
Museo Nacional

De las tres islas que constituyen el Archipiélago Juan Fernández, sólo Más A Tierra, la más próxima al continente, está habitada. Su población, que no alcanza las 300 almas, está concentrada en el puerto de San Juan Bautista o Bahía Cumberland. Viven casi exclusivamente de la pesca de langostas (*Palinurus frontalis*) y en menor escala de otros peces, tales como el bacalao de Juan Fernández (*Polypyrion oxigenois* J. E.). La agricultura, salvo hortalizas y frutas para las necesidades domésticas, carece de toda importancia. Además, los isleños confeccionan diversos objetos muy apreciados por los excursionistas que año a año llegan en mayor número a sus solitarias playas, desde que la Pacific Steam Navigation Company inaugurara sus viajes de turismo a Juan Fernández hace 5 o 7 años y en los cuales hemos tomado parte tres veces.

Entre los objetos producidos por los isleños, en primer lugar tenemos los bastones de chonta. Como lo indica su nombre, están confeccionados con madera de la palma *Juania Australis* Drude, o chonta. Los bastones más apreciados son los de color bien negro, o sea, la capa externa del tronco del árbol, pues hacia adentro se pone blanquizca y blanda. Las partes negras están formadas por líneas interrumpidas, siendo los espacios que que-

dan entre ellas de color amarillo. La corteza, que se elimina para hacer bastones, es amarilla cuando está seca y de un hermoso verde claro cuando está viva la palma. Sólo la parte recta de los bastones es hecha de chonta. El puño, sea curvo en forma de semicírculo, sea como porra, es siempre de otra madera, pues la chonta no se presta para doblarla o, por lo menos, los isleños no lo intentan por falta de instalaciones adecuadas. La madera que usan para el puño es la luma de Más A Tierra (*Myrceugenia fernandeziana* (H & A.), Johow), es durísima y de color café claro. Con menos frecuencia se emplea para el mismo fin el michay (*Berberis corymbosa*, Hook. & Arn.), el que es de color anaranjado y durísimo también. El Dr. Johow dice que «las ramas derechos suministran muy bonitos bastones», pero nosotros no los hemos visto⁵³.

Las conteras de los bastones, nunca son de metal sino de hueso de ballena de color blanquecino y muy compacto.

También se ven bastones totalmente hechos de luma, el árbol más común de la isla, motivo por el cual tiene muchas aplicaciones (embarcaciones, etc.). Mucho más escasos son los bastones de sándalo (*Santalum fernandezianum* F. Phil.). Se cotizan a razón de \$ 80 a 100⁵⁴, mientras que el valor de los de

52. Publicado en la Revista Chilena de Historia Natural, Volúmen 31, Número 1, 1927. Pp. 240-244. Leído en sesión general de fecha 15 de Mayo de 1927 de la Sociedad Chilena de Historia Natural.

53. Johow (Dr. Federico). Estudios sobre la flora de las Islas de Juan Fernández., Santiago de Chile, 1896, pág. 115.

54. En 1927 la moneda chilena se cotizaba en 8,27 dólares. Por lo tanto, haciendo los ajustes debidos a la inflación, los 827 dólares que correspondían a los 100 pesos de la época, hoy serían US\$ 11541,83. El cálculo se realiza a partir de los datos y la conversión disponible en el sitio Web del Bureau of Labour Statistics del United States Department of Labor. Disponible en: https://www.bls.gov/data/inflation_calculator.htm. Revisado el 9 de marzo de 2017.

chonta no pasa de la cuarta o tercera parte. Hoy en día, el sándalo es un árbol extinto: el último pereció entre los años 1908 y 1916⁵⁵, pero pueden adquirirse de los isleños cantidades bastante grandes de madera que no tienen otro atractivo, salvo su olor que es muy aromático y usado para perfumar muebles, guardarropas, etc.

Se pueden ver bastones cuyos puños de luma, por ej., tienen incrustaciones de chonta, sándalo, etc. Los fernandecianos fabrican sus afamados bastones con verdadero gusto. Los trabajan completamente a mano y los venden muy bien terminados, barnizados o no.

También pueden comprarse en la isla listones en bruto, simplemente cortados al largo para hacer terminar los bastones. Estos listones miden unos 85 centímetros de largo por 2 cm de ancho y otros tantos de grueso. Además, se ven tablillas de las cuales pueden salir 2 a 4 bastones. En cada una de nuestras tres excursiones a Juan Fernández, hemos visto grandes cantidades de chonta elaborada o en bruto, y podemos decir que casi no hay viajeros que no compren algo, los que no son pocos. En nuestro último viaje a bordo del Orduña (11-15 de febrero de 1927), iban más de 700 pasajeros, en general era gente adinerada que no vacila en pagar caro un capricho. Se comprende que en estas condiciones la existencia misma de la chonta corre grave peligro. Ya es muy escasa y sólo crece en lugares abruptos y solitarios. Desde nuestro penúltimo viaje en diciembre de 1925, hemos notado la desaparición de varios ejemplares que habíamos visto de esta hermosa especie de la flora chilena. Los insulares nos dijeron que las autoridades ponían dificultades para cortar chontas. Creemos más bien en un ardid comercial de ellos, pues si existen disposiciones en ese sentido, quiere decir que las autoridades las hacen cumplir muy mal. Aún pedazos recién cortados y completamente verdes nos ofrecieron la última vez que estuvimos allá.

También se confeccionan con madera de chonta cajitas rectangulares con tapas. Vi-

mos una con incrustaciones al modo de mosaico que era toda una pequeña obra maestra de paciencia y delicadeza.

Ahuecando trozos de tronco de chonta, o sea, sacándole la parte interna blanda, hacen unas especies de tubos de 18 a 20 centímetros de largo. El diámetro depende del diámetro del tronco. Los que vimos no pasan de 15 centímetros. A veces estos tubos llevan tapa y patitas.

También vimos portaplumas de chonta y de sándalo y otros chiches menudos.

A Pedro Arredondo, el decano de los isleños, pues vive allá 61 años y hace unos 30 que no va al continente, le compramos una langosta (*Palinurus frontalis* M. E.) conservada seca. Había sido preparada por el mismo con la pericia de un experto taxidermista. No le falta una pieza y tiene además la curiosidad de ser anómala, pues las antenas están enroscadas en lugar de ser rectas. Estos casos son naturales, según nos dijeron los pescadores y se presentan muy raras veces. Estos crustáceos así preparados no son muy apreciados por los viajeros, pero vimos varios.

Abriendo un paréntesis diremos que Arredondo fue quien descubrió el último sándalo vivo. Aunque es un anciano poco comunicativo, se endulzó de súbito cuando le recordamos ese incidente de su vida y nos pidió detalles del Dr. Johow, quien fue la persona que



Artesano en chonta.
Fotografía: Pedro Arredondo.

55. Skottsberg (Carl). The Phanerogams of Juan Fernández Islands. En The Natural History of Juan Fernández and Easter Island edited by Dr. Carl Skottsberg, vol. II. part II, pag. 117. Uppsala 1922. Véase también del mismo autor: Juan Fernández öarnas sandelträd, en Svensk Bot. Tidskr. IV (1910).

le encargó que buscara sándalos, cuando este naturalista hizo su famosa exploración científica de la tierra de Robinson Crusoe.

Arredondo nos vendió picaflores disecados. Tenía gran cantidad que los viajeros compran por sus vivos colores. Los isleños no los embalsaman, sino les sacan someramente las entrañas y los dejan secar. Nosotros adquirimos, a peso cada uno, varios picaflores comunes (*Eustephanus galeritus* Mol.) y después de insistir no poco, conseguimos varios machos y hembras del picaflores endémico de Más A Tierra (*Eustephanus fernandensis* King), tan notable por su pronunciado dimorfismo sexual.

Además, Arredondo tenía para la venta dos o tres cuadros hechos con musgo, picaflores, conchas y otras cosas menudas, representando montañas o paisajes marinos. Son conjuntos ingenuos y grotescos. Los objetos van fijados por medio de alfileres y cola.

A modo de perchas o ganchos para colgar ropa o sombreros usaba Arredondo cuernos de las cabras salvajes de la isla. Estos «cachos» son negruzcos y muy enroscados. Ofrecimos comprarle un par, pero se negó. Nos dijeron que las cabras salvajes se han vuelto hoy muy escasas. También curten las pieles de estos animales. Son de color café oscuro con una faja negra a lo largo de la espina dorsal.

Por fin, recordaremos un velerito de juguete que nos ofreció un pescador, hecho con verdadera destreza; pero por el cual pretendía un precio fantástico.

Como se ve por la exposición anterior, la técnica empleada como sus aplicaciones prácticas carecen de originalidad. Sus fabricantes son casi todos originarios de las partes más diversas de Chile y hay también varios extranjeros (franceses, alemanes, daneses), y confeccionan los objetos mencionados exclusivamente para los turistas, no pudiendo tener estilo propio. En cambio, casi todos los materiales empleados son exclusivos de Juan Fernández. Como se sabe, la chonta, el sándalo, la langosta, el picaflores grande (*Eustephanus fernandensis*) son endémicos de la isla. Aun, la misma cabra salvaje que recuerda las aventuras románticas de los bucaneros ingleses y franceses, constituye en cierto modo una variedad peculiar del archipiélago. Todos estos factores han servido de base a la pequeña industria local a que nos referimos y que no carece de cierto interés folklórico, no obstante sus modestas proporciones. Sólo es de sentir que la excesiva explotación ponga en peligro la existencia de varias especies, sin contar el sándalo ya extinguido, y es muy de temer que en un plazo breve desaparezca esta industria por la extinción de la materia prima ■

Santiago, 4 de marzo de 1927



Parque Nacional Archipiélago Juan Fernández y Reserva de la Biósfera.
Fotografía: Proyecto GEF/MMA/PNUD EEI

Mi último viaje a Juan Fernández⁵⁶

Filomena Ramírez B.

En mi reciente viaje a Juan Fernández a bordo del «Reina del Pacífico», pude apreciar mejor que antes el progreso de los isleños y su afán por reunir, para la llegada anual de los vapores a sus costas, multitud de objetos preparados con madera de chonta, aparte de los trozos de esta madera destinados para la preparación de bastones o los bastones hechos, además objetos tales como cajitas con enchapado de chonta, barrilitos hechos de trozos de chonta de 10 a 12 cm de diámetro, lo que muestra la destrucción de ejemplares nuevos; palillos confeccionados con la misma madera, etc.

Los helechos de un metro y más de altura se sacan de raíz o simplemente se toman ejemplares con su rizoma incompleto destinados a morir a las pocas semanas de llegar al continente.

Fuera de la calle principal que corre paralela al mar, subimos por una corta callejuela perpendicular a la primera y en una casa encontramos multitud de plantas de helechos de diversos tamaños arregladas en filas para la venta. Todo esto nos hizo ver que no existe en la isla ningún control para los naturales ni para los turistas que sin piedad sacan las plantas que les llama la atención.

Los pocos ejemplares de chonta (*Juania australis*) que subsisten van a desaparecer dentro de poco; no hablaremos del sándalo (*Santalum Fernandezianum*) casi extinguido, pues los pequeños trozos que usan los isleños, son restos semi-fósiles que existen en diversos puntos de la isla desde la época de la Conquista en que se cortaba esta preciosa madera y se enviaba al Perú, pagándose un peso el quintal, el que se revendía en Europa y Estados Unidos en veinte y más pesos.

En las exploraciones hechas por el Dr. Federico Johow en enero de 1802 encontró, des-

pués de cinco meses de activa búsqueda, un sólo ejemplar vivo a 300 metros sobre el nivel del mar en medio del bosque que cubre el costado Oeste de la gran quebrada que desemboca en Puerto Inglés. Este ejemplar tenía 9 metros y medio de altura.

En un elocuente artículo del señor Santa Cruz, profesor de la Universidad de Concepción, leímos el 20 de enero que el Ministro de Tierras había declarado a Pascua y Juan Fernández «Reservas Nacionales». Pide el señor Santa Cruz que se incluya en esta lista el bosque de Fray Jorge en la provincia de Coquimbo y Sierra Pelada cerca de Valdivia.

Puedo agregar que, aparte de estos sitios existen otros no menos interesantes para las ciencias, en las ex-provincias de Malleco y Chiloé (bosques de robles, *Nothofagus obliqua*), de araucarias (*Araucaria imbricata*), de alerces (*Fitzroya patagonica*), mañiu (*Saxegothea conspicua*), que no son abundantes y como material de estudio, indispensables en las investigaciones sobre las Gimnospermas.

Cuando nuestros conocimientos en Botánica hayan aumentado, los estudiosos no encontrarán ya los célebres helechos arbóreos, ni el sándalo (salvo en Más Afuera), ni la chonta, ni *Lactoris fernandeziana*, ni los alerces de Piuchué, etc.

Convendría que la Sociedad Chilena de Historia Natural hiciese un estudio de todos los sitios del país que deben contarse como «Reservas Nacionales» y en seguida dirigirse al Ministerio de Tierras o a las autoridades competentes para que se dicten las leyes del caso y se las haga respetar ■

Santiago, 17 de abril de 1935.

56. Publicado en la Revista Chilena de Historia Natural, Volumen 39, Número 1, 1935. Pp. 57-59. Leído en sesión general del 17 de Abril de 1935 de la Sociedad Chilena de Historia Natural.

El sándalo de Juan Fernández

Federico Philippi.

Santalum Fernandezianum f. *Ph.* (*Eusantalum pc.*)⁵⁷

Lám. L

Árbol, cubierto en el tronco y en las ramas gruesas de una cáscara de color pardo-negruzco cuando vieja, y oscuro-ceniciento cuando nueva; con la altura blanco-amarillenta y el corazón rojizo, con un color igual a aquel del Sándalo blanco, y bastante pesada. Las ramas nuevas son estriadas, de color ceniciento-rojo, y cubiertas de pequeñas verrugas solo visibles con lente. Las hojas son opuestas, rara vez y solo en las ramas más nuevas alternas, herbáceas, oblongas, a veces algo en forma de hoz, agudas en la punta o rara vez algo obtusas, estrechadas en la base en un corto pecíolo, nerviosas y mas pálidas por la cara inferior. Las flores están dispuestas en panojas terminales, multifloras, con ramitas opuestas que llevan cada una tres flores provistas en su base de una bractéita trisaovada-linear. En todos los ejemplares no hay más que uno solo con inflorescencias, pero estas llevan solo botones muy pequeños. — Las hojas más grandes tienen 58 mm, incluso el pecíolo de 5 mm.

Esta interesante planta es de la isla de Juan Fernández, donde parece ser muy rara, y aunque los autores antiguos hablan de la planta como muy abundante, el Sr. Gay dice en la *Historia de Chile*, Botánica., tom. X, p. 326: «En otro tiempo era mui común en la Isla de Juan Fernández, pero perecieron todas en un mismo año i hoy no se encuentra sino troncos muertos.» Esto último se ha creído generalmente, pero no tengo idea de donde Gay haya tenido la noticia, de que todas estas plantas hayan muerto en el mismo año, y tampoco se puede entender cómo el botánico que redactó esta parte de la flora de Chile pudo decir que era el *Santalum album*

L., pues creo que ni el nombre vulgar ni el olor especial de una madera bastan para clasificar una planta.

Era conocido que se hallaban en esa isla, más o menos enterrados en la tierra, trozos, a veces bastante grandes, de una madera rojiza, pesada⁵⁸, del mismo olor como el sándalo de la India, pero ninguno de los visitantes de la isla había visto una planta viva, y se creía que había dejado de existir del todo. El Museo de Santiago conserva desde 1834 dos trozos de madera: el uno de 80 cm de largo que desde un estremo de 16 cm de diámetro se adelgaza poco a poco, es manifiestamente una raíz; el otro de 74 cm de largo, hasta 33 cm de ancho y solo 7 cm de grueso, tiene la apariencia como si fuera de la circunferencia de un árbol muy grueso; en ambos no hay vestigio de corteza.

En el año 1868 se halló la corbeta chilena «Esmeralda» en Juan Fernández, y entre una partida de leña comprada a los moradores de la isla, había un árbol con ramas y aún algunas hojas, cuyo olor aromático llamó la atención de uno de los oficiales, quien hizo cortar un pedazo que lo dio al Sr. D. Francisco Vidal Gormaz, y este lo cedió al Museo: era sándalo.

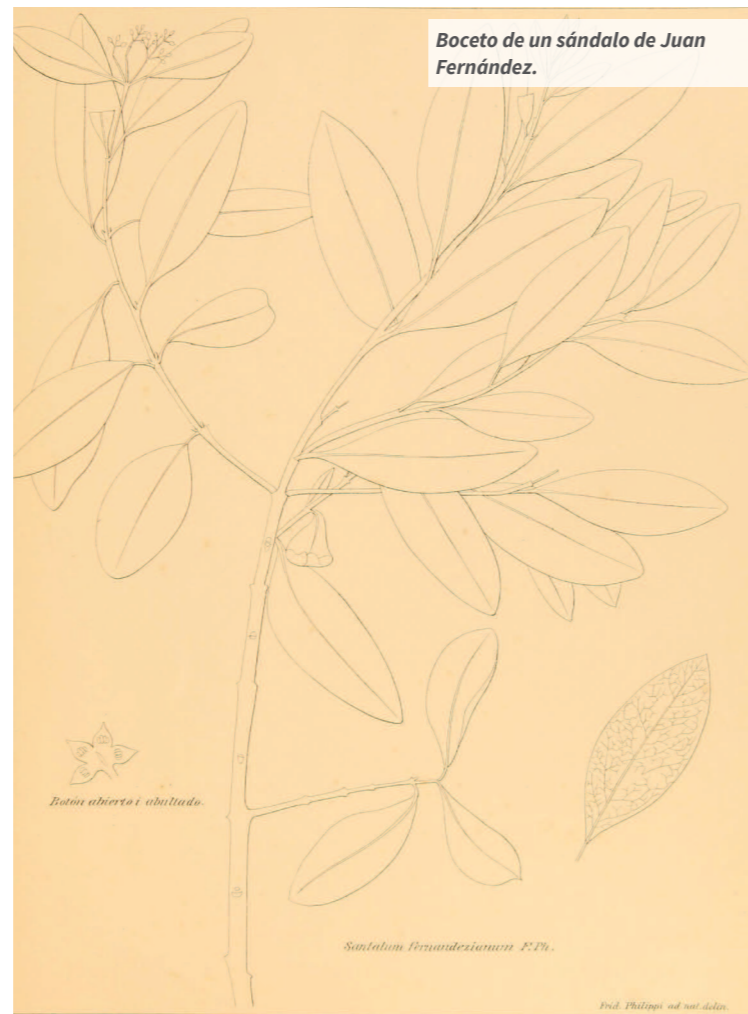
La primera prueba que esta madera era sándalo, la dio el profesor de Botánica en Halle, Dr. Kraus, a quien el Museo había remitido una colección de maderas chilenas, y entre estas un pedacito de sándalo de Juan Fernández y un trocito de sándalo legítimo de Tahiti; hizo cortes de ambas maderas y las examinó al microscopio, y llegó a la conclusión que la estructura del sándalo de Juan

57. Publicado originalmente en los Anales del Museo Nacional de Chile, Sección Botánica. Santiago de Chile, 1892.

Fernández era idéntica con la del sándalo verdadero. (*Bericht der Natuforschenden Gesellschaft zu Halle*, 1882, p. 819)

El Sr. D. Gustavo Flühmann me trajo a fines de 1888 un atadito de ramas del sándalo, que le había procurado un hermano suyo residente en Valparaíso, quien se hallaba en relaciones comerciales con el Sr. de Rodt, arrendatario de la isla; pero desgraciadamente eran sin flores, solo una rama mostraba botones muy pequeños. Principié luego a examinar la planta y a hacer un dibujo, pero otros trabajos me impidieron hasta hoy concluirlo. No obstante, la pequeñez de los botones, pude ver en uno preparado convenientemente y bajo el simplex, que era en verdad una especie de *Santalum* en sentido de De Candolle, pero no pude averiguar si pertenece entre los *Eusantalum* a la primera sección o a la segunda, que algunos consideran como un género especial que llaman *Fusanus*. Este sándalo difiere bastante de todas las especies publicadas hasta ahora, de que yo tengo conocimiento; tiene bastante semejanza con el *S. Freyeianum* Gaud., pero no es la misma especie.

Las 20 especies descritas en el *Prodromus* de De Candolle, tom. XIV, p. 68-686, se hallan distribuidas de la manera siguiente: 1 en la India, 14 en Australia, 1 en Nueva Zelanda, 3 en las islas Sandwich y 1 en las islas Marquesas. Este último lugar, situado a 140° longitud este i 40° latitud austral es el punto más cercano a Juan Fernández, donde hay sándalo, pero no es probable que este sea idéntico con el de Juan Fernández, por la enorme distancia que media entre ambos puntos, y en la cual no hay ninguna isla intermedia. Esta última razón me ha animado a dar a la publicidad este pequeño trabajo, el que completaré tan pronto como me sea posible conseguir flores o frutos de esta planta, que no sería tan rara como se supone, pues hará como dos meses que el Sr. Doctor Delfin de la O'Higgins, nos mandó algunas ramas frescas del sándalo que había obtenido en Juan Fernández ■



58. El peso específico es de 0.94:1, según determinación hecha por el Sr. Dr. Beutell.

Archipiélago Juan Fernández: Una mirada a la historia y las invasiones biológicas

Fernando Baeriswyl R.,
Coordinador Proyecto GEF EEI

La historia del Archipiélago Juan Fernández tiene una riqueza y variedad de hechos asombrosos, cuyos diferentes acontecimientos se han sucedido a través del tiempo, muchos transformados en leyendas como la búsqueda de grandes tesoros, como también otros transformados en joyas literarias, como la novela Robinson Crusoe. Este conjunto de islas, tiene además una dramática historia de paulatina destrucción de su vegetación endémica, única en su tipo, la cual evolucionó por millones de años alejada del continente, pero que comenzó a verse amenazada con la llegada del ser humano, que llevó especies foráneas de animales y plantas, rompiendo el equilibrio ecosistémico y la armonía de su naturaleza.

El Archipiélago se ubica a 670 kilómetros de la costa de Chile, frente al puerto de San Antonio. Está compuesto por tres pequeñas islas; la mayor de ellas denominada históricamente como “Mas a Tierra” y actualmente bautizada como Robinson Crusoe. Hacia el poniente y cercana a esta se encuentra Santa Clara, la más pequeña de todas. Finalmente, alejada de las dos primeras y a 165 km al oeste se encuentra la isla “Mas Afuera”, actualmente bautizada como Alejandro Selkirk.

Desde los tiempos de la conquista española este grupo de islas en medio del Océano Pacífico, fue el fondeadero obligado de audaces navegantes que visitaban las costas de América, ya sea por exploración, comercio, guerras o piratería. En uno de estos viajes, el archipiélago fue descubierto por el avezado capitán Sevillano y piloto mayor de España, Juan Fernández en el año 1574.

En aquella época la navegación entre el puerto Callao de Lima y Valparaíso, para el abastecimiento de soldados y pertrechos a Pedro de Valdivia en la capitanía de Chile, demoraba casi seis meses. Los galeones españoles debían navegar contrario a la corriente de Humbolt y los vientos del sur, siempre cercanos a la costa y obligados a anclar sus barcos en las caletas o amarrarlos en las rocas durante la noche. Juan Fernández planeó una audaz iniciativa, alejándose de la costa e internándose al océano, donde probó que las corrientes y los vientos australes no existían, descubriendo el grupo de islas, que posteriormente solicitó como dominio.

Sus compañeros de conquista lo denominaron “el brujo”, puesto que haciendo la navegación del Callao al archipiélago y de allí a Valparaíso, el tiempo de viaje era de tan solo 30 días. Esto le significó a su regreso tener que probar su inocencia ante la “Santa Inquisición” en Lima, cuya explicación frente a los rigurosos jueces afortunadamente fue creíble, ya que tenía gran destreza como marino que había participado desde los orígenes de la conquista, prestando servicios a Francisco Pizarro y Diego de Almagro.

Juan Fernández fue el primer colono del archipiélago. Se instaló en la isla “Más a Tierra”, llevó sesenta indios para la explotación de aceite de lobo marino y pescados, construyó un poblado e inició comercio con Perú. He aquí que introduce cuatro cabras, las que se reprodujeron rápidamente formando al poco tiempo grandes manadas. Fernández estaba deslumbrado por la belleza de las islas y quería permanecer en

ellas, sin embargo por cosas del destino su barco sufrió un naufragio en el cual perdió todos los bienes que poseía; este hecho sumado a la negativa del Rey de España de entregarle los títulos de propiedad que había solicitado, lo conminaron a quedarse en el continente. Anciano, con ochenta años y arruinado, se radicó en Quillota hasta sus últimos días.

Estas paradisíacas islas quedaron abandonadas por un siglo, periodo en el cual animales y plantas dejados por Juan Fernández se reprodujeron libremente hasta 1664, cuando recaló en la ensenada de “Mas a Tierra” el provincial de la Compañía de Jesús Diego de Rosales, quien al igual que Juan Fernández quedó extasiado por la belleza del paisaje exuberante, la cantidad de lobos de mar y el perfumado ambiente del sándalo, árbol endémico de la isla actualmente extinto. Se quedó a vivir en la isla y diseminó árboles frutales y hortalizas, que se adaptaron muy bien a las condiciones climáticas. Finalmente, debido a sus compromisos misioneros, tuvo que abandonar la isla con gran tristeza. Esta segunda colonización introdujo nuevas especies, las que al igual que las cabras, lograron adaptarse al ecosistema insular.

A partir de este hito, la isla comenzó a ser lugar obligado de recaladas de fatigados navegantes que se reponían de las penurias de

sus periplos y a su vez abastecían sus bodegas con madera, alimentos y agua. A finales del siglo 17 las cabras destrozaban los árboles, y la isla estaba saturada de ratas, caballos, vacas, burros, conejos y ovejas.

Después de Diego de Rosales, llegaron los pilotos holandeses Sbouten y Le Maire, descubridores del Cabo de Hornos, con su tripulación agonizante. La isla les proveyó descanso, alimentos y agua antes de continuar su vuelta al mundo. Los siguientes navegantes fueron la escuadra holandesa del comandante Jacobo L´Hermitte, para combatir a España, para quienes también la hermosura de la isla fue seductora. Seis de ellos solicitaron quedarse en tierra, viviendo en soledad por casi un año, hasta que un barco español que buscó abrigo en la bahía los descubrió. Habitantes solitarios continuaron apareciendo en la historia del archipiélago, siendo el siguiente un naufragado de raza negra que vivió en solitario durante muchos años hasta ser rescatado por corsarios.

Fue en esta época que la isla “Mas a Tierra” comenzó a ser el punto de descanso y de reparto de botines de todos los piratas, corsarios y filibusteros de las costas del pacífico. Se suman famosos nombres tales como Francis Drake, Diel D´Enambruck, Francisco Nau “El Olonés”, Montbran “el exterminador”, Bartolomé Scharp y otra decena de siniestros “hermanos de la costa”. La isla sir-



Fotografía: Colección Museo Histórico Nacional

vió de guarida para descanso, reparación de sus naves y abastecimiento, antes de continuar la navegación. Gatos, ratas, palomas y otras especies llegadas con los marinos, fueron sumándose a la lista de destructores del equilibrio y la evolución.

Con tanto movimiento de navíos y personas, la gran cantidad de árboles que cubrían las islas fueron talados para obtener madera y leña. Una de las especies endémicas que más se vio afectada por la explotación fue el sándalo, árbol de madera tan fragante que, según cronistas de la época, impregnaba de olor el aire de la isla. Ya a comienzos del siglo XX este árbol había desaparecido. En el siglo XVII, la costa y faldas bajas quedaron desnudas, con campos expuestos a la erosión y vulnerables a malezas introducidas. Años más tarde recalán en la bahía mayor de “Mas a Tierra” dos navíos, el “San Jorge” y el “Cinq Ports”, comandados por los capitanes Dampier y Strandling. Habían partido de Londres y venían de cruzar el Cabo de Hornos, con una tripulación a punto de amotinarse, agotada por el brutal trato que habían recibido durante meses. En esta ocasión, el contraemaestre Alejandro Selkirk fue abandonado en tierra por el capitán Strandling, con tan solo su biblia, un fusil, una caja de ropa, un hacha, una bolsa de tabaco, una libra de pólvora y un cortapluma. La vida solitaria que llevó por cuatro años y medio adquirió fama universal, y su aventura sirvió de base para el escritor Daniel Defoe en su obra “Robinson Crusoe”.

Construyó una cabaña en la playa y otra en medio del bosque en altura, sirviéndole de vigía, alimentándose de las cabras que cazaba, mejorando las plantaciones que había establecido el jesuita Rosales y domesticando gatos para controlar las ratas. Selkirk fue muy ingenioso para sobrevivir en solitario, marcando con su hacha el tronco de un árbol para contar los días, meses y años. Además, subía a diario el actual Cerro el Yunque, donde tenía un mirador para otear el océano a la espera de un barco. Finalmente fue rescatado el 31 de enero de 1709.

La isla continúa su evolución con una riqueza impresionante de hechos históricos, como la fortificación en 1749 por parte de España del Puerto Inglés, Puerto Francés y Fuerte Santa Bárbara en Juan Bautista, para evitar que la isla fuera refugio de corsarios y piratas que asolaban las colonias; también fue lugar de exilio para los patriotas chilenos de la primera Junta de Gobierno durante la independencia de España; el hundimiento del crucero alemán SMS Dresden en la bahía de Cumberland en 1915; como así también prisión para reos comunes y políticos (1927 al 1931). La historia nos muestra numerosos intentos de colonización, pero quien finalmente logró formar una población estable fue el pionero suizo barón Alfred von Rodt, quien llegó a la isla “Mas Adentro” en el año 1876, estableciendo actividad económica y trayendo colonos, cuyos descendientes permanecen hasta el día de hoy en el actual poblado de San Juan Bautista.

En cada una de las estadias de navegantes, naufragos, habitantes solitarios, establecimientos españoles, presidiarios y finalmente colonos, las invasiones biológicas se fueron asentando en el archipiélago. Ya en 1896 el naturalista Federico Johow alertaba en un artículo de la época sobre el peligro que representaba el avance de especies como el maqui en las islas del archipiélago. De acuerdo a la información y estudios recientes, las principales especies que han desplazado a la vegetación endémica son el maqui (*Ugni molinae*) introducido en 1894, la mora (*Rubus ulmifolius*) introducida en 1927 y la murta (*Aristotelia chilensis*) desde principios del siglo XX. Estas tres especies en su conjunto representan la causa de casi la mitad del bosque endémico perdido ■

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Atholl, Simon Haberle, Gloria Rojas, Andrea Seelenfreund, Ian Smith, and Trevor Worthy, 'An Archaeological Exploration of Robinson Crusoe Island, Juan Fernandez Archipelago, Chile', in Fifty Years in the Field: Essays in Honour of Richard Shutler Jnr's Archaeological Career, Archaeological Association Monographs, 25 (Auckland: New Zealand Archaeological Association, 2002), pp. 239–49

Brinck, Guillermo, 'Identificaciones y Estrategias Culturales en la Isla Robinson Crusoe. Análisis Componential de Categorías Identitarias', Synergies Chile, 2010, 15–46

———, ed., Memorias Insulares: Archipiélago Juan Fernández (Valparaíso: Editorial PuntAngelos, 2005)

Brinck P, and Guillermo, Las mutaciones de la merluza austral: historia, cultura y economía política en Isla Toto/Puerto Gala (Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2011)

Conkling, Philip, 'On Islanders and Islandness', Geographical Review, Islands, 97 (2007), 191–201

Crutzen, P. J., and E. F. Stoermer, 'The "Anthropocene"', Global Change Newsletter, 41, 17–18

Danton, Philippe, 'El archipiélago Juan Fernández, una joya biológica en peligro', in Archipiélago Juan Fernández: historia y biodiversidad en latitud 33° sur, by Gabriel Pérez Mardones and Pedro Niada Marín, 2015

———, 'La « Myrtisylve » de L'archipel Juan Fernández (Chili), Une Forêt En Voie de Disparition Rapide', Acta Botanica Gallica, 153 (2006), 179–99 <<http://dx.doi.org/10.1080/12538078.2006.10515536>>

Danton, Philippe, Christophe Perrier, and Guido Martinez de Reyes, 'Nouveau Catalogue de La Flore Vasculaire de L'archipel Juan Fernández (Chili) Nuevo Catálogo de La Flora Vasculare Del Archipiélago Juan Fernández (Chile)', Acta Botanica Gallica, 153 (2006), 399–587 <<http://dx.doi.org/10.1080/12538078.2006.10515559>>

Francis, John, Daryl Boness, and Hugo Ochoa-Acuña, 'A Protracted Foraging and Attendance Cycle in Female Juan Fernández Fur Seals', Marine Mammal Science, 14 (1998), 552–74 <<http://dx.doi.org/10.1111/j.1748-7692.1998.tb00742.x>>

Geertz, Clifford, La interpretación de las culturas (Barcelona: Gedisa Editorial, 1992)

Haskin, Byron, and Daniel Defoe, Robinson Crusoe on Mars ([Irvington, N.Y.]: Paramount Pictures, 1964)

Municipalidad de Juan Fernández, 'Actualización Plan de Desarrollo Comunal 2015-2020', 2015

Programa Conservación de la Biodiversidad Archipiélago Juan Fernández, 'Archipiélago Juan Fernández, Sitio Prioritario Para La Conservación de La Biodiversidad Global. Sistematización Del Estado Actual Del Conocimiento.', 2009 <<https://biodiversa.files.wordpress.com/2010/04/archipielago-juan-fernandez-sitio-prioritario-para-la-conservacion-de-la-biodiversidad-global-sistematizacion-del-estado-actual-del-conocimiento.pdf>> [accessed 12 April 2016]

Rappaport, Roy A, Cerdos para los antepasados: el ritual en la ecología de un pueblo en Nueva Guinea (Madrid: Siglo Veintiuno de España, 1987)

Ruh, Max, 'Alfredo de Rodt, Subdelegado En Juan Fernandez 1877-1905', in Las Islas de Juan Fernández: Historia, Arqueología Y Antropología de La Isla Robinson Crusoe, Publicación Del Departamento de Ciencias Antropológicas Y Arqueológicas Universidad de Chile Sede Oriente, Facultad de Ciencias Humanas (Santiago: Univ. de Chile, Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas, 1975), pp. 98–136

Sahlins, Marshall, La ilusión occidental de la naturaleza humana (Fondo De Cultura Economica USA, 2011)

———, What Kinship Is - and Is Not (Chicago: The University of Chicago Press, 2013)

Skottsberg, Carl, The Natural History of Juan Fernandez and Easter Island. (Uppsala: Almqvist & Wiksells Boktryckeri, 1956)

Skottsberg, Carlos, 'Notas Sobre La Vegetación de Las Islas de Juan Fernández', Anales Del Jardín Botánico de Madrid, 11 (1953), 515–44

Vanhulst, Jules, 'Amenazas Y Perspectivas Para La Preservación de La Biodiversidad Del Archipiélago Juan Fernández', Revista Chilena de Estudios Regionales, 2, 47–61

Vicuña Mackenna, Benjamín, Juan Fernández: Historia Verdadera de La Isla de Robinson Crusoe, Ed. facsimilar (Valparaíso: Eds. Universitarias de Valparaíso, 1974)

Whittaker, Robert J, and José María Fernández Palacios, Island Biogeography: Ecology, Evolution, and Conservation (Oxford: Oxford university press, 2007)

Zeiss, Eduardo, and Wladimir Hermosilla, Estudios ecológicos en el Archipiélago Juan Fernández (Santiago: Ed. Universidad Católica, 1970)



Atención
de las personas
y las naciones

dibam

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

EL PATRIMONIO DE CHILE



MUSEO HISTÓRICO NACIONAL



**SOCIEDAD
DE BIOLOGÍA
DE CHILE**
desde 1929